

La Gaceta Literaria



íberica: americana: internacional

LETRAS ARTE CIENCIA

periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

dirección:

E. GIMENEZ CABALLERO PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

30 CENTIMO

SUSCRIPCION { España y Países
del Convenio
postal Hispano
ANUAL..... americano.... 7,50 pta
Extrajero..... 10,00 —
75 cts. la línea del cuerpo
Pólizas de suscripción
ANUNCIOS DE Descuentos: trimestre, 10%
TARIFA..... — semestre, 15%
— anual, 20%

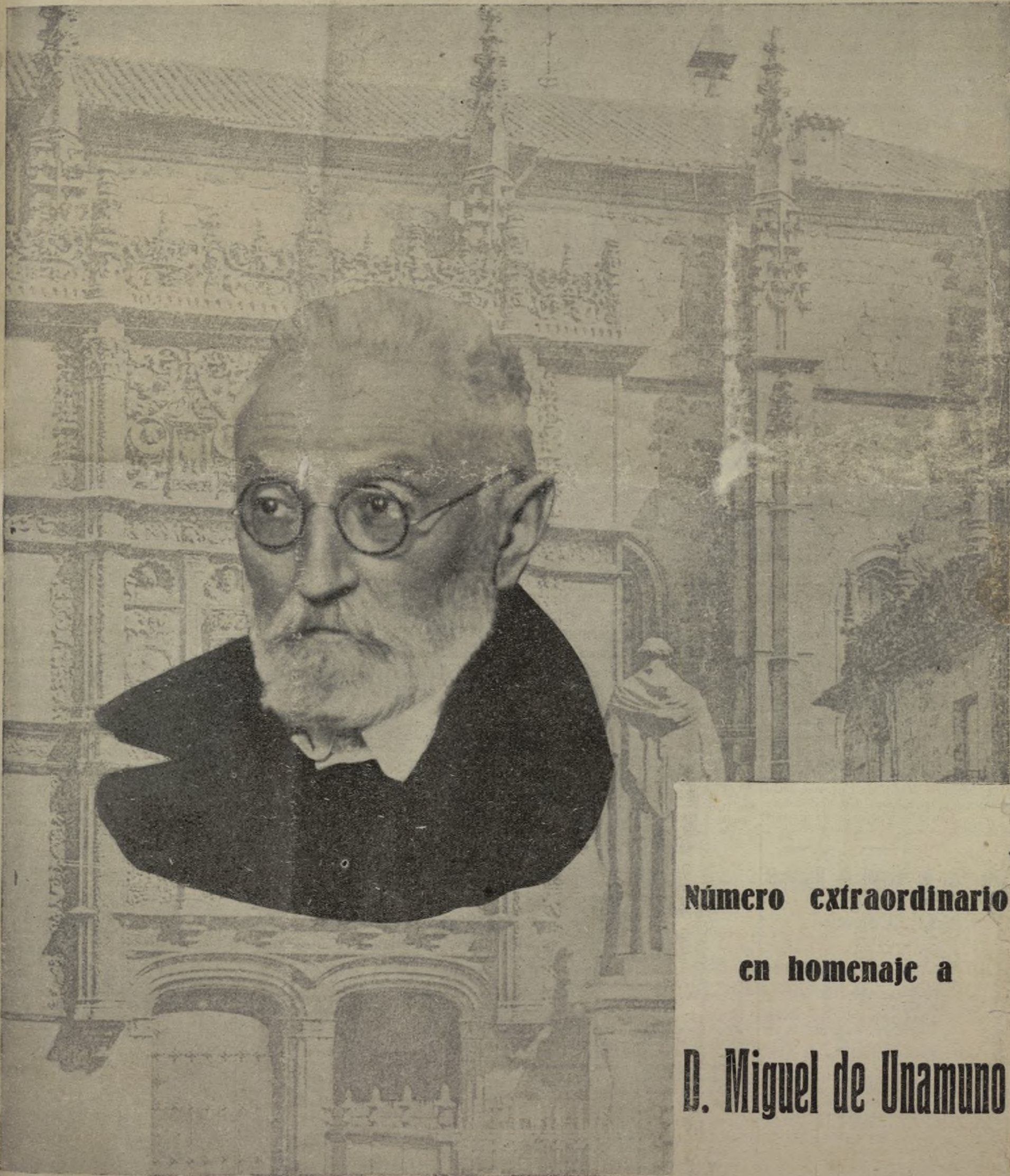
Año IV Madrid, 15 de Marzo de 1930 Núm. 78

Redacción y Administración:

PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44

Donde debe dirigirse toda la correspondencia

Se reciben suscripciones
en las principales librerías



Número extraordinario

en homenaje a

D. Miguel de Unamuno

Editorial

Quando un intelectual, un universitario de alto fuste, llega a un determinado punto de su vida—en fama, años y magistratura—, suele el mundo europeo consagrarle el mejor de los homenajes: un volumen de admiraciones permanentes, escritas por sus discípulos y amigos y sus colaboradores de tarea científica o literaria. Tenemos en España memorables homenajes de este orden: a Menéndez Pelayo, a Menéndez Pidal.

Las circunstancias históricas españolas han hecho en estos momentos factible la coyuntura de Miguel de Unamuno para que sus discípulos, amigos y colaboradores integren un monumento en su honra—más duradero que los de bronce y mármol—: este del papel impreso, de la veneración voluminada.

Modesto este monumento, pero los editores de LA GACETA LITERARIA no disponen de otras fuerzas superiores. Atentos a su deber patrio de acechar los niveles literarios del país y de exaltar los máximos en los máximos momentos de atención de nuestro público, ha creído éste el instante de colocar la figura de Miguel de Unamuno sobre el pedestal de los homenajes puros, esto es, de papel impreso. Nuestras mayores satisfacciones serán estas dos: que Miguel de Unamuno acepte tal tributo y que el lector mundial de Miguel de Unamuno pueda hallar para el porvenir, en este número de LA GACETA LITERARIA, el mejor itinerario (devocionario) sobre tal figura española, la mejor guía salvadora, cuando los años caigan sobre los años y los días y las obras y los hombres quieran borrarse del tiempo.

Biografía de Miguel de Unamuno

Nace en Bilbao, de familia y origen vascos, el 29 de septiembre de 1864. Cursa la primera y segunda enseñanzas en su villa natal. En 1880 pasa a Madrid para cursar Filosofía y Letras. Desde 1884 hasta 1891 se dedica a la enseñanza privada en Bilbao, y en este último año gana por oposición la Cátedra de Lengua y Literatura Griegas en la Universidad de Salamanca. En 1901 fue nombrado Rector de la propia Universidad, y al mismo tiempo se le encarga, por acumulación, la Cátedra de Historia de la Lengua Castellana. En 1914 es destituido del Rectorado. Posteriormente se le elige Vicerrector, y ejerce durante año y medio el Rectorado vacante. En febrero de 1924 es deportado a la isla de Fuerteventura, por la dictadura de Primo de Rivera. Un año después, pasa a Francia, residiendo en París primeramente y en Hendaya después. En 1930, mes de febrero pasado, derrumbada la dictadura, Miguel de Unamuno entra en España y se restituye a su Cátedra de Lengua y Literatura Griegas de la Universidad de Salamanca.

Bibliografía de Miguel de Unamuno

I.—OBRAS DE UNAMUNO

NOVELAS

PAZ EN LA GUERRA.—Fernando Fe. Madrid, 1897.—340 páginas.
AMOR Y PEDAGOGÍA.—Henrich y Cia. Barcelona, 1902.—269 páginas.
EL ESPEJO DE LA MUERTE (novelas cortas).—Renacimiento. Madrid, 1913.—232 páginas (27 cuentos breves).
NIENIA.—Renacimiento. Madrid-Buenos Aires, 1914.—313 páginas.
ANIL RÁNCHEZ: UNA HISTORIA DE PASIÓN.—Renacimiento. Madrid, 1917.—233 páginas.
TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PROLOGO.—Calpe. Madrid-Barcelona, 1920.—167 páginas. (De la tercera novela, Nada menos que todo un hombre, hay arreglo dramático por Julio de Hoyos, con el título de Todo un hombre.—Madrid, 1925.—75 páginas.)
LA TULA.—Renacimiento. Madrid, 1921.—

POESÍAS

POESÍAS.—Imprenta de Rojas. Bilbao, 1907.—360 páginas.
ROSARIO DE SONETOS LÍRICOS.—Imprenta Española. Madrid, 1911.—291 páginas.
EL CRISTO DE VELÁZQUEZ (poema).—Calpe. Madrid, 1920.—170 páginas.
DE FUERTEVENTURA A PARÍS: DIARIO ÍNTIMO DE CONFINAMIENTO Y DESTIERRO, VERTIDO EN SONETOS.—Editorial Excelsior. París, 1925.—170 páginas.

ENSAYOS

DE LA ENSEÑANZA SUPERIOR EN ESPAÑA.—Revista Nueva. Madrid, 1899.—VIII; 112 páginas.
TRES ENSAYOS: ¡ADENTRO!, LA IDEOCRACIA, LA FE.—R. Serra. Madrid, 1900.—(Reimpresos en Ensayos, t. II.)
EN TORNO AL CASTICISMO.—Fernando Fe. Madrid, 1902.—(Reimpreso en Ensayos, t. I.)
PAISAJES.—Colección Colón, vol. V. Salamanca, 1902.—69 páginas.
DE MI PAÍS: DESCRIPCIONES, RELATOS Y ARTÍCULOS DE COSTUMBRES.—Fernando Fe. Madrid, 1903.—159 páginas.
VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO, según Miguel de Cervantes Saavedra, explicada y comentada.—Renacimiento. Madrid, 1905.—Segunda edición, adicionada con un nuevo ensayo, El sepulcro de Don Quijote.—Renacimiento. Madrid, 1914.—326 páginas.
RECUERDOS DE NIÑEZ Y DE MOJEDAD.—Victoriano Suárez y Fernando Fe. Madrid, 1908.—223 páginas.
MI RELIGIÓN Y OTROS ENSAYOS BREVES.—Renacimiento. Madrid, 1910.—223 páginas (23 ensayos).

TOMO V: Almas de jóvenes. Sobre la filología española. Plenitud de plenitud y todo plenitud! El perfecto pescador de caña: después de leer a Walton. A lo que salga. Sobre la soberbia. Los naturales y los espirituales. Sobre la lectura e interpretación del "Quijote".—233 páginas.

TOMO VI: Romploneras! Soledad. Sobre la erudición y la crítica. Poesía y oratoria. La crisis actual del patriotismo español. Sobre el rango y el mérito. La patria y el ejército. ¿Qué es verdad?—247 páginas.

TOMO VII: Más sobre la crisis del patriotismo. El secreto de la vida. Sobre la consecuencia, la sinceridad. Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana. Sobre la europeización. Sobre la tumba de Costa.—223 páginas.

ANDANZAS Y VISIONES ESPAÑOLAS.—Renacimiento. Madrid, 1922.—287 páginas.
LA AGONÍA DEL CRISTIANISMO. (En prensa).

ENSAYO DRAMÁTICO: FEDRA.—Madrid, 1924.

ENSAYOS SUELTOS: GANIVET, FILÓSOFO, en Angel Ganivet, por F. Navarro Ledesma, Miguel de Unamuno, Azorín y C. Román Salamero.—Librería Serred. Valencia, 1905, páginas 35-44.

RIZAL, en Vida y escritos del Dr. José Rizal, por W. E. Retana.—Victoriano Suárez. Madrid, 1907, págs. 475-498.

SILVA, en Poesías de José Asunción Silva.—Editorial Maucci. Barcelona, 1910, págs. 5-17.
DON QUIJOTE BOLÍVAR, en Simón Bolívar, Libertador de la América del Sur, por los más

velle Revue française. París, 1927.—396 páginas.

ESSENCE DE L'ESPAGNE: CINQ ESSAIS. (EN NO AL CASTICISMO).—Traduit de l'espagnol par Marcel Bataillon.—Plon-Nourrit et Paris, 1923.—IX-301 páginas.

PAGES CHOISIES DE MIGUEL DE UNAMUNO.—Iface, traduction et notes de Maurice Val J. Pavolozky et Cie. París, 1923.—152 páginas.

L'AGONIE DU CHRISTIANISME.—Traduit du espagnol inédite par Jean Cassou.—F. Bader et Cie. París, 1925.—163 páginas.

TROIS NOUVELLES EXEMPLAIRES ET UN PROLOGUE.—Traduction de Jean Cassou et Mathias Pomès, précédé d'une introduction de Valéry Larbaud.—Simon Kra. París, 1926.—20 páginas.

THE TRAGIC SENSE OF LIFE IN MEN AND IN PLEAS.—Translated by J. E. Crawford Flint. With an Introductory Essay by Salvador Madariaga.—Macmillan & Co. London, 1933.—XXXVI-332 páginas.

ESSAYS AND SOLILOQUIES.—Translated with an Introductory Essay by J. E. Crawford Flint. Alfred A. Knopf. New York, 1925.—XX-244 páginas.

NOTHING LESS THAN EVERY INCH A MAN, The Best Continental Short Stories of 1925. Edited by Richard Eaton.—Small, Maynard and Co. Boston, 1925; págs. 425-44.

MIGUEL DE UNAMUNO: GESAMMELTE WERKE (Miguel de Unamuno: Obras completas).—München, 1925: Band I. Das tragische Lebensgefühl, mit Einleitung von E. R. Curtius: XIII-413 páginas. Band II. Abel Sanchez, die Geschichte einer Leidenschaft: 169 páginas. Band III. Der Spiegel des Todes: 238 páginas.

III.—TRABAJOS CRÍTICOS

"Andrenio" (Eduardo Gómez de Baqueri). Unamuno novelista, en "Novelas y novelas".—Madrid, 1918, págs. 271-280.

Idem: Unamuno, en "El renacimiento de la novela en el siglo XIX".—Madrid, 1924, páginas 155-158.

Idem: De Gallardo a Unamuno.—Madrid, 1924, páginas 235-247.

Beardsley, W. A.: Don Miguel, en "The Modern Language Journal".—1925, t. IX, páginas 353-362.

Bell, Aubrey F. G.: Unamuno, en "Contemporary Spanish Literature".—New York, 1924, páginas 233-244.

Causinos Assens, R.: Don Miguel de Unamuno, en "La nueva literatura" (segunda edición).—Madrid, 1925, t. I, págs. 49-70.

Cejador, Julio: Unamuno dramático, en "Tribuna".—Marzo-abril, 1928.

Clyne, Anthony: Miguel de Unamuno, en "The Quarterly Review".—1924. Series 5, t. mo XXVII, págs. 205-214.

Corthis, André: Avec Miguel de Unamuno Salamanque, en "Revue des deux mondes septième période, t. XXI, págs. 168-188.

Curtius, Ernest Robert: Über Unamuno, "Die Neue Rundschau".—Februar, 1926, páginas 163-181.

Flitch, J. E. Crawford: Introductory Essay, su citada traducción de Essays and Soliloquies, págs. 3-29; semblanza literaria excelente.

García Calderón, V.: En la verbená de Madrid. París, 1921, págs. 48-56.

González-Blanco, Andrés: Miguel de Unamuno, en "Los Contemporáneos", primera serie.—París, 1907, págs. 74-145.

Legendre, Maurice: Don Miguel de Unamuno, en "Revue des deux mondes" (1922), serie tomo IX, págs. 667-684.

Levi, Ezio: Unamuno romanziero, en "Ne Letteratura Spagnuola Contemporanea".—Firenze, 1922, págs. 3-12.

Madariaga, Salvador de: Introductory Essay en la citada edición inglesa de "The Tragic Sense of Life", págs. IX-XXXII; el mejor estudio crítico sobre Unamuno.

Olmsted, Everett Ward: A Modern Spanish Mystic, en "The Nation".—New York, t. mo XCIV, núm. 2.431, págs. 104-106.

Papini, Giovanni: Miguel de Unamuno, "Stronature" (5.ª edición).—Firenze, 1919, páginas 335-343.

Pomès, Mathilde: Miguel de Unamuno, "Vie des peuples".—París, 1922, t. VI, páginas 833-840.

M. Romera-Navarro: Miguel de Unamuno, novelista, poeta, ensayista.—Madrid, 1928.

Salaverría, José María: Unamuno, en "A lejós: España vista desde América".—Madrid, 1914, págs. 159-164.

Saldaña, Quintiliano: Mentalidades españolas. I. Miguel de Unamuno.—Madrid, 1919, páginas: folleto de crítica negativa y moral.

Sorel, Julián: Los hombres del 98: Unamuno.—Madrid, 1917.—158 páginas; folleto anecdótico y satírico.

Val, Mariano Miguel de: El idealismo español contemporáneo. El idealismo místico: Miguel de Unamuno, en "Ateneo".—Madrid, 1910, t. IX, págs. 142-158.

Valli, Luigi: Miguel de Unamuno e la novella, en "Scritti e discorsi della grande gilia".—Bologna, 1924, págs. 111-142.

Vallis, Maurice: Miguel de Unamuno et le sentiment tragique de la vie, en "Mercure France".—1916, t. CXV, págs. 47-60.

Idem: Miguel de Unamuno, en "Revue de Paris".—1921, année 28, págs. 850-860.

Verdad, M.: Miguel de Unamuno.—Roma, 1937 páginas.

SUMARIO

HOMENAJE A MIGUEL DE UNAMUNO

Editorial, Biografía y Bibliografía de Miguel de Unamuno. MIGUEL DE UNAMUNO: Poesías inéditas.—Los españoles magistrales y Unamuno (juicios de RAMON MENENDEZ PIDAL, SANTIAGO RAMON Y CAJAL, "AZORIN", RAMON DEL VALLE INCLAN, LUIS JIMENEZ DE ASUA, LUIS ARAQUISTAIN, LUIS DE ZULUETA, GUSTAVO PITTALUGA, RIGARDO BAEZA, SALVADOR DE MADARIAGA, GREGORIO MARAÑON).—RAMON PEREZ DE AYALA: Máscara y acento. GABRIEL MIRO: Una fotografía de D. Miguel de Unamuno. LEDESMA RAMOS: Unamuno y la Filología.—M. GARCIA BLANCO: Unamuno, profesor y filólogo.—J. FRANCISCO PASTOR: Unamuno y la Historia.—T. NAVARRO TOMAS: Estilo en Unamuno.—"ANDRENIO": Una novela resucitada.—RAFAEL ALTAMIRA: Paz en la guerra. E. DIEZ CANEDO: Unamuno y la Poesía. E. SALAZAR Y CHAPELA: Popularidad y gloria de Unamuno.—ANGEL VALBUENA: Unamuno y Canarias.—CESAR M. ARCONADA: Unamuno, gran temperamento.—JUAN ESTELRICH: Unamuno, visto por un catalán.—NOVAES TEIXEIRA: Unamuno y Portugal.—EDDA RHEINHARDT: Unamuno, escultor.—RAFAEL MARQUINA: Gaudi y Unamuno.—RAFAEL ALBERTI: 4 sermones.—JOSE BERGAMIN: Dios, Patria y Ley.—PEDRO SALINAS: Escalas.—BENJAMIN JARNES: Homenaje.—EUGENIO MONTES: Unamuno y Pascual.—M. FERNANDEZ ALMAGRO: "Fedra", teatro desnudo.—KEYSERLING y CURTIUS: Unamuno y Alemania. JEAN CASSOU: Unamuno y Francia.—G. PAPINI: Unamuno e Italia.—A. G. F. BELL: Unamuno e Inglaterra.—J. ALVAREZ DEL VAYO: Unamuno y Rusia.—GIL BENUMEYA: Unamuno y los Hebreos.—RUBEN DARIO, R. BLANCO FOMBONA, JOHN DOS PASSOS, ALBERTO GHIRALDO: Unamuno y América. ANTONIO MARICHALAR: La palmera, en el pecho.—JENARO ARTELES: Violencia en Unamuno.—ANTONIO DE OBREGON: Unamuno en el destierro.—JOAQUIN ZUAGAITIA: Unamuno y Bilbao.—P. MOURLANE MICHELENA: El alma bilbaína de Unamuno.—M. PEREZ MARTOS: A Miguel de Unamuno.—J. M. LUELMO: Saludos a dos aires.—E. GIMENEZ CABALLERO: Colofón.

ESTE NUMERO CONSTA DE VEINTE PAGINAS

POR TIERRAS DE PORTUGAL Y DE ESPAÑA.—Renacimiento. Madrid, 1911.—246 páginas.
SOLILQUIOS Y CONVERSACIONES.—Renacimiento. Madrid, 1911.—285 páginas.
CONTRA ESTO Y AQUELLO.—Renacimiento. Madrid, 1912.—259 páginas.
EL PORVENIR DE ESPAÑA.—Renacimiento. Madrid, 1912.—170 páginas. (Colección de cartas cruzadas entre Unamuno y Angel Ganivet, y publicadas primero (1897) en El Defensor de Granada.)
DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA.—Renacimiento. Madrid, 1913.—321 páginas.
ENSAYOS (publicaciones de la Residencia de estudiantes). Madrid, 1916-18:

TOMO I: La tradición eterna. La casta histórica: Castilla. El espíritu castellano. De la historia y humanismo. Sobre el marasmo actual de España.—223 páginas.

TOMO II: La enseñanza del latín en España. La regeneración del teatro español. El caballero de la Triste Figura. Acerca de la reforma de la ortografía castellana. La vida es sueño. ¡Adentro! La ideocracia. La fe.—245 páginas.

TOMO III: La dignidad humana. La crisis del patriotismo. La juventud "intelectual" española. Civilización y cultura. La reforma del castellano. Sobre la lengua española. La educación. Maese Pedro: notas sobre Carlyle. Ciudad y campo: de mis impresiones de Madrid. La cuestión del vascoque.—214 páginas.

TOMO IV: Contra el purismo. Viejos y jóvenes. El individualismo español. Sobre el fulanismo. Religión y patria. La selección de los Fulánez. La locura del doctor Montarco. Intelectualidad y espiritualidad.—221 páginas.

grandes escritores americanos.—Renacimiento. Madrid-Buenos Aires, 1914, págs. I-XVI.
SECRETOS ENCANTOS DE BILBAO Y EL PASO DE LOS CAÑOS EN 1846, en Del espíritu de los vascos, por Maeztu, Unamuno, Campión, Baroja y Monllane.—Publicaciones de Editorial Vasca. Bilbao, 1920, págs. 57-71.

II.—LIBROS TRADUCIDOS

COMENTO AL DON CHISCIOTTE. Prima e seconda parte. Prologo dell'autore. Traduzione dallo spagnuolo e note di G. Beccari.—R. Carabba. Lanciano, 1913.—Vol. I, 139 páginas; vol. II, 158 páginas.

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DELLA VITA NEGLI UOMINI E NEL POPOLO.—Parte I. Tradotto dal manoscritto a cura di G. Beccari, con prologo inedito dell'autore. (La Voce). Firenze, 1924: VIII-132 págs. Parte II. Traduzione di G. Beccari e O. C. (La Voce). Firenze, 1924: 208 págs. (Primera edición de la Libreria Editrice Milanese.—Milano, 1914.)

IL FIORE DEI MIEI RICORDI. (Recuerdos de niñez y de mocedad).—Traduzione e note a cura di Gilberto Beccari.—A. Vallecchi. Firenze, 1920.—130 páginas.

PERCHE ESSER COSI? Nouvelle: (¿POR QUÉ SER ASÍ? y otros cuentos de Unamuno).—Traduzione di Gilberto Beccari.—Urbis. Roma, 1921.—XII-190 páginas.

NEBBIA: ROMANZO.—Traduzione di Gilberto Beccari, con prefazione di Ezio Levi.—L. Battistelli. Firenze, 1922.—205 páginas.

TREI ROMANZI ESEMPLARI.—Traduzione e introduzione di Maria Puccini.—La Celerissima. Milano, 1924.—164 páginas.

LA SPINGE SENZA EDIPO. (FEDRA).—Prima traduzione italiana di Piero Pillepich, prefazione di Adriano Tilgher.—A. Nicola e C. Milano, 1925.—232 páginas.

LE SENTIMENT TRAGIQUE DE LA VIE.—Traduit de l'espagnol par Marcel Faure-Beaulieu.—Nou-

LA GACETA LITERARIA se honra publicando estos poemas inéditos de Unamuno, primera colaboración en España después de seis años.

Mateo, cap. XIII. II Corán, III, 6.

*Mi clásica habla romántica
mi antigua lengua moderna,
eres vejez de edad niña?
eres niñez de edad vieja?
Vino viejo en odres nuevos?
no; sino agua de ribera,
su cauce en el valle verde
canal que riega a la cepa.
Voy a crear el pasado,
mañana que fué no es muerta,
vuelve mi río a la fuente,
la creación es eterna.
El que fui hace diez siglos
me está enseñando la lengua
con que he de hablar a mi pueblo
cuando otros diez hagan mesta.*



Niño viejo, a mi juguete,
al romance castellano,
me dí a sacarle las tripas
por mejor matar mis años.
Mas de pronto estremeciöse
y se me arredró la mano
pues temblorosas entrañas
vertían sonoro llanto.
Con el hueso de la lengua
de la tradición, badajo,
miserere, ave María
tenían en bronce santo.
Martirio del pensamiento,
tirar palabras a garfio!
juguete de niño viejo!
lenguaje de hueso trágico!

Sr. D. Pedro Sainz Rodriguez

No resisto más, mi querido amigo, y eso que no quiero dar ni cosa
paramente literaria, ni mayor política - mientras una extensión consen-
ta cordana me este permitida hablar. He dos seis años poe mis ver-
cables diez, de los - no se acuerda más, 1.777 - vividos, meo no son
más que un confes, una quartela - que componen mi "Cancionero de la
frontera" que ha caído con uno, el 1.777 que hice "en Valencia al
volver a ella después de más de seis años, y es el único que he
hecho después de mi repatriación. He dificultad de escribir.
Como está la curia algunos de aquellos en que evoca el poder de
la palabra, del lenguaje, que es el que hace toda poesía. Solo
me la curia de unidos - siempre viduales fugitivas -- de ciudades,
y es sobre todo, Sevilla, Legona, Zamora, Madrid de los Altos, San-
tiago, Granada, Vitoria, Oviedo, Guernica, etc, etc. En un por-
tug con todo lo que había en esa época, a los últimos meses
de mi destierro fronterizo lo aconsejaba procurando escribir
a fin de no perder la línea - hasta hay una redición que salva
la poesía de una pobreza mortal - y que ella salía de los por-
tugos mas el agua corriente para uno que los Kingmans de
helo y además salta las pruebas
y ahora no le hablo de otras cosas. Aquí, espero a que
los mis decanos de los técnicos, que son los técnicos "quedados"
- sobre todo si son burocratas - se den cuenta de que la poe-
sía no tiene más camino que el de la verdad
Torre con su amigo es

Stamence
41 III 30

Roguelde Marcano

TOLEDO

Sueña como queda el Tajo,
no te despiertes, Toledo,
deja pasar las veladas,
sigue durmiendo tu sueño.
Mira a Florinda la Caba
perderse en coso de espejo
que Don Rodrigo en sus ojos
perdióse y perdió a su pueblo.
Sueña con nebradas de ánimas
en los barrancos del cielo
al claror de los relámpagos
que, Josué, detuvo el Greco.
El imperio de la muerte
te dará, imperial Toledo,
la vida que nunca acaba,
de Dios el último sueño.

El armador aquél de casas rústicas
habló desde la barca,
ellos sobre la grava de la orilla,
él flotando en las aguas.
Y la brisa del lago recojía
de su boca parábolas,
ojos que ven, oídos que oyen gozan
de bienaventuranza.
Recién nacían por el aire claro
las semillas aladas,
el Sol las revestía con sus rayos
la brisa las cunaba.
Hasta que al fin cayeron en un libro
jay tragedia del alma!
ellos tumbados en la grava seca
y él flotando en las aguas...

Bízname con tus palabras,
Señor! Cosas... cosas... cosas...
Sombras no más de palabras
no más sombras... sombras... sombras...
La palabra luz de fuente
y en la hora de las horas
Tú al pie de Adán, a que cree
el mundo al poner la norma
del Hombre, de la Metáfora
a cada una de las cosas.
Y entonces sí que supiste
que era bueno ¡cosa hermosa!
Llegó la tarde suprema
de redondearse tu obra
cuando la Santa Palabra,
condenada y redentora
fué puesta en Cruz, Diccionario,
y le arrollaste Corona!

Con el cante jondo, gitano,
tienes que arrasar la Alhambra.
no le hacen falta a la zambra
palacios hechos de mano.
Que basta una fresca cueva
a la vera del camino,
tienes el cante por sino
que a tus penitas abreva.
Tienes el sol por hogar,
tienes el cielo por techo,
tienes la tierra por lecho,
por linda tienes la mar.

Unamuno y los españoles magistrales

Un saludo al repatriado.
Con la vuelta de Unamuno a España parece que ésta se recobra a sí misma.

RAMÓN MENENDEZ PIDAL

Considero a D. Miguel como un escritor fuerte, rebotante de cultura selecta, de gran originalidad y de insuperable independencia crítica. Y, cosa rara en España, el carácter vale tanto en él como el literato y el pensador.

SANTIAGO RAMON Y CAJAL

Conozco a Unamuno desde hace treinta y dos años; lo leo siempre con gusto; algunas veces, con emoción. Un muro de sillares gastados en el viejo reino de León, y una estrofa de Unamuno; la fina sombra de un álamo solitario, en un atardecer primaveral de Castilla, y el minuto que pasa; el horizonte claro y radiante, allá en la lejanía, y el concepto de eternidad. De pronto, en la noche, el vuelo blando y elástico de un buho; un buho con espejuelos de concha y una barbita blanca. Un buho que va revolando entre la eternidad, el minuto fugaz, la muerte, la vida y las formas que desaparecen para no volver nunca.

AZORIN

Don Miguel de Unamuno era, antes, para mí, uno de los primeros escritores de lengua española, no de hoy, sino de todos los tiempos. En esta hora de mengua nacional, su alta categoría literaria queda oscurecida por sus virtudes ciudadanas, y se me aparece como el único Grande de España. Don Miguel de Unamuno, Prior de Iberia: ¡Salud!

VALLE-INCLAN

En la literatura universal no creo que haya actualmente figura más interesante que la de Miguel de Unamuno.

JACINTO BENAVENTE

Miguel de Unamuno y José Ortega Gasset son las dos figuras más ingentes en las letras hispanas. La significación de cada uno es, empero, bien distinta. Ortega es la antena vibrante a los aires de Europa; es la modernidad entre nosotros. Ortega es un finísimo europeo de selección caído en nuestra España. Unamuno es el cogollo de la raza; es la eternidad del españolismo. Unamuno es un recio y entrañable español excepcional, hijo de la propia esencia de nuestra España.

Escribir sobre Unamuno, reducida la empresa de la pluma comentadora a la estricta dimensión literaria, es harto difícil. Sus libros son la antitesis de los que escriben los "literatos puros". Lejos de estar deshumanizados, corre por sus nervios de tinta impresa la vida inmensamente compleja, con sus heterogéneas facetas sociales, religiosas, políticas. Unamuno ha probado con su conducta de hombre civil que esas tajantes separaciones entre el literato, el profesional o el técnico, y el armazón humano que sustenta al abogado, al médico o al escritor, son indignos subterfugios inventados para justificar la falta de limpie-

za de los que tienen la cerviz dócil y el estómago insaciable.

LUIS JIMENEZ DE ASUA

Madrid, 25 de febrero de 1930.

Poeta, novelista, dramaturgo, filólogo, ensayista, filósofo, D. Miguel de Unamuno es el más proteico de los escritores españoles y en el fondo una sola cosa: un gran lírico. Unamuno continúa la tradición, de tan honda estirpe española, del subjetivismo absoluto, que culminó en la mística. Unamuno lo ha subjetivizado todo, yoizando, unamunizando el mundo circundante: la historia, la política, la justicia, el arte, la naturaleza, los personajes de sus dramas y novelas, que son siempre él mismo. Y siempre de un modo genial, con un vigor de pensamiento y de estilo que acaso nadie le iguale hoy en el mundo.

Pero así como hay escritores que parecen—por un espejismo mental—estar por debajo de su obra, como si la hubieran producido por un milagro, tal Cervantes en relación con el Quijote, dijérase que en otros la personalidad—el conjunto de sus potencias—está por encima de la obra, sin agotarse nunca en ésta. Hay escritores en quienes no importa tanto lo que dicen como la manera y el acento con que lo dicen. De éstos es Unamuno. Y ésta es la marca del gran escritor de raza.

Yo siento como el que más las injusticias sufridas por Unamuno durante la dictadura de Primo de Rivera; pero ha sido consolador ver que, a su término, la España más juvenil, liberal y dinámica se ha sentido representada, como por ningún otro hombre, por el gran poeta, y precisamente por serlo. Pese a Platón, no sólo no se ha podido desterrar aún a los poetas de la república, sino que en ciertos momentos son sus hombres más representativos y pueden ser sus jefes. ¿Qué es, después de todo, Masaryk, el Presidente de la República checoslovaca, sino un poeta de la vieja y rediviva nacionalidad bohemia? También Unamuno es el poeta, es decir, el adivino de la vieja y al mismo tiempo virginal nacionalidad española, sometida a imperios interiores, y en él se ha polarizado, a su retorno del destierro, el sentir de la España irredenta, personificando en él la suprema soberanía: la del intelecto.

LUIS ARAQUISTAIN

Es un pliego de papel, ya amarillo, con este membrete: "El Rector de la Universidad de Salamanca." A continuación, la fecha: 27 noviembre 1903. Debajo, líneas apretadas de una letra clara, fina y fuerte. Al final, la firma: "Miguel de Unamuno."

Si un libro es antiguo a los cincuenta años, una carta envejece cuando pasa un lustro. ¿Melancolía?... ¿Cómo sonarán hoy esas palabras, ahí dormidas hace más de un cuarto de siglo?

P "Y aquí no nos redimiremos individualmente sino olvidándonos de nosotros mismos para enterrar nuestras almas en esta pobre España, como sillares de los cimientos de la futura España espiritual..."

"Siembre y siembre a manos llenas y no vuelva la vista a la sementera, sino siga sembrando; tenga fe en que alguien se cuidará de hacerla florecer y fructifi-

car. Tenga fe y tener fe no es creer en tal o cual principio, sino abrigar la confianza en que nada se pierde... Obre como si el Universo tuviese un fin y contribuirá a la existencia del fin..."

¿Melancolía?... No. Hay cosas que nunca suenan a viejas porque son eternas. No palidecen con el tiempo. Ahí está D. Miguel, por su parte, hoy como ayer, sembrando, sembrando a manos llenas. No vuelve los ojos atrás. Tiene fe, esa fe verdadera que se pierde y se recobra cada día, y sabe que alguien hace germinar las semillas bajo la tierra, y que los verdes tallos que hoy no ve, los verá mañana.

Hoy como ayer, dos cosas llenan el alma de Unamuno: el porvenir de España y la finalidad del Universo. En ambas tiene fe, y Dios sabe que su confianza no será frustrada. En la acrópolis de la ideal España, su alma constituye, en verdad, uno de los grandes sillares que la cimentan. Su alma vibrante y ardiente cual una llama, hoy lo mismo que ayer. Y lo mismo que hoy, mañana, y al cabo de los años, y de los siglos, porque la llama es inmortal, y no es un sueño la finalidad del Universo, y tiene la vida un sentido de eternidad...

LUIS DE ZULUETA

Días de Salamanca del año 1913. El siglo XX todavía prendido en la parábola del siglo XIX. Todavía, en las almas, un remanso de quietud—sostiego, "loisir", placer de las cosas abstractas—. Pero ya una extraña intuición de violencias próximas. Un año después, la guerra. Y ahora, Unamuno. Unamuno: nubes en perenne actitud de tormenta, en un cielo azul sobre una campiña amarillenta, requemada por el sol. Nunca un hombre me pareció representar con mayor intensidad de gestos simbólicos y de actitudes extremas el drama espiritual del tránsito entre uno y otro siglo, entre una época y otra. Porque en su alma se concentra, en la crisis del tiempo, toda la historia de España, desde el Cid hasta la guerra de Cuba, y toda la visión del porvenir de España, desde la conquista de América hasta la plena conquista de la libertad.

GUSTAVO PITTALUGA

La falta de tiempo no me permite sino resumir mi opinión sobre D. Miguel de Unamuno. Literariamente, me atrevo a creer que hemos de ser legión los que, dentro y fuera del oficio, le tenemos por la más considerable figura de nuestro actual panorama literario. Profundamente representativo, además, del espíritu español, a la manera de un Quevedo, y con todas las cumbres y hondonadas que la representación trae consigo.

El único servicio prestado a las letras españolas por la desaparecida dictadura—que tantas pruebas diera de su hostilidad a la cultura y su odio al pensamiento—fue el destierro y execración de D. Miguel de Unamuno, que atrajeron sobre él y su obra la atención del mundo civilizado, convirtiéndolo en una figura europea. Una torpeza política tal, que en seguida se nos viene a la memoria el precedente de Víctor Hugo desterrado—también la mayor necesidad del segundo Imperio—, del mismo modo que su triunfante retorno a España recuerda

la apoteosis en París del autor de *Chatiments*, sin duda, después de cañones prusianos, el más formidable ariete esgrimido contra "Napoleón Pequeño".

Pero de desear sería que el gran Miguel, accediendo a darse cuenta de la realidad nacional, y preescindiendo los personalismos que hasta ahora gobernado con exceso su actuación política, resultara una esperanza más seria para la izquierda española que lo fuera Víctor Hugo para la francesa y diera motivo para seguirle políticamente con tanto fervor como ya literariamente le seguimos.

RICARDO BAEZA

Bagaría representó una vez a Unamuno como un mochuelo. Certera penetración del carácter. Porque todo este terbellino de vitalidad está atravesado por la inmovilidad absoluta de dos ojos clavados en la noche espiritual. Y esta tensa mirada fija en el misterio es eje de acero en torno al cual el espíritu de Unamuno gira y regira desesperadamente: la unidad de su multiplicidad, el fuego único de todas sus pasiones; única inspiración de su vida y de sus obras.

SALVADOR DE MADARIAGA

Unamuno representa—entre tantas otras cosas—el reactivo para la mortuaria nacional. Ha llegado a extremos inverosímiles la timidez de los españoles frente a la vida pública. No sólo gran parte del vulgo—hay también un vulgo excelente en España—, sino hasta muchas gentes bien dotadas, se estremecen ante cualquier gesto que tenga personalidad propia y rebasa los cauces ridículos por donde corre la vida media del español.

El pensamiento y el ademán de Unamuno parecen desaforados a esos espíritus encogidos que forman—cada día comprobado con creciente pavor—la parte más importante del país. Escapa a la miopía mental, que Unamuno es ya clásico y lo fue siempre. Y que su apiente rebelión es la legalidad verdadera de la vida. Mientras que la normalidad silenciosa de los otros, es profundamente destructiva y aniquiladora: como, un árbol que es la compostura de la muerte, bajo cuya serenidad pululan los gusanos.

Hace unos meses escribía yo: "¿Qué duda que de nuestra España de ahora Unamuno perseguido y desterrado, sobrevivirá a los hombres que hoy ocupan el Poder? La cabeza solitaria que asoma sus canas sobre las bardas de la frontera, prevalecerá ante los siglos nideros sobre el poder de los que tienen en sus manos la hacienda y el honor de los españoles."

Y "el orden", debí haber añadido. Aquellos representaban lo que los fariseos llaman "el orden". Y Unamuno personificaba para ellos el revoltoso y desordenado.

Pero ya se ve—y apenas han pasado dos meses—que el orden eterno, que pasó del pasado al porvenir, como un puente bajo el cual corren a perderse en el olvido tantas aguas turbias, se apoyaba en nuestro país y en nuestro tiempo, sobre esta cabeza venerable y constructiva, que asusta a los niños: porque la luz es también una revolución peligrosa para las cucarachas.

G. MARAÑON

amón Pérez de Ayala

UNAMUNO

Gabriel Miró

Máscara y acento

Es mucho Unamuno para encerrarlo en una ficha definitoria y definitiva, ni la clasificación somera y sumaria de un esquema rígido, ni en un uniforme avanzado con unas cuantas cuartillas, más que un uniforme hoja de parra, que no ni tapa, ni significa la vida intraparadisíaca ni la extraparadisíaca, ni aludida ya por excesiva ya por insuficiente, a la desvergonzada inocencia ni a la melancolía vergonzosa, ni podría servir de etiqueta para este varón, varón ante todo, ingenuamente incompatible con toda hoja de parra o uniforme. Inscribir Unamuno en unas cuartillas equivaldría a incluir un río en un frasco cuentagotas. Hay escritores cuentagotas. Unamuno es un escritor-río. El río es siempre diverso.

La majestad del río es de una monotonía casi hipnótica. Pero su fluencia es pesante. No podréis bañaros dos veces en las mismas aguas del mismo río; a cada instante, las aguas son ya otras. Lo que permanece constante es el cauce del derrotero, hacia el mar, que es el morir. Unamuno es el río, consciente de su derrotero finito, que con el pensamiento desanda lo andado y revierte aguas arriba hacia su manadero infinito. En cuanto al cauce y derrotero, esto es, en cuanto al juicio jerárquico y formal sobre Unamuno escritor, todos, con discreción levísima, estamos conformes. Para mí, y para muchos otros, es *primus inter pares*, el primero entre esa galaxia del 98, compuesta de escritores de primera magnitud: Azorín, Baroja, Benavente, Ganivet, Grandmontagne y Vallemín. Para cualquiera, aun sus adversarios resentidos, Unamuno, si no el primero entre pares, es par de los primeros. Pero lo importante en Unamuno es el contenido, el hombre. Su literatura es el hombre mismo, es su propia alma desnuda; un alma en fluencia patética, como el río; o sea, un alma trágica; o sea, un alma que se desvive por retener, asumir y salvar todo cuanto en ella se refleja, de modo transitorio necesariamente, y por tanto un alma en constante proceso de problema perdurable.

Para el alma de Unamuno todo lo que existe, real o prematuro, es objeto de pasión y se trasmuta en problema vivo, personal e íntimo; no ya las ecuánimes ideas o los estímulos emotivos, sino también las formas perennes. La religión de Unamuno es su problema personal de Dios, o si se quiere el problema angustioso de su Dios personal, su "agonía" con, por o hacia su Dios; no el motor inmóvil, causa de las causas, razón suprema y Padre universal de los mortales, sino el Dios de y para él, Unamuno: el inmortal seguro. La política, para Unamuno, es el problema de su España, no tanto la madre común de los demás españoles cuanto "su hija", la de él, como él mismo gusta de reiterar. Otro tanto con las armas. Desde que comenzó a escribir, Unamuno se propuso no el problema del lenguaje, sino de su lenguaje, creado por él, de continuo, y originado en él; lenguaje, en consecuencia, no por muy castizo menos personal, ni por muy popular menos noble. Cuando Unamuno hubo de aplicarse a escribir poesía, o novela, o drama, no ha querido producir una obra más, conforme al patrón establecido para ciertos géneros literarios, sino que ha comenzado por encararse con la novela, el drama o la poesía como problemas específicos y personales. Empleando una imagen sartorial podríamos decir que los géneros literarios sólo sirven a Unamuno para hacerse trajes a la medida, y no según la moda, sino según su gusto. Lo esencial es que el género literario no disfraza, disimule ni oculte la persona del autor, antes bien la revista, realce y revele: corroboración de desnudez. Todos los rasgos apuntados, aunque no en gradación tan sabida, son típicos del ingenio hispano. Por eso, Unamuno es un escritor español representativo. Además, por su repugnación a la moda resulta Unamuno, sin quererlo, un autor muy a la moda, puesto que en nuestros días la moda literaria estriba en huir de la moda. La mayor parte, los cultados, por huir de la moda convencional de ayer caen en la moda convencional de hoy. El único procedimiento para huir de todas las modas huidizas consiste en acogerse a la propia personalidad. No otro es el secreto; inalienable poseer personalidad. Pero Unamuno es, sobre todo, un autor moderno representativo, a la vez que un español representativo. El espíritu moderno, al igual del de Unamuno, es un espíritu en fluencia, trágico, que ha tomado sobre sí la tarea de "recrear" (vocablo puesto en circulación por Unamuno) el universo y de trasponer en problema vivo y apasionado la realidad íntegra; el mundo de la materia, el de las ideas, el de las normas, el de los sentimientos y el de las formas: física, filosofía, ética y política, psicología y estética. En conclusión, por ser un alma trágica, inspira Unamuno irresistible simpatía y amor. Una manera de amor que se confunde con el amor propio, porque amándole exaltamos egoístamente lo más sustancioso y profundo de nosotros mismos: nos amamos en su su espejo. He aquí la lección de Unamuno, maestro de egoísmo.

Aristóteles no dice—como de ligero se repite—que el personaje trágico mueve a lástima, sino a simpatía y amor. "Simpatía" vale tanto como padecer de consuno; contagio apasionado. Con Unamuno padecemos la tragedia del yo inteligente y lacerado. El delito mayor del hombre es haber nacido. Esta tragedia es de todos los lugares y de todos los tiempos. Por eso Unamuno, sobre español y moderno, es superespacial y superactual. Pocos, como él, han hallado la máscara del acento convivientes, comunicativos, para la tragedia del Yo. Cuanto acabo de escribir exigiría explicación prolija y lúcida. *Non est hic locus.*

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Una fotografía de don Miguel

Don Miguel lleva en su mano y en su brazo el manuscrito de *El Cristo de Velázquez*.

Acaba de leerlo delante del altar mayor. Esperó que se fuese el conserje del Monasterio. No se marchó el buen hombre sin contarnos que el inmenso retablo, todo de alabastro de Serral, era obra de Damián Formente, por la que pidió 4.060 ducados de oro—12.900 pesetas—y una mula de adehala. Probablemente no le regalarían la mula, porque dejáronle a deber 1.000 ducados.

Los Misterios de la Pasión, los Gozos de Nuestra Señora, los Profetas, los Apóstoles; ángeles, follajes, frutas, azucenas, viñas, pechinas, cornucopias, atributos, todo fué arrancado, mutilado, roto a martillazos; martillazos en la exactitud del primor, porque a ciegas atina el que destruye. El general Van-Halen robó las seis mejores estatuas.

Sentóse D. Miguel en los escalones de un sepulcro del lado de la Epístola, precisamente de un rey poeta, Don Alfonso II de Aragón, que está con hábitos de diácono y corona de laurel.

Leyó D. Miguel, y sus palabras tenían siglos de riquezas. El Cristo suyo, blanco, puro, liso—cordero, alabastro, luz—se quedó para siempre colgado de la hornacina más alta del Cristo roído de Poblet. Y entran las hiedras, los pája-



Unamuno

en el Poblet

ros de los hancales y de la soledad, los arqueólogos, los turistas, los aires, los silencios, el firmamento.

—D. Miguel, suba por aquí al techo del claustro de San Esteban...

—Asómese, D. Miguel, desde el dormitorio de los Novicios...

—Llegaremos a lo último del cimborrio y saldremos a la carena del tejado, para ver todo el señorío de los frailes.

Encima de las tejas hay un vial de losas hasta la enorme espadaña sin esquilon. Un grito de la piedra, un anhelo de boca muda, atirantada en el azul.

Don Miguel se queda mirando la coordinación de los recintos del Cister: ocho siglos de claustros, de palacios, de accesorias de la Abadía en escombros y desgarraduras. Y el tiempo, al revés del furor a ciegas de los hombres, ha dejado intactos rasgos y ápices de pureza, para que los sabios definan, reconstruyan y se equivoquen y para que otros ojos recojan la emoción sin mirar al dictado de los sabios.

Montes, campos y hortales de las masías monásticas, ahora de piadosos señores de la desamortización. Algunas de esas fincas de placer siguen ceñidas de muros almenados cistercienses. Dentro, frutas, rosas, avellanados, pinos de 1608, aguas vivas, trozos de mármoles, capiteles, artesones; una cruz como un brocado de piedra, una columna que sirve de puntal de cuadra. Pero esto ya es anecdotario de todas las ruinas venerables, máximo interés para el turista y filosofía melancólica del turista.

Don Miguel contempla estremeído, aleteándole el aire de la espadaña, el aire que pasó por las glorias y los incendios de Poblet. Pero D. Miguel contempla casi rápidamente: lo preciso para él, que ve a costa de su palabra. Y la carne, la piedra, el espacio, se hace verbo. De grandes escritores se dice que son tallistas, músicos, plateros, pintores. Don Miguel únicamente es lo que se ha de ser siendo escritor: escritor cabal.

En las piedras y tierras frescas, rojas, eternas, de Poblet miraba, miraba lo preciso y decía. Miraba concretamente hasta los confines, removiendo, *disociando*—según su precepto, para asociar y crear según su palabra. Así toda su obra. El silencio es planicie, ladera, página, y va su palabra hendiéndola y vuelve a pasar—incisos, paréntesis—, y crujen jugosas las raíces en el limpio dental. Después de leerle o de oírle está la anchura mullida de la contemplación con sus volúmenes, sabores, esencias.

Mirar sin disipaciones las cosas inertes, la Historia mostrenca. Todo lo contrario del excursionismo, del turismo literario.

Ese instante de mirar los términos de Poblet para hacerlos suyos desde la corona ciega del cimborrio es el de la fotografía de D. Miguel, con el manuscrito de *El Cristo de Velázquez* en el costado de su corazón. Hace catorce años. Dentro de ese tiempo, un silencio y un horizonte de soledad de muchos años mirando concretamente, esperando, resistiendo. Se han roto en D. Miguel los martillos y ha quedado intacta y pura la preciosa piedra labrada.

GABRIEL MIRO

Unamuno y la filosofía

Es, sin duda, opinión general de las gentes sencillas de nuestro país la de adscribir la obra y la significación de Unamuno a ese círculo de problemas intelectuales que es la filosofía. Creemos que en este punto, como en otras graves mixtificaciones que hasta ahora han hecho peligrar entre nosotros el justo sentido de los valores supremos de la cultura, es ya posible aquí, sin temor alguno a la apreciación errónea, establecer con todo rigor qué sea esto de hacer filosofía. Y, por tanto, de ser filósofo. Sin que nadie pueda advertir propósitos de índole peyorativa, que sería grotesco suponer en nosotros frente a la figura más eminente de que disponemos en esta hora, aspiramos a obtener y demostrar en este artículo cómo don Miguel de Unamuno está bien lejos de ser—y de querer ser, claro—un filósofo, y cómo su obra, su problemática y sus inquietudes son bastante ajenas al genuino carácter de la filosofía.

Es innegable que Unamuno dispone de una riquísima y hasta genial capacidad para las dedicaciones centrales del espíritu, pero a la vez está patéticamente indotado para empresas estrictas de filosofía. La tarea filosófica posee una *razón de ser* muy peculiar que la distingue con gran precisión de otras actividades intelectuales cualesquiera. Estimar otra cosa, a más de constituir una confusión anárquica, desvirtúa totalmente la valoración misma que corresponde a esos objetos deliciosos que son los conocimientos, y engendra a su vez la trágica impotencia cósmica por la que han perecido todas las culturas.

Vamos, pues, a aceptar la filosofía como una determinada actitud frente al universo, con unos objetos a su vera que a ella exclusivamente le son dados, con unos problemas obtenidos de la significación que informa a la filosofía misma, y por fin con unos métodos que para ella tan sólo son utilizables. La concepción integral del universo que proporciona la visión teórica aquí aludida, y sólo ella, es la filosofía. Ha de conseguir, pues, para nosotros, unos conocimientos dotados, por tanto, de la validez y necesidad que en este género de objetos reside. Si el análisis que hagamos de una cualquiera de las tres o cuatro figuras más eminentes de la actual filosofía—Max Scheler, Heidegger, Hartmann—no nos revela con suficiente evidencia lo que decimos, ahí está la historia misma de la filosofía desde sus primeros vagidos, con su mayor o menor posibilidad de creación genial en las distintas épocas, pero en todas obediente y fiel a esos rasgos primarios que corresponden al saber filosófico.

Al lado de la filosofía hay los desmontadores de la filosofía. Hombres geniales si se quiere, pero que realizan en este aspecto una labor subversiva y profundamente perturbadora. Un ejemplo es Nietzsche. Un ejemplo es también Unamuno. Si bien hay en Nietzsche mayor eficacia para ese debelar filosofías, porque es indudable que conocía mejor que Unamuno los problemas filosóficos—e iba a ellos con saña, a diferencia de Unamuno, que los encuentra al paso, sin querer, observándolos porque se resisten a su ontología mística—y localizaba así con terrible precisión todos los disparos. Pero dispone Unamuno frente a Nietzsche de una profundidad religiosa—y también diríamos metafísica, con las restricciones que luego hemos de señalar—que le permite alzarse sobre los resultados de la filosofía, y denunciar unas insuficiencias radicales que la hieren en esa primaria actitud por ella utilizada para legitimarse. Mas es curioso observar cómo la desaparición de estos desmontadores de la filosofía acontece siempre con posterioridad a la existencia de otros hombres que crean o resucitan la experiencia teórica pura. Así en la cultura griega, que será siempre ejemplo magnífico por lo que tiene de auroral nacimiento de una nueva actitud frente a las cosas, frente al cosmos, la fidelidad básica a que obedecían ya los sabios míticos, desde los creadores de cosmogonías hasta los físicos auténticos que nutrieron después las escuelas presocráticas, es la de un puro especular filosófico.

Llega un momento, sin embargo, en que la máxima jerarquía de los problemas que se despiertan en una cultura no corresponde a los de orden teórico, a cuyo servicio exclusivo está la filosofía, sino a otros distintos, los que sean, y entonces surge este fenómeno que denunciamos, el cual consiste en una pretensión de arrebatarse a la filosofía su validez peculiar. O todavía más aún: poner sus métodos y sus conclusiones a las órdenes—he aquí su papel de *ancilla*—de aquellos problemas que la desplazarán de las cimas. Es lo acontecido con dos tendencias que frente a la filosofía alcanzaron plena y triunfal manifestación en el siglo XIX. Son, de una parte, el espiritualismo, de índole religiosoteológica; de otra, la culminación positivista. Como se ve, nada semejantes en sus resortes internos, si bien ambas destructoras de la filosofía, hasta el punto de hacerse con ella incompatibles.

La dedicación filosófica constituye el puro consagrarse a las cosas con los más fútiles propósitos. Fútiles, claro, en la jerarquía corriente que consideramos a diario. Pero Unamuno—buen espiritualista—cree que antes de la filosofía, previamente por tanto a ella, y confundiendo con la primera y esencial verdad, hay un sector de problematismos ineludibles. A él debemos ceñirnos si con *sinceridad*—he aquí el vocablo unamunesc—deseamos conocer alguna cosa. La verdad, para Unamuno, es amor al ser, y las categorías que nos habían de servir para capturarla no existen. La filosofía, ofreciéndonos un saber verídico, se torna así en engaño, falacia enmascarada con la que cubrimos aquella inexistencia categorial. El positivista Comte no supone una esfera previa sino, al contrario, una esfera posterior, la práctica, y la filosofía, el saber, se justifica tan sólo cuando añadimos *un para algo*. “Saber para prever”. Pero esto es absurdo, pues el filósofo intenta capturar el ser de las cosas, su secreto íntimo si se quiere, pero no ejerce acción causal sobre ellas. Esa frase positivista no tiene sentido filosófico, y ese saber a que alude no es el teórico. Prueba esto cómo los más finos conocedores de hombres, los que de manera más pura y filosófica han desarticulado sus complejos psíquicos—por ejemplo, Max Scheler—no han sido igualmente los que han proyectado sobre ese material humano un poder directo.

La vida individual es para Unamuno la justificación central del ser. No le interesa en las filosofías sino el hombre que tras de ellas late, agonizando en pánicos tremendos. Pero filosofar supone la admisión de unas cuestiones que nos son objetivamente dadas, cuya vigencia consiste quizá en el hecho de que un sujeto las piense, pero sin que esto les arrebatase en modo alguno la objetividad. Hay unas cosas, las que sean, que se nos ofrecen problemáticas y cuyas posibilidades de conocimiento han sido descubiertas por la filosofía. Para el filósofo los problemas están objetivados, situados frente a él, y por eso la más grave tarea, de toda filosofía reside en ese momento en que se dispone a designar las cosas cuestionables. Aquellas que van a ser objeto de conocimiento. En Kant, por ejemplo, es el fenómeno, *Erscheinung*. Más tarde en el neokantismo de Baden—*Wertphilosophie*—serán los valores. Ahora, en la filosofía que estructura Ortega, es la vida y su amplia combinatoria de circunstancias. Pero el filósofo considera más cosas: los instrumentos categoriales, que le permitirán realizar y crear filosofía. Para Unamuno todo esto que decimos es hipocresía pura con la que eludimos las cuestiones más graves e inmediatas que cercan nuestro ser. Los problemas son exclusivos de la vida individual en sí, y en ellos se guarece, bien ajena a todas las garrambas objetivantes de los filósofos, la esencial verdad. O la eterna duda. Ello es, sin duda, legítimo, y se nutre de vivencias metafísicas de innegable gravitación sobre nosotros.

En el libro más sustancioso de Unamuno—*Del sentimiento trágico de la vida*—abundan copiosamente los lugares en que este hombre gigantesco manipula los conceptos metafísicos universales de más alto rango. Este libro, que nosotros hemos leído y leeremos mucho, acreditaría a Unamuno de místico perfecto si no hubiera en él tanta cultura libresca y tanta hojarasca de alusiones. O bien de teólogo imperial si sus rebeldías tremendas le permitiesen amparar una dogmática. Nada de esto es Unamuno, y sí un gran poeta para quien no tiene sentido la esencia misma divina del hombre. Pues hoy un sector de la filosofía, aquel en que está, situado los objetos metafísicos, donde el poeta y el filósofo llegan a encontrarse. Pero la característica peculiar de la filosofía, como ya hemos indicado varias veces, es que su función estricta consiste en proporcionarnos conocimientos. No es un metafísico quien posea vivencias metafísicas claras, sino quien además de eso puede decirnos conceptualmente qué sentido teórico encierran esas vivencias. (Si algún lector sigue mi exposición de lo que es la metafísica, según Heidegger, comprenderá sin esfuerzo esto que digo.) Claro que frente a las vivencias metafísicas cabe también, a la vez que la actividad teórica, la actividad poética. Así hay el poeta Holderlin. Y hay al mismo tiempo el filósofo Hegel.

No caeremos en la puerilidad de denominar a Unamuno un subjetivista. En un ensayo que titula *¿Qué es la verdad?*, ironiza con gran razón Unamuno a costa de un mote así, que en cierta ocasión lanzó sobre él un curulla en nombre de no sabemos qué objetivismo tomistas. Unamuno se rió mucho de ello, repetimos que con razón. Pues el subjetivista es a la postre un filósofo, creador de falsa filosofía si se quiere, pero hombre que engarza en un sistema sus obtenciones y justifica el grado de validez de sus conocimientos. Si corresponde a Unamuno alguna clasificación en el

terreno filosófico—en el rigoroso creemos que no—es precisamente el de desmontador de filosofías que antes le hemos atribuido. Esto lo realiza a maravilla. Pero de que es hombre majestuosamente dotado para las experiencias centrales—íntimas—de donde derivan algunos problemas metafísicos se encontrarán pruebas evidentes en cualquiera de sus libros. A ello debe el que sin ser un poeta de amplio velamen lírico su poesía, nutrida de esas experiencias metafísicas, alcance una grandeza que en balde hallaremos en poetas corrientes.

Escogemos a continuación unos detalles que demuestran cómo en su libro *Del sentimiento trágico de la vida* remueve Unamuno antes que nadie varios problemas filosóficos de esta hora. Así—página 13—cuando habla de que nada es “tan horrible como la nada misma” y se refiere a la “furiada hambre de ser, un apetito de divinidad”. Una fina intuición—en la página 17—al expresar que “el mundo es para la conciencia”, donde ese *para* alude a cosas muy centrales que atañen a vivos problemas ontológicos de hoy. También su breve comentario a Descartes, “el filósofo de la estufa”, oponiendo al *cogito* que “lo primitivo no es que pienso, sino que vivo”—página 39—, observación que hoy maneja Ortega en sus intentos—logrados—de superar el idealismo, descubriendo antes del pensamiento una realidad vital que le precede. En la página 59 vuelve a aludir al “terror a la nada”, cuya fenomenología preocupa hoy mismo a Heidegger. Cuando habla de lo vivo—página 92—como de lo ininteligible se acerca a la *Ding an sich* Kantiana y más aún al actualísimo *irrasionable* que estudia Hartmann en su *Metafísica del conocimiento*.

R. LEDESMA RAMOS

Unamuno, profesor y filólogo

En este número-homenaje a don Miguel de Unamuno hubiera sido lamentable la falta de unas líneas que definieran su silueta de profesor. A evitar esa ausencia aspiran estas líneas, urdidas en momentos en que la sinceridad nacional tiende a concretar su línea de acción.

Pero yo no voy a ocuparme de Unamuno, maestro de Griego en la Universidad de Salamanca. Aunque cursé en ella mis estudios, no tuve la fortuna de contarme entre sus alumnos de Lengua Griega. En cambio, sus explicaciones en la cátedra de Historia de la Lengua Española hicieron surgir en mí la inclinación hacia los estudios de filología romance. Llevado por esta intensa afición, logré colmar mis anhelos junto a Menéndez Pidal y Américo Castro, en Madrid, y al lado de Meyer-Lübke y Vossler, en Alemania.

Siempre recordaré, como uno de los más sugestivos, el año académico, en aquella amplia y soleada clase de la Universidad salmantina, donde Unamuno nos enseñaba, deleitando, los principios de la moderna filología.

Será, pues, esta silueta que aspiro a trazar la de Unamuno, maestro de filología española.

En la primavera de 1924 llegó a Salamanca un catedrático mejicano, don Agustín Loeza y Chávez, en misión periodística. Buscaba a Unamuno en su centro universitario. Deseoso de obtener a toda costa una impresión personal del maestro ausente, alguien le dirigió a mí. Y yo urdí para él una evocación sincera y llena de nostalgia de su clase de Historia de la Lengua.

Hoy, a los seis años de aquéllo, no voy a repetir algo que está en el ánimo de todos. Unamuno, profesor, es una figura que todos los estudiantes de España veneran y respetan. Su técnica docente, tan asequible y eficaz, con sólo poner un poco de atención; su enorme sensibilidad para los fenómenos del lenguaje, lo certero de su intuición lingüística, es cosa que ha trascendido a su obra entera.

La curiosidad hacia los restos de nuestro dialectalismo salmantino, la apetencia de rasgos típicos del habla del pueblo no la utilizó para sesudas investigaciones, sino que las dió forma viva en sus escritos. El fué el inquietador de muchos espíritus que buscaron en el lenguaje popular perspectivas inéditas. Ese su dinamismo filológico apadrinó un movimiento cultural en Salamanca, al que no son ajenos los trabajos de Lamano y Beneyte sobre el dialecto charro, las compilaciones folklóricas

de Dámaso Ledesma y la literatura castiza de Luis Maldonado.

Unamuno impulsó la moderna filología mantina y aportó a la española el imvalor de su obra, plena de casticismo de ley, saturada de folclor, tan interesante si misma, que el estudio de su léxico, la sideración de su estilo, es uno de los más dignos de atención.

Aún está por hacer el estudio de “Unamuno, helenista”; pero a éste antepongo, vencido de su mayor importancia, el de “Unamuno, filólogo”. El día que tal estudio se lice, la figura de don Miguel tendrá una ta acabada.

Por otra parte, este aspecto de su personalidad, al que vengo refiriéndome, está fuertemente acusado a través de sus libros. En *Los cuerdos de niñez y mocedad* nos señala la velación del misterio del lenguaje, que su atención a los seis años, desde aquél en que oyó hablar a su padre una lengua no era la nativa.

Esta incipiente vocación va tomando fuerza hasta destacar su perfil de verdadero filólogo. Su concepción en este aspecto es, decididamente moderna, de una amplitud de horizontes, enemiga de hermetizarse en rígidas y severas. “Creo que para enriquecer el idioma—nos dice al final de su *Don Quijote*—, mejor que ir a pescar en los libros de antiguos escritores, voy hoy muertos, es sacar de las entrañas del mismo, del habla popular, voces y que en ellos viven.” Y en ello insiste en el tomo IV de sus *Ensayos*, al escribir: que una de las más profundas revoluciones puedan hoy traer a la cultura española por una parte, volver, en lo posible, a la lengua del pueblo español, no castellano tan es cierto; mas, por otra parte, inundar al ma con exotismo europeo.” De estas doctrinas, él sigue y representa mejor que la primera.

Su norma más general en cuestiones gúísticas es dar al castellano la fecundidad dida, haciéndole asequible a toda aportación, pues “el barbarismo será, tal vez, lo que sirve a nuestra lengua del salvajismo”. (*Ensayos*, I.)

Es, pues, Unamuno profesor en la cátedra de Historia de la Lengua, una figura eminente. Pero su profesorado en esta disciplina se extendió a sus libros. Releyéndolos, se quiere la tercera visión de Unamuno filólogo, que aquí me he limitado a esbozar. Digo filólogo, que no gramático. Por lo que dijo Vossler de que “quien invoca una lengua en su idiosincrasia nacional; es siempre, en su estilo, no debe preguntar como gramáticos, que es en ella lo permitido y lo posible, sino lo que por su conducta ha llegado a lograrse”. Es la eterna distinción de dos categorías de ciencia, que ya señaló Eugenio D’Ors en su *Glosario*, asignando al primer al filólogo, la condición de personaje, y al segundo, al gramático, un cometido de gacilillo trotador siguiendo a la carroza del guaje.

Unamuno da a la filología el sentido guo, espiritual y grande, que tuvo para humanistas, cuando atribuían a la “Filología sacra y profana” el amplio contenido estual del pasado.

Nada de casticismo al uso, ahogando el tito en la tupida maraña del arcaísmo de ratorio, sino abrirle anchos cauces por discurre lo antiguo, fundido con la nueva vía del presente.

Para un espíritu mezquino esto quizá no gue a reunir la condición exigible a un demico, para el que, empinado sobre el abarca campo más dilatado, es el estilo Unamuno, su potencialidad creadora de le, el modelo deseado de belleza serena que, por derecho propio, abriría las pue de su umbroso jardín el mismo Academo.

M. GARCIA BLANCO

Salamanca, 22-II-30.

Unamuno y la Historia

Los que viven en la historia
se hacen sordos al silencio.

Tu reino es de la historia la
creciente, no progresiva, eter-
nidad.

La españolidad eterna hecha
piedra de visión.

conceptos caracterológicos, clásico y
romántico—que parecen ser los principios fun-
damentales en la filosofía de la historia de
Unamuno. Aplicados a la historia espiritual de
España no poseen ningún contenido. Ni Cer-
vantes, ni Calderón, ni Quevedo, ni Gracián,
ni Góngora, ni Galdós, ni Pío Baroja, ni Unamuno.
Tampoco románticos. Ya Gide
había dicho: "El concepto de clasicismo sólo se podía
aplicar a la literatura griega, a la latina, a la
romana. En esta última los dos conceptos de
clasicismo y romanticismo poseen plena sig-
nificación. En la literatura alemana este úl-
timo concepto se llama *Sturm und Drang*. Pertenece
al concepto de Unamuno al *ethos* romántico o al
clásico? Acaso podría él repetir el verso de
Goethe:

Soy clásico o romántico? No sé...

que aunque el concepto de romántico no
es un principio caracterológico plenamente
aplicable a la concepción unamunista del Uni-
verso, hay en Unamuno una dirección espí-
ritual completamente romántica: la dialéctica.
En los estudios de A. Bäumler y de
E. Przywara (1) la dialéctica romántica está
definida, en oposición a la dialéctica an-
tigua de la Ilustración que se polarizaba entre
el sujeto y el objeto, por colocarse entre el Hom-
bre y la Mujer. Esta fué la posición funda-
mental de la filosofía erótica de Baader, de la
filosofía de Görres (2), y ésta fué el proble-
ma central de la concepción histórica de Ba-
er: el patriarcado y el matriarcado. Y sin este
elemento romántico es imposible compren-
der el misterio de Kierkegaard, el hermano
menor de Unamuno.

En la *Tula*, *Teresa* tienen como fundamen-
to la dialéctica romántica-católica, que al
fin y al cabo es la base de la concepción de
Unamuno. "Dios era y es en nuestras mentes",
dice Unamuno. Su modo de juzgar y condenar a
los hombres, modo de varón, no de persona
papa, sino por encima de sexo; modo de Padre.
Por eso compensarlo hacía falta la Madre; la
que perdona siempre, la Madre que
siempre los brazos al hijo cuando éste
está de la mano levantada o del ceño frunci-
do. El irritable padre; la madre en cuyo rega-
zo busca como consuelo una oscura remem-
branza de aquella tibia paz de la inconciencia.
En el centro de él fué el alba que precedió a
su nacimiento y un dejo de aquella dulce
que embalsamó nuestros sueños de ino-
cencia; la madre que no conoce más justicia
que el perdón ni más ley que el amor. Nues-
tra concepción imperfecta de un Dios
de largas barbas y voz de trueno, de un Dios
que impone preceptos y pronuncia sentencias,
de un Dios Amo de casa, *Pater familias*
romano, necesitaba compensarse y comple-
tarse y como en el fondo no podemos conce-
bir a Dios personal y vivo, no ya por encima
de los humanos, mas ni aun por encima de
los varoniles, y menos un Dios neutro o
afroditita, acudimos a darle un Dios fe-
mea, y junto al Dios Padre hemos puesto
a la Diosa Madre, a la que perdona siempre,
que como mira con amor ciego, ve siempre
el lado de la culpa y en ese fondo la justicia
del perdón."

Empero, su concepción de la historia no
es la concepción romántica. Para definirla, el
principio caracterológico—mientras no
tiene un nombre a nuestro tiempo—me

parece el de noventaenista. Es decir, una con-
cepción de la historia originada por el clima
espiritual del siglo XX y en lucha contra el
ingenuo realismo histórico del siglo XIX (1).

Unamuno ha expresado en las últimas pá-
ginas de *El sentimiento trágico de la vida* su
desprecio, su asco por el siglo XIX. "Y en la
segunda mitad del pasado siglo XIX, época in-
filosófica y tecnicista, dominada por un espe-
cialismo miope y por el materialismo históri-
co, el ideal de la cultura se tradujo en una
obra, no ya de vulgarización, sino de avul-
gamiento científico—o más bien, pseudocien-
tífico—que se desahogaba en democráticas bi-
bliotecas baratas y sectarias. Quería así popu-
larizarse la ciencia como si hubiese de ser
ésta la que haya de bajar al pueblo y servir
sus pasiones, y no el pueblo el que debe subir
a ella y por ella, más arriba aún, a nuevos y
más profundos anhelos".

Tecnicismo, materialismo histórico, demo-
cracia. He ahí todo el siglo XIX. No es extra-
ño el alejamiento del último siglo en quien en
arte es antirrealista; en filosofía, pascaliano;
y se sentía con un alma medieval y creía me-
dieval el alma de su patria.

Y es en el paisaje espiritual del siglo XX, en-
gendrado por Nietzsche, cuya obra es una ne-
gación del siglo XIX, cuando se ha podido des-
arrollar la moderna teoría de que la historia
no es investigación de hechos. La historia in-
fluye como mito y no como verdad. No es la
verdad la significación del hecho, sino la in-
fluencia que de él emana.

Bertram ha escrito: "Lo que de la Historia
permanece no es una vida, sino siempre su
leyenda. Lo que permanece de todo devenir
histórico es siempre—y esta palabra tomada
sin tonalidad eclesiástica, romántica o noveles-
ca—es la LEYENDA". Gundolf—alma nove-
centista—ha dicho que la obra y vida—reali-
dad—de un artista, no son fines, sino medios
para el investigador, y que la Historia debe
ser visión de influencias y no crónica de he-
chos literarios o psicologías de autores.

La Historia se une entrañablemente a la
vida. Ambas confunden sus límites en toda
mente plenamente moderna.

Unamuno no es historiador, pero el tema de
la Historia—la eternidad en el orden de lo
temporal—le ha tentado ya que toda realiza-
ción del espíritu emana de la voluntad de eter-
nidad, que es el gran tema y la gran vivencia
de la religión, de la filosofía y del arte. Todo
espíritu filosófico, religioso o artístico se sien-
te obseso por el contenido ideal de la Historia
en el que Tiempo y Eternidad entrecruzan sus
aristas.

El elemento fundamental del *ethos* de Una-
muno es el ansia de Eternidad. "No morir"
era el deseo constante de Francisco Zabalbide,
el joven estudiante de *Paz en la guerra* (2)
—novela plena de vivencias. En *Andanzas y
Visiones Españolas* se dice que "el pensamien-
to de Dios es la Historia: la Historia huma-
na, la historia civil, la historia de esta huma-
nidad civil en que Dios se hizo hombre y ha-
bitó entre los hombres, y proclamó que su rei-
no, el reino de Dios, esto es, el reino del
Hombre, el reino del Dios Hombre, no es de
este mundo de dolores y goces, de odios y de
amores, de recuerdos y esperanzas. Porque el
reino de Dios, el reino del Hombre, es el del
pensamiento que está sobre dolor y goce, so-
bre odio y amor, sobre recuerdo y esperanza,
aunque con ellos se haga, como con piedras
se hacen las torres que en la Historia quedan.
El pensamiento de Dios es la Historia; la
Historia es lo que Dios piensa, lo que va pen-
sando".

El deseo de entrar en la Eternidad—en
Dios en cuanto Espíritu absoluto—, conduce
a considerar la Historia *sub especie eternitatis*.
No es lo esencial el devenir, la sucesión de
formas que crean tradición, sino el impulso,
la energía que engendra dicha sucesión. La

eterna tradición obra y se realiza en la actua-
lidad viviente como operó en el pasado muer-
to. Pasado y presente son sólo formas diver-
sas de la espiritual y eterna energía de lo su-
prahistórico. O de lo intrahistórico. Por ello
—como ha dicho Curtius—, Unamuno lucha
contra los tradicionalistas por la eterna tradi-
ción, por lo eterno humano. Lo supratem-
poral, lo intrahistórico es también lo su-
pranacional. Esta era la posición espiritual
que produjo *En torno al Casticismo*. En
1895 Unamuno era un internacional, un cos-
mopolita. Era un europeo. En 1906, en su en-
sayo sobre la europeización se declara antio-
mófilo y antieuropeo. Y es que el hombre en su
concreción, en su existencialidad de español
es más realidad que el hombre abstracto de la
Ilustración y de la Revolución francesa. La
verdadera europeización de España consiste
no en recibir, sino en dar. No europeizar Es-
paña, sino españolizar Europa.

Esta es la misión divina y eterna de Espa-
ña. Sólo adentrándose en su misión—intiman-
do en lo eterno de la personalidad—se logra
la eternidad histórica. "Hay que aspirar de
todos modos a hacerse eternos y famosos, no
sólo en los presentes, sino en los venideros si-
glos; no puede subsistir como pueblo aquel
pueblo cuyos pastores, su conciencia, no se lo
representen con una misión histórica, con un
ideal propio que realizar en la tierra. Al mis-
mo espíritu cronológico pertenecen estas pala-
bras de Ortega y Gasset: "Desdichada la raza
que no hace alto en la encrucijada antes de
proseguir su ruta, que no se hace un problema
de su propia intimidad, que no siente la heroí-
ca necesidad de justificar su destino, de volcar
claridades sobre su misión en la Historia."

Ya Nietzsche había visto que el único valor
de la Historia era el de ser engendradora de
vida. Esta misma concepción mágica ha sido
uno de los fundamentos de la generación del
98. Unamuno y Ortega buscaron en el *Qui-
jote* un mito, y Azorín investigó el espíritu
español a través de los clásicos interpretados
con un sentido moderno.

La Historia no debe ser una explicación
científica, sino una comprensión simpática
de la realidad histórica que es el hombre. Y
no la idea ni el hecho económico. La forma
en la que se realiza y objetiva la Historia es
el hombre. Es imposible comprender el cristia-
nismo sin Cristo, el cesarismo sin César, el
imperio alemán de 1870 sin Bismarck, el im-
perio español sin Carlos V. Es imposible, sin
intuición sensual y plástica de las figuras his-
tóricas, poseer una visión de la Historia, y el
verdadero de historiador se confunde con el
artista. Se nace historiador como se nace
poeta.

Todo historiador es un creador de tiempos
nuevos.

Unamuno, que se apartaba del realismo
—cosa puramente externa, aparental, cortical
y anecdótica—literario y que preguntaba cuál
era la realidad íntima, la realidad real, la rea-
lidad poética o creativa de un hombre, trans-
formó la Historia en mito al trasponer dicha
pregunta artística en el plano histórico. Don
Quijote y Hamlet son más reales que Cer-
vantes y Shakespeare, porque en lo eterno son
más verdaderas las ficciones y leyendas que
no la Historia.

El círculo de Stefan George, que tiene sus
antecedentes en el individualismo histórico de
Burekhardt y Nietzsche y es un verdadero ex-
ponente de la nueva mentalidad alemana, ha
afirmado con Gundolf que el pasado está muer-
to y que sólo es histórico lo que vive e in-
fluye. Estas palabras se escribían en 1911. En
1905—primeros años de nuestro siglo, escribía
Unamuno en su primera edición de la *Vida de
Don Quijote y Sancho*: "Lo pasado no es ya,
y sólo existe de verdad lo que obra y una de
esas llamadas leyendas cuando mueve a obrar
a los hombres encendiendo los corazones, o
les consuela de la vida, es mil veces más real
que el relato de cualquier acta que se pudre
en un archivo."

¡Cuán distinta la concepción realística de la
Historia en el siglo pasado! Taine procuraba
explicar todo el devenir histórico con los prin-
cipios de Raza, Medio, Momento y las leyes
de ellos derivadas. Y en el prólogo a su *His-
toria de la literatura inglesa* escribía que el
vicio y la virtud son productos como el vitriolo
y el azúcar.

Para llegar a la moderna concepción de la
Historia fué preciso enunciar que las ciencias
del espíritu pertenecen a las ciencias eidéticas
y no a las nomotéticas. La Historia se
transformó en intuición de lo individual.

El individuo—el hombre—ansía ser en la
Historia porque anhela eternidad. Se quiere
vivir en la Historia para vivir en el eterno
pensamiento de Dios. La eternidad en la His-
toria se llama Fama. Y por ansia de renombre
y fama, por sed de gloria salió Don Quijote
a quiotisar por las rutas de la Mancha.

En la concepción esbozada por Unamuno se
ecuacionan Fama y Eternidad. La Gloria es,
en el fondo, miedo a desaparecer, a dejar de
ser. Según una moderna sociología del saber,
sin la sociedad—sin la continuidad en el cuerpo
social—no podría subsistir ni la Historia ni
ninguna otra forma de la cultura (1). La base
de la Fama es la sociedad.

En arte, Unamuno fué y es antirrealista.
Su época preferida es la Edad Media—la épo-
ca de las catedrales góticas y románicas, la
edad de los caballeros y cruzados, el tiempo
embebido de eternidad y deseoso de catolicidad
y principios ecuménicos—. Su ansia de liber-
tar pertenece más al tiempo de Dante y Sa-
vonarola que al del liberalismo del siglo pa-
sado. Su concepción mágica de la Historia se
opone al ingenuo realismo histórico del si-
glo XIX.

Toda su ideología, todo su *ethos* vive en
agonía contra el siglo XIX.

JOSÉ FRANCISCO PASTOR

(1) V. los trabajos de J. Hirsch sobre la gé-
nesis de la Fama.

NOTA

Estilo en Unamuno

Hay en las novelas de Unamuno pa-
sajes singularmente interesantes por lo
que se refiere a la aplicación literaria de
las inflexiones de la voz.

En el trato diario, este vivo elemento
de expresión desempeña un papel esen-
cial. En los libros son pocos los casos en
que dicho elemento aparece tenido en
cuenta con suficiente atención.

Las indicaciones más corrientes sobre
esta materia se limitan a señalar he-
chos elementales y ordinarios de muy
escasa eficacia para definir lo particular
y concreto.

El interés de los ejemplos de Unama-
no consiste precisamente en referirse a
situaciones especiales, cuyo fondo se ma-
nifiesta más que en el valor literal de
las palabras en los rasgos de la ento-
nación.

Con la alusión breve y certera a matic-
es de la voz, agudamente calificados,
Unamuno sugiere y evoca en determina-
dos momentos estados de ánimo de la
más honda intimidad.

El uso de estos efectos supone un
sentido del lenguaje que no es ajeno, se-
guramente, a la amplia experiencia lin-
güística del ilustre maestro. Por otra
parte, esta manera integral de entender
la función de la palabra se enlaza ín-
timamente con otros aspectos esencia-
les del estilo de Unamuno.

Por lo general los novelistas ponen en
labios de sus personajes palabras sin voz,
palabras despididas que el lector no acier-
ta siempre a vestir con el tono adecua-
do a cada trance emocional.

Unamuno logra que en los momentos
oportunos sus personajes literarios den
la sensación de la palabra hablada con
toda su eficacia y plenitud.

T. NAVARRO TOMÁS

ROGELIO VILLAR

"MUSICOS ESPAÑOLES".—Se-
gunda serie, 6 pesetas.

"LA ARMONIA EN LA MUSICA
CONTEMPORANEA", 2,50.

"TEÓRICOS Y MUSICOS", 2,50.

Erich Przywara, S. J. "Das Geheimnis
der Romantik". München, 1929.
El romanticismo alemán tendió fatalmente
al catolicismo. Novalis y Schlegel simpati-
con el dogma católico.

UNAMUNO Y LA NOVELA

Una novela resucitada

He vuelto a leer *Paz en la guerra*. En *Novelas y novelistas* la había dedicado un capítulo. Al penetrar en las páginas de la nueva edición he experimentado la curiosidad y la inquietud del retorno. El retorno suele ser un sendero de melancolías. Rara vez la segunda visita a las cosas que conocimos o vivimos deja de ofrecernos cierta desilusión, y, sin embargo, un punzante atractivo nos mueve a renovar el contacto o encuentro primero. Sentimos la sed de vivir dos veces las cosas, desafiando al desengaño que en la segunda visita nos acecha. Segundas partes del amor, segundas visitas a los lugares del ensueño, retorno a la fe primera o a la vida juvenil, son pruebas difíciles a que sometemos la ilusión original. La virginidad de las cosas no es perenne; pero en las que lo merecen queda la reserva de su fecundidad. También las segundas lecturas suelen castigarnos con desilusiones; pero las verdaderas obras de arte, no sólo las resisten, sino que ganan con ellas, ofreciendo nuevos descubrimientos y nuevos motivos de emoción. La consagración de la posteridad está formada de una sucesión de segundas lecturas. Los buenos libros son para la lenta lectura del filólogo y para la lectura repetida del amante de las letras. El libro superficial, que acaso cautivó la curiosidad en una primera rápida lectura, se nos ofrece mustio, marchito, si por acaso volvemos a él.

Creo haber visto y sentido al releer *Paz en la guerra* más cosas y más emociones que vi y sentí en la lectura primera. Algunas correcciones tendría que hacer en mi juicio de antaño acerca del libro, aunque no en lo fundamental. *Paz en la guerra* no ha perdido para mí la frescura y lozanía originales; pero vislumbro en ella más hondo subsuelo. Ni siquiera ha palidecido aquella forma de realidad presente que llamamos actualidad. El autor lo dice, y estoy conforme: "Aparte el valor literario o artístico—más bien poético—que pueda tener, es hoy, en 1923, de tanta actualidad como cuando se publicó. En lo que se pensaba, se sentía, se soñaba, se sufría y se vivía en 1874, cuando brizaban mis sueños infantiles los estallidos de las bombas carlistas, podrán aprender no poco los mozos y aun los maduros de hoy." Caen las hojas del árbol de la historia y le brotan otras, mas el tronco permanece; y esta novela de Unamuno es historia poetizada.

Después de *Paz en la guerra*, Unamuno ha escrito varias novelas: *Amor y pedagogía* (1902), *Niebla* (1914), *Abel Sánchez*, *Una historia de Pasión* (1917), *La tía Tula* (1921), *Tres novelas ejemplares y un prólogo* (1920). Estas novelas no se parecen artísticamente a *Paz en la guerra*. El propio autor señala la diferencia en el prólogo. "En esta novela—dice—hay pinturas de paisaje y dibujo y colorido de tiempo y de lugar. Porque después he abandonado este proceder, forjando novelas fuera de lugar y tiempo determinados, en esqueleto, a modo de dramas íntimos, y dejando para otras obras la contemplación de paisajes y celajes y marinas. Así, en mis novelas *Amor y pedagogía*, *Niebla*, *Abel Sánchez*, *La tía Tula*, *Tres novelas ejemplares* y otras menores no he querido distraer al lector del relato del desarrollo de acciones y pasiones humanas, mientras he reunido mis estudios artísticos del paisaje y del celaje en obras especiales, como *Paisajes*, *Por tierras de*

Portugal y de España y *Andanzas y visiones españolas*. No sé si he acertado o no con esta diferenciación."

Creo que no. Las novelas posteriores a *Paz en la guerra* son novelas desencarnadas, escuetos ejemplos morales, a los que el autor, con una especie de ascetismo literario, priva del accidente en que está el encanto sensual de estas fábulas. Unamuno ha proclamado la teoría de la tragedia desnuda, despojada del artificio escenográfico. En estos libros practica la teoría de la novela desnuda, que vuelve, en cierto modo, a la forma simple, escuetamente narrativa, de los primitivos *novellieri* y autores de ejemplos, si bien no por inocencia y desmaño, co, que exalta el mundo interior y desprecia por un espíritu místico o cuasi místico o rechaza lo sensible. Son novelas de espíritus, novelas intelectuales, mientras que *Paz en la guerra*, sin perjuicio de la vida interior de sus personajes, ofrece a la fantasía la visión coloreada del espectáculo sensible, finos y severos paisajes, rumor y junta de multitudes, fisonomía de sujetos, y hasta aquellos particulares menudos del carácter que, sin ser sensibles, escapan a una novela desnuda demasiado esquemática. El accidente, la individuación, es lo que da a la novela y a la misma historia la sugestión artística. El secreto del atractivo de las historias que cautivan como novelas está en el pormenor, en el accidente, pues la realidad se nos comunica por medio de pormenores y accidentes.

Es cosa opinable la estilística. Todos los métodos de cotejar y medir estilos de la palabra son falibles. Contra lo que algunos creen, por una falsa apreciación de la castidad y la elasticidad, Unamuno me parece una de las máximas autoridades actuales de la lengua, uno de nuestros mayores romanticistas, penetrado del espíritu y de la historia del romance castellano como pocos, y, desde luego, infinitamente más castizo y más clásico, más digno de ser modelo que los fríos arcaizantes que andan cazando a lazo vocablos engolados y fríos para hacer con ellos algo semejante al retrato del golilla de la fábula de Iriarte. A Unamuno hay que leerle despacio, con lectura de filólogo, saboreando el vocablo jugoso, maduro, propio para el caso. En *Paz en la guerra* apunta esta compenetración del escritor con la lengua, que, siguiendo el proceso general en el literato como en el artista, ha llegado después de la madurez, al dominio y fácil manejo del material artístico. Unamuno me recuerda a Juan de Valdés. Tiene el saber y el sabor del idioma. El estilo de Unamuno le parecerá escabroso y borrascoso a tal hablista seducido por los figurines arcaicos. Tiene la gran virtud de la propiedad: una expresión sobria, magra, certera, penetrante, que en los momentos de emoción (en las poesías, por ejemplo) se caldea e ilumina con fuego poético. El léxico es superior a la construcción, aunque ésta participa de la sencillez y propiedad que se observan en el uso del vocablo.

Por el espíritu filosófico, *Paz en la guerra* recuerda una de las más grandes novelas que ha producido la literatura universal en el siglo XIX: *La guerra y la paz*, de Tolstoi. Esta desenvuelve su acción en el vasto escenario de las guerras napoleónicas; la española, en el pequeño ámbito local de una guerra civil de escasa trascendencia universal y corta perspectiva histórica. Mas la virtud de la mirada filosófica consiste en elevar el caso humano a términos de universalidad, aunque en sí sea menudo y frágil. Ambas novelas ennoblecen y enriquecen

la visión épica con el contenido moral y el combate psicológico. El héroe, el tipo puramente épico, es algo superficial y primitivo; es esencialmente fenoménico, una exaltación del fenómeno, si no se mira más que la proyección material, la hazaña, el estrépito bélico. Ante la visión filosófica, la guerra y la paz se presentan como movimientos de flujo y reflujo, como olas del devenir humano, mutable y perpetuo.

Honra a la novela de Unamuno el que despierte tal recuerdo.

ANDRENIO

Unamuno y "Paz en la guerra"

Si mi estado actual de salud me lo permitiese, no sería una, sino muchas las cuartillas que escribiría sobre la "literatura" de Unamuno, para responder al amable requerimiento de la GACETA LITERARIA y para satisfacer mi propio deseo.

Pero he de contenerme en límites tan reducidos, que estimo preferible no utilizarlos y recurrir al recuerdo (que seguramente para muchos lectores no será "recuerdo", sino novedad absoluta) de lo primero que escribí sobre Unamuno en 1897, con ocasión de su primera novela, *Paz en la guerra*. Tal vez sea grato a muchos de los que sólo conocen la historia *Contemporánea* de Unamuno, esta llamada de atención hacia la primitiva de un escritor que tan briosamente y con tanta enjundia supo comenzar y que tan variados y espléndidos florecimientos ha producido desde entonces.

He aquí algunos párrafos de mi crítica de 1897:

"La novela del Sr. Unamuno que ha de ocuparnos, difiere bastante de las que usualmente se publican entre nosotros, no tanto por su psicologismo, como ahora se dice—que en esto sobran modelos recientes—, cuanto por el orden de cuestiones que plantea y la esfera de vida a que se refiere. Si, para que de una vez el lector erudito se forme idea del carácter de *Paz en la guerra*, acudiésemos a las comparaciones y semejanzas, bastaría decir que las obras extranjeras de universal fama con quienes tiene relación más íntima y mayor parecido, son *La guerra y la paz*, de Tolstoi, y *David Grieve*, de Mrs. Ward.

Tiene de común con la primera la pintura de cuadros militares, el ambiente rural, la preocupación de altos problemas y ese subjetismo especial, resultado de una penetrante introspección, que convierte las novelas tolstoianas, a veces, en verdaderas autobiografías espirituales, y que, en general, influyendo también en la mayoría de los escritores modernos (a excepción de los naturalistas picados de *superficialismo* o *exteriorismo*), ha venido como a trasladar a la novela no pocos elementos de la lírica antigua y, en fin de todo (hay que decirlo), a restaurar los procedimientos de Goethe. Con *David Grieve* le unen lazos de la misma índole, relativos en particular a las creencias religiosas.

Para abordar este género posee el señor Unamuno ventajosas condiciones: su natural reflexivo y aun preocupado, su cultura filosófica, la libertad franca de su pensamiento (acreditada en más de una ocasión antes de ahora, con pruebas de original independencia), y el amor con que siente y estudia las escenas y

paisajes, el mundo local que ha tomado como modelo y que es el de su "patria chiquita". Nótese al punto el autor—como la mayoría de los lectuales, fatigados o desengañados por la vida ciudadana—lleva sus preferencias del lado de la vida rural. El campo, sobre todo el monte, el aire libre, la vida y caracteres campesinos, le seducen vivamente y los describe con gran emoción y fuerza. El episodio de la boda aldeana (página 75 y siguientes) y el de la romería (páginas 127 a 130) son espléndido panorama admirable visto en las páginas 343 y siguientes, aun párrafos sueltos, como el final de la página 168.

Este sentimiento del paisaje, la elocuencia y vigor descriptivos—suelen abundar en nuestros novelistas salvo Pereda (*Peñas arriba*) y Ochoa (*La guerra* una elevada patia y un encanto indefinible, que prenderán todos los lectores, y que muchos seguramente han de preferir a la parte psicológica y filosófica del libro).

Y, sin embargo, no ignora ni Unamuno la grandeza de la vida aldeana. Constituye la materia de su última novela, *La guerra*, especial el sitio de Bilbao, vistas de la villa y éste, alternativamente, del campo y otro de los dos grupos que batan. Bien se nota que las preferencias del autor van del lado carlista, no tanto por su significación política como por la histórica, que luego nos, y por el elemento campesino, principalmente nutrió sus filas; y, en fin, el espíritu de los guerrilleros, que los cortos y cortos y cortos ordenancistas que rodean y mandan y desnaturalizan la vida que los aldeanos sienten y hacen, modo, sin ver más allá. Pero esta tendencia no le impide, repito, advenir a aspectos hermosos e interesantes de la vida ciudadana, del carácter de los baños que resisten heroicamente al queo. Con esa impersonalidad universalidad que el artista lleva siempre consigo (y que haciéndole amar lo que lo artístico allá donde estuviere, pone con frecuencia a los prejuicios arraigados). Unamuno llega a pintar episodios de la ciudad sitiada—queces recuerda los de *El sitio de París*—, con tanto amor y sinceridad como los de la masa sitiada véase, por ejemplo, la descripción de San Miguel, que los bilbaínos como pueden, no siéndoles permitido ir a la romería de Basauri (páginas siguientes).

Quien describe tan admirablemente el campo, hallándole toda su reposada deza; quien bosqueja rápida e inmediatamente figuras como la del cura de la Cruz; quien conserva de tal modo recuerdos de la vida infantil y saborearlos en materia "de inefable sía", como dice Narciso Oller; compone el hermoso cuadro de la vida de los fueros; quien llega a la emoción del dolor en el episodio de la iglesia (páginas 328-29); quien, en fin, la suprema grandiosidad de la vida y de imagen que llevan consigo las últimas de la obra (desde la novela que más recuerdan a Tolstoi), viendo el fondo dormido de la conciencia, bien puede estar seguro de su arte adquirirá pronto el ritmo firmeza graduada del arte dueño propio y conocedor de sus naturales "zas."

RAFAEL ALTAMIRANO

MIGUEL UNAMUNO Y LA POESIA

Llámase, por lo común, antología o florilegio, palabras que, del griego o del latín, valen tanto como ramillete, a las colecciones de poesías que reúnen lo más bello de un autor, o de una época, o de una literatura, a juicio del que las ha formado, el cual, con sólo adoptar tal palabra, compara las poesías con flores. A las de Miguel de Unamuno tal comparación apenas les cuadra. Son, más que flores, plantas de honda raíz, arbustos frondosos, árboles de recia copa. La gracia y la ternura, que brotan aquí y allá en sus versos no son sus rasgos esenciales. Contra la opinión, tan extendida, que no resiste a un minuto de reflexión, de ser la poesía algo exclusivamente ligero y armonioso, sus versos dicen muy claramente que la poesía es más. "Cuando manifesté delante de algunos que, a mi entender, Miguel de Unamuno es, ante todo, un poeta, y quizá sólo eso, se me miró con extrañeza, y creyeron encontrar en mi parecer una ironía." Estas palabras son de Rubén Darío; se remontan a 1909, y aparecieron en *La Nación*, de Buenos Aires. Yo no esperé a conocerlas para ser de igual opinión. Poeta en sus ensayos, en sus novelas, en sus dramas, Miguel de Unamuno lo es singularmente en sus versos.

Versos de pensamiento y afectos, de amores y odios, no ceden los suyos al encanto de lo ornamental, y chocan así con la rutina. Ciertamente que esas cualidades externas, en que halla principal atractivo la generalidad de los lectores de versos, han sido posibles en poetas nada frívolos, en altos y nobles ingenios. Unamuno, que es capaz de jugar con los vocablos para buscar en posturas nuevas nuevas expresiones posibles, no lo es de jugar con melodías y sonidos. Su música es siempre grave y honda.

Pero es música, ciertamente, en la medida que cumple a la poesía; no música ante todo, como quiso, un momento, Verlaine. La cadencia del verso, tal como la fijaron las leyes del idioma y la obra de sus clásicos, está sometida a principios en último término musicales. Nacida con el canto, la poesía se declaró al fin independiente de la música; pero aun no ha perdido, ni nunca perderá, probablemente, el aire de familia.

Unamuno, en sus versos, es tradicional sin imitación. Lejos de él todo miedo. A quien tan sólo se parece es a Miguel de Unamuno. Ved una poesía suya cualquiera. No os recordará otra poesía, como no sea suya también; os recordará vivamente su prosa, y, si alguna vez le visteis y le oísteis hablar, os recordará al poeta mismo. Y, sin embargo, su versificación es la que se encuentra en los libros españoles desde el siglo xvi, sin desdén por combinaciones estróficas del romanticismo y con predilección por la forma fija del soneto. Dentro de estos tipos de poesía cabe lo que pueda señalarse como influencia formal de poetas italianos, visible, sobre todo, en las *Poesías* de 1907: la libre silva de Leopardi o la estrofa "bárbara" de Carducci.

Más que la fluidez en el verso, caracteriza a Unamuno la robustez, en ocasiones harto violenta. Su verso nunca cede por blando: salta por duro; y nunca peca de primoroso: antes descompuesto o desnudo. El consonante difícil, que busca cuando le es necesario, no va a incrustarse toscamente en el verso, sin ayudarlo a enriquecer su idea, sin abrirle una perspectiva, como la Peña superada en una ascensión trabajosa.

Que no es el verso expresión accidental para Miguel de Unamuno lo dice el escalonamiento en su obra de los tomos

poéticos (1) y su número mismo, casi una cuarta parte del total de su producción.

Antimoderno, como diría Maritain, en cierto sentido, no ha vacilado en lanzar sus diatribas contra "la corte de los poetas". En realidad, odia la imitación, el lugar común, viejo o nuevo, el arte por el arte. Sin cerrarse en las formas viejas—ha introducido por cuenta propia, en las "estrofas bárbaras" y en más usuales combinaciones líricas, alguna modificación interesante y fecunda—, se aparta de las llamadas formas nuevas, inspiradas en el lirismo francés. Y también se aparta de los temas y figuras frecuentados por los poetas que siguen a Rubén Darío, y, por supuesto, de la imaginería posterior.

Su sentimiento de la naturaleza cabe en la austeridad española. Quizá en ningún paisaje lo apresa mejor que en "el mar de encinas", cantado en una de sus poesías primeras:

Es su verdura flor de las entrañas
de esta rocosa tierra, toda hueso,
es flor de piedra su verdor perenne
pardo y austero.

Todo su sentir se halla condensado en los sustantivos y en los epítetos de esta estrofa. Flor, pero flor "de las entrañas", y no vistosa y efímera, sino resistente "de piedra" y "perenne" en su verdor. Hasta por sus imágenes, la poesía de Unamuno aspira a ser, si no inmortal, espejo de inmortalidad. O en los sonetos africanos, ante el verdadero mar, que dicta al que está en el destierro su lección solemne:

Hora, dormidas de la mar serena;
se ciernen el tiempo en alas de la brisa;
cuaja en el cielo azul una sonrisa
y todo él de eternidad se llena.

Los ojos del poeta no se paran en el espectáculo natural: lo ven como algo que vive y habla y razona, como tornavoz de su propio canto. Y lo mismo en la contemplación y consideración de Dios, tema de muchas poesías y de su más largo poema, *El Cristo de Velázquez*. ¡Cuán lejos de él ese cántico de alabanza, esa humillación rezadora a que suele reducirse la poesía religiosa moderna!

Unamuno es de la estirpe de nuestros místicos. Frecuentemente se ve en sus obras la huella de atentas lecturas de ellos. Pero no conforme con su sentir, a cuatro siglos de distancia, su coloquio con Dios, más que coloquio, es lucha; lucha en la que combate por salvar lo que en el hombre, por ser eterno, es también Dios. Tampoco se detienen sus ojos en el lienzo pintado por Velázquez, al dar a Cristo, después de Fray Luis, los nombres más dulces y los más terribles, al meditar en cada uno de los miembros del cuerpo traspasado, para sacar de su muerte un aprendizaje de eterna vida:

Danos vida, Jesús, que es llamarada
que calienta y alumbra y que al pábulo
en vasija encerrado se sujeta;
vida que es llama, que en el tiempo vive
y en ondas, como el río se sucede.

Carecería de una dimensión la lírica española actual si no fuera por Unamuno. La lírica religiosa, en verdad, fuera de él no existe, porque no se ha de tomar por lírica religiosa el modesto

(1) *Poesías*. Bilbao, 1907.—*Rosario de sonetos líricos*. Madrid, 1911.—*El Cristo de Velázquez*. Madrid, 1920.—*Andanzas y visiones españolas* (parte final). Madrid, 1922.—*Rimas de dentro*. Valladolid, 1923.—*Teresa*. Madrid, sin año (? 1924?).—*De Fuerteventura a París*. París, 1925.—*Romancero del Destierro*. Buenos Aires, 1928.

coro imitativo, la candorosa hiperdulia, sin acento de profundidad, aunque sea sincera, con que se adornan ocasionalmente las revistas piadosas. En los libros de Unamuno, sea cual fuere, vibra siempre esa nota de aspiración a la inmortalidad, dirigida, no a los altares, sino a lo profundo del alma, donde nace la voz que no puede engañarse. Su Dios, a pesar del poema, no es el Cristo de San Plácido, sino, más bien, aquel otro rústico Cristo de Cabrera, contado en las primeras *Poesías*, rodeado de soledad y silencio:

No es tal imagen ni aun trasunto vago
del olímpico cuerpo que forjaron
los que con arte y juego
poema hicieron de la humana forma,
sino torpe bosquejo
de carne tosca,
con sudor amasada del trabajo
en el molde de piedra
sobre la dura tierra... (1).

Del mismo espíritu están tocados los versos de amor, que no son, ciertamente, en Unamuno, poesía trovadoresca, sino brote de afectos íntimos, de sentimientos familiares—¡qué varonil ternura la de los versos a los hijos!—o análisis apasionado en una historia romántica, como las poesías de *Teresa*, que se presentaron como "rimas de un poeta desconocido presentadas y presentado por Miguel de Unamuno". Ese poeta, llamado Rafael, seguía el "Credo poético" iniciado en las primeras *Poesías* con este verso:

Piensa el sentimiento, siente el pensamiento.

Rafael, según su presentador, "llegó a fraguar, por vía dolorosa, como todos los verdaderos poetas eróticos, una metafísica del amor, una *meterótica*, diríamos". Así son sus versos: etapas de una historia que corresponde, en la lírica, a las novelas y dramas de plenitud de don Miguel de Unamuno; es decir, ecos de su propio sentir, personificados en criaturas de ficción.

Confrontados con las poesías amorosas de tono personal, en las *Poesías* y en el *Rosario de sonetos líricos* (donde se hallan algunas de las piezas mejores de Unamuno, sonetos descriptivos, sentenciosos, eróticos o morales, en la gran tradición de nuestros poetas del siglo xvii), los versos románticos de *Teresa* adquieren valor nuevo y rebotan de los protagonistas fingidos sobre el autor verdadero.

Las *Rimas de dentro* (¡qué gran título para todas las poesías de Unamuno!) y los versos de *Andanzas y visiones españolas* no son sino prolongaciones de las primeras *Poesías*. En cambio, los *De Fuerteventura a París* y los del *Romancero del destierro* traen una nota nueva. La de un Miguel de Unamuno satírico, más semejante que al Juvenal conocido, al Arquíloco de que nos hablan. Estos libros, que contienen, sin duda, notas líricas de pura serenidad, responden a su más intensa labor de hombre político, restallando como latigazos, sin detenerse ante palabras ni conceptos, con aquel vigor de diatriba que él ensalzó en el ecuatoriano Juan Montalvo. Siguen, a veces, la cadencia del romance popular, o aceptan la estructura del soneto. Son equivalentes a lo que significa el libro de *Les Chatiments* en la obra de Víctor Hugo. Pero ni en ellos falta la vibración religiosa, el jadear de agonía—de lucha—característico del poeta, en sus versos y en su prosa:

Dios de mi España contrita,
oye mi chorro de voz,
escucha el recio lamento
de un hijo de tu pasión,
de un hijo de tu hija España,
de un agónico español.

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

(1) La forma de esta poesía, silva con asonantes en lugar de consonantes, en que se mezclan, con el endecasílabo y el heptasílabo tradicionales versos más cortos, es personalísima de Unamuno y, en general, muy afortunada.

Popularidad y gloria de Unamuno

El éxito popular, o la popularidad de D. Miguel de Unamuno, a su regreso a España, después de su destierro, hace pensar, por pureza, en su gloria. Gloria y popularidad son confundidas frecuentemente por el hecho de coincidir ambas alguna vez, aparentemente, en un hombre. Esto es, en una obra. Pero gloria y popularidad son términos distintos, opuestos, que designan por sí mismos formas distintas, opuestas, de valoración. A tal punto, que la historia está llena de glorias sin popularidad y el presente de cada época lleno, hasta los bordes, de popularidades sin gloria.

Todo depende de cómo se refleje la personalidad o los actos de un hombre, su obra, en el público. La popularidad es un mero reflejo y como tal se halla al alcance de cualquier escándalo—de cualquiera, por consiguiente—. No así la gloria, que es la propia personalidad en absoluto, asentada en sí misma, sin reflejos, pura y sin mancha. La gloria se conquista y la popularidad, en cambio, se recibe, como una dadiwa, del público. O mejor: la gloria se tiene, la llevan unos pocos dentro del cuerpo, escrita.

Me parece oportuno insistir sobre esto, precisamente en un número dedicado a Unamuno. Porque la popularidad de Unamuno, tan justa, de estos días, revela hasta qué punto el público, español, como el público de cualquier parte, todo público estás más dispuesto a conceder popularidad que a reconocer la gloria de un hombre. Ciertamente que Unamuno se hizo incompatible con una dictadura; sufrió destierro inicuo y combatió un régimen durante seis años, como un hombre, desde Fuerteventura, París y Hendaya. Pero con ser estos hechos glorificantes quienes le dan ahora máxima popularidad, no son esos mismos hechos, tan populares, su verdadera gloria.

La gloria de Unamuno descansa, por entero, en su temperamento. O lo que es lo mismo: la gloria de Unamuno es su labor de verso y prosa, su pulso de escritor. Y todo lo demás, tan legítimo, tan respetable y ejemplar a un tiempo, es adjetivo dentro de la personalidad del gran vasco. Aquí es lo triste de este pueblo, su actitud pobre para con sus grandes escritores: un gran escritor necesita de persecución y destierro para que su público le otorgue popularidad en la medida que no reconoce, porque no comprende, su gloria. Un gran escritor se populariza por sus actos políticos, glorificantes, pero no por sus actos literarios, por sus libros, gloriosos. Ahí está la paradoja de nuestro pueblo realizada con el hombre que más veces obtuvo el sambenito, por el mismo pueblo, que no le leyó, de paradójico. Y ahí está ese público, ahora llena la boca con un nombre, Unamuno, pero ciego los ojos al suelo y al subsuelo individual que significa ese nombre, la obra de ese nombre, literaria o no.

Porque lo curioso es que el público lo acepta todo, aun lo más malo, siempre que se cuente con él. Siempre que con él se pacte o se le complique a él de cerca o de lejos en una obra política o no. Lo que no acepta el público, lo que no puede tolerar de ningún modo un público, por inteligente que sea, es la actitud de quien se coloca—porque lo está—señero, individual, distante. Ahí duele. La sensación de individualidad absoluta, de anarquista puro, sincero, proveniente de toda naturaleza superior, rebasa los límites de resistencia de cualquiera colectividad. Por eso, allí donde comienza lo individual y lo verdaderamente original, lo intransferible, de la obra de un hombre, allí acaba la popularidad de la misma obra de ese hombre, pero allí comienza su gloria.

Esto es necesario decirlo en España, precisamente en España, donde se tergiversan todas las cosas, donde la popularidad se confunde con las glorias y las glorias permanecen, por algo lo son, sin popularidad. Da risa pensar lo que sería la actitud de la gente, ahora llena la boca con el nombre de Unamuno, si supiera de qué entrañas, egoístas, absorbentes, bárbaras, se hace la obra de un hombre así. Da risa, y lástima, pensar cómo retrocedería tanto público, ahora arrobado ante Unamuno, cuando viera hasta qué punto una gran naturaleza vive sólo de sí y para sí, para su gloria, pues sólo viviendo de ese modo, para sí y de sí misma, vive, a su vez, para su pueblo.

E. SALAZAR Y CHAPELA

REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA

Director: D. Ramón Menéndez Pidal

SE PUBLICA EN CUADERNOS TRIMESTRALES

España: 20 pesetas año. } Número suelto
Extranjero: 22 " } 5 pesetas.

Centro de Estudios Históricos

Almagre, 26.—MADRID

¿Ríes o lloras? Pasando las cuentas
del eterno rosario me acrecientas
el ansia de soñar que al pecho oprime."

Ve navegar la luna sobre el mar "en lago de nubes", y canta las luces del atardecer y las "horas dormidas de la mar".

Seguramente las hondas sensaciones marinas que se expresan en varias poesías de su admirable *Romancero del destierro*, deben su origen a los días lánguidos y silenciosos del confinamiento. No falta en este libro el re-

cuerdo directo: "Tape su polvo mi abatido pecho—donde tu mar entró, Fuerteventura;—con él de roca sempiterno lecho—mi polvo se haga poso de la hondura." También es una emoción insular y aislada la de su drama *Sombras de sueño*. Con mucha más exactitud que "Quesada" en *La Umbria*, en que la tragedia del aislamiento se tiñó del decadente color fin de siglo de Maeterlinck, en *Sombras de sueño* se teje el drama de la tristeza cotidiana, el ansia de sustituir la vida imposible con las leídas aventuras de la fantasía, y la espera eterna de la joven que siempre cree llegada la hora que traerá a su galán, paladín de quimeras. Ya Viana, en el episodio de la princesa Dácil y el capitán Castillo, se anticipó a esta figura, expectante, de mujer. Y sobre todo "la mar abraza todo el escenario de *Sombras de sueño* para convertirse en el coro de esta tragedia humanísima, escueta y desesperada.

Es posible que la gran atracción que por las Islas Canarias ha manifestado Unamuno se debe, en parte, a su aspecto doble: aridez y mar. Ha podido evocar en ellas la Castilla seca, fuerte, trágica, del hombre del 08, y a la vez el abrazo inmenso de mar, del señorador y poeta de todos los tiempos que vive también en D. Miguel de Unamuno.

ANGEL VALBUENA

Unamuno es poeta, porque Unamuno lo es todo. A un gran temperamento rara vez se le excluyen ciertas fluencias. Precisamente, esta diversidad de cauces vivos, próximos y confluentes, es la que forma el núcleo en tempestad del gran temperamento. Un haz de altas corrientes, irresistibles a toda contención, que logran una atmósfera con densidades de incandescencia.

Debajo de la realidad estructurada, dominada, delimitada, hay en Unamuno una fuerza potencial, una virginidad de naturaleza que por sí sola tiene valor. Cuando todos los hombres buscan un afán de estructura para encerrarse en él, cuando todos viven hogolados en los milímetros de un límite de inteligencia artificiosamente conseguido, qué cosa más extraña, más admirable es la fuerza desmedida de estos hombres, como Unamuno, que se desbordan, que se inundan a sí mismos, que exaltan y confirman valores primigenios, raciales, personales.

Unamuno podría no escribir y ser igualmente un hombre genial, un tipo extraordinario. Después de todo, la literatura es en él una de tantas cualidades, un solo ángulo, una sola vertiente. Detrás de ella o enfrente de ella, otros valores, no por menos clasificados menos valiosos, suman su contribución parcial al bloque ingente de un temperamento hoy único en el mundo.

Para estos hombres, todos los medios de expresión son necesarios. La embocadura del desagüe está en relación con el agua que desaloja el manantial. La diferencia entre una sensibilidad y un gran temperamento está en que aquella aloja, es decir, acoge, cobija, ablanda hechos exteriores y, al contrario, el gran temperamento los desaloja de sí, esto es, los lanza, los crea él mismo.

Qué gran diferencia entre el poeta que se sirve de una pequeña sensibilidad y el hombre de temperamento que se sirve, como medio necesario, de una expresión poética. El primero no tiene dentro de sí un mundo, sino una atmósfera. Le basta con la posesión de un estado especial, de una neblina térmica donde alambica reflejos. Es el hombre que transforma, que modifica. En actitud pasiva, deja pasar bajo la sombra de galerías interiores el viento común del camino, del campo, de la sierra, que luego sale transformado en música, como el aire que el sacristán mete en el órgano.

El hombre de gran temperamento, al contrario, tiene—lleva consigo—su mundo. Un mundo bullente, prieto, activo. Casi siempre contradictorio, personal. Un mundo que en cierto modo le pertenece, es suyo, se le ha creado él. Y para aplicarle, para servirse, para exteriorizar cierta parte, acaso la más débil, el hombre de gran temperamento utiliza la forma poética como un medio de ciertos fines y no como un fin de ciertos medios, que es lo que hace el hombre de sensibilidad.

En resultado, las dos poéticas son distintas. La una es ondulante, lírica, y tiene flexiones de horizontalidad. Se extiende, vuelve a en-ancharse; el viento se convierte de nuevo en viento, después de pasar por la ondulación musical. No persigue dirección. No busca fines de término. Acaba por desvanecerse, por desai-arse, por volver a la nada.

En cambio, la otra poética tiene un trazo

de dirección marcada. Se ve dónde comienza y dónde termina. Tiene destino y verticalidad firme. Persigue la concreción, la determinación.

Unamuno desecha la primera:

"¿Música? ¡No! No así en el mar de bálsamo
me adormezcas el alma;
no, no la quiero;
no cierres mis heridas—mis sentidos—
al infinito abiertas."

Y acepta, naturalmente, la segunda:

"Sujetemos en verdades del espíritu las entrañas de las formas pasajeras, que la idea reina en todo soberana; esculpamos, pues, la niebla."

En la riqueza temperamental de Unamuno la poesía tiene un gran fundamento, una gran necesidad de existir. Ante todo, la poesía, en general, tiene un eje que centra las espirales: el Yo. Y el gran temperamento vive siempre en primera persona, dentro del Yo, grande y agrandado. A diferencia de los demás hombres, que necesitamos el mundo de los otros para vivir, el gran temperamento basta con el suyo, con su propio mundo, lleno de riquezas puestas a dialogar o a monologar. Siempre es Uno, un Yo, sobre todos los demás, o, como en Nietzsche, frente a los demás. Esta hipertensión del Yo no respeta intimidades, pudores, secretos. El hombre de gran temperamento tiene una intimidad notoria. Nunca pretende ocultar, guardar nada, sino al contrario, afluirlo, verterlo fuera, unirlo a la columna central del Yo inquebrantable y dominante.

Los hombres corrientes tenemos infinidad de hechos minúsculos, de peripecias, de azares de cosas, que dejamos truncados, olvidados oscuros, sin darlos importancia, sin descubrirlos. Pero el hombre de gran temperamento no tiene nada inútil en su vida, y aun a las pequeñas cosas las da valor, publicidad, las aprovecha, las crea de nuevo. Lo que para nosotros es vida—y simple vida vulgar y común—para él, como todo, es forma externa y pública de arte.

El gran temperamento vive todos los latidos de su ser. Todos, incluso los más secundarios. Tiene, en torno, una red de energía común que transmite potencia a los hechos más livianos. Esta energía está allí, en el centro de un sistema espiritual, misteriosamente, por azares y confluencias felices de la naturaleza.

Pero naturaleza no quiere decir espontaneidad, sino proceso y causas y, al fin, ciertos o algo ciertos—esquemas de leyes. ¿Habrá entonces cualidades favorables para la formación de grandes temperamentos? Tal vez. Desde luego, España ha creado muchos, y el catolicismo los ha formado. (El protestantismo los disuelve antes de formarse. No admite la individualidad, sino el coro. Y no hay ni un solo temperamento que no sea coralista.)

El romanticismo—ayer—también creó grandes temperamentos. Era, a su modo, una religión individualista que proclamaba fervorosa la voluntad y ensalzaba las fuerzas anárquicas. Todo romántico era un carácter en potencia. Y al final del romanticismo aparece el temperamento más grande del siglo: Nietzsche. El fué un conjunto exaltado y agudizado de todas las potencias temperamentales de la época. Un enfermo, se dirá. Pero un enfermo romántico que tenía locura de nervios: los temores del siglo.

Y Unamuno—nuestro gran temperamento— tiene mucho de español, pero mucho, a la vez de romántico. Es una mezcla de iberismo y de romanticismo, de racialidad y de universalidad, de dogma católico y de sentimentalidad cristiana. Sus poesías tienen algo de todo esto: tal vez en su libro *Teresa* algo más: un poco de blandura amoratoria, de filiación hebraica.

Unamuno es, como todo romántico, un hombre de porosidades abiertas. Siente, percibe por ellas—por todas ellas—el entorno atractivo de las cosas. Unamuno es el hombre que anda, que busca el paisaje, que vive un rincón de luna en una ciudad vieja. Unamuno es aún el hombre que sale a buscar estas emociones románticas a un camino, a un cementerio y recita versos de sus poetas favoritos, Marañal, Leopardi, Carducci.

Pero el romanticismo universal, el romanticismo de su momento, que hay en Unamuno, está superado por los valores ibéricos, propios, que hay en él. La fuerza romántica y mescheana está en parte diluida, embellecida por un sentimiento místico, renunciado cristiano.

Por eso juzga a Nietzsche desde un punto
amilde y humano, como juzgaría a un gi-
ante fuerte el hombre pequeño y frágil:

"Luchaste con el hado en turbulento
querer durar para morir al cabo."

Naturalmente, Unamuno es más cristiano que místico. Esto es también una ley del gran temperamento. Y como cristiano ha producido uno de los poemas más bellos que se han escrito en castellano: *El Cristo de Velázquez*. Romanticismo, cristianismo, iberismo: He aquí los ángulos, las fuentes, los esquemas vitales del gran temperamento de Unamuno.

CÉSAR M. ARCONADA

Seguramente las islas Canarias—"las siete hermanas que con blanco velo están del mar en torno coronadas", que dijo Cairasco de Figueroa, pensando sin duda en las muchachas con mantilla típica, de Las Palmas—no han tenido un definidor tan ilustre como don Miguel de Unamuno. Y de hijo también que no es menor la deuda espiritual de Unamuno con ellas. "Es en Fuerteventura—nos dice el maestro—donde he llegado a conocer a la mar, donde he llegado a una comunión mística con ella, donde he sorbido su alma y su doctrina." El gran escritor castellano—vasco, que halla su centro en Salamanca—, el adorador del Dios que tiene su trono en Gredos, el Kempis español del Cristo de Velázquez, ha sentido en el paisaje isleño la fuerza terrible del "a-islamamiento", y se ha conmovido ante la monocorde canción de cuna de las olas del mar. Lo que llevaba en su alma de llanura de Castilla, de firme y adusta muralla románica, se rehumaniza en la lección del mar (o, como diría Unamuno, de "la mar"), orando fervorosamente: "Oh, mar desnuda, corazón del mundo".

Dos veces, que sepamos, ha estado Unamuno en las islas Canarias; en 1909, en que fué llamado a Las Palmas de mantenedor de unos juegos florales, y en 1924, con motivo de su destierro en Fuerteventura. De manera que podemos distinguir dos épocas en la relación de Unamuno con Canarias.

En el primer viaje, creemos que predominó su impresión de las tierras aisladas sobre el elemento marino. Sus comentarios, en el prólogo al libro de "Alonso Quesada" *El lino de los sueños*, y en dos capítulos de *Por tierras de Portugal y de España*, son, ante todo, interpretación de las tierras aisladas. Hay sí, al principio de *La Laguna de Tenerife*, una lírica y honda evocación de mar, pero es el vaivén de olas que acompaña la travesía de Gran Canaria a la tierra del Teide, no el marco estrechador de la isla. El genio de Unamuno le lleva, en una visita rápida, a las más hondas visiones de los problemas y del paisaje canarios. No se ha meditado suficientemente sobre la profundidad de observaciones como éstas: "El aplanamiento, la soñarrea se curaría merced a comunicaciones más rápidas, más frecuentes y más intensas, sobre todo más intensas, con España y con el resto de Europa y con América"; "les hace falta... interesarse más por los grandes problemas nacionales, europeos, mundiales, lo cual les desinteresaría de sus pequeños problemas insulares, de sus rivalidades de isla a isla."

En una jeta y poética visión del paisaje canario se destaca la emoción del "aislamiento". En nuestro discurso inaugural de 1926, en la Universidad de La Laguna, señalábamos como las cuatro notas características de la poesía canaria: el aislamiento, el cosmopolitismo, la intimidad y el sentimiento del mar. La primera nos llevó inevitablemente a hablar de Unamuno. No se debe al azar que figure el nombre del autor de *Niebla* al frente del libro del más isleño, del más aislado de los poetas modernos de Canarias. Rafael Romero—o sea "Alonso Quesada"—tenía, necesariamente, que ser prologado por Unamuno. "Quesada", cantor de las tierras costadas de sol, del mar que se ha muerto hacen cien años, de la abulia de una especie de "noventayochismo" insular, se vió comprendido y exactamente juzgado por el que un día cantó—casi diría escupió—un poema negro y tetroso ("feroz", según el mismo Unamuno) al Cristo también terroso y negro de las Clarías de Palencia. Unamuno llama a los poetas de "Quesada" "áridos, sí, como las cumbres de Gran Canaria, como aquellas tierras calcinadas. ¡Tierras de fuego!". Pero no sólo por la parte seca y quemante. Fondea en la intimidad del libro al hablarnos de "un mar de corazón", de la "bendita pobreza de su casa, de comida humilde, de bajo la sonrisa triste de la madre", en donde adivinamos, además de muchos poemas de Romero, la esencia de otro típico poeta isleño, Fernando González. No deja de señalar lo que entra en mi denominación de cosmopolitismo: "Y yo no sé por qué misteriosa magia esos poemas de *Los ingleses de la colonia* tienen algo de ingleses también, a la manera de la sutil y casi palpable poesía inglesa". Y desde luego, el sentimiento del mar: "Estos cantos han sido hechos por el océano y te traen el eco de sus olas rompiendo en los pedregales de la orilla." Nótese cómo todavía se alude al mar en función de los pedregales.

Además, como las novelas o dramas de Unamuno, una evocación humana convierte una visión o una idea en personaje de carne y hueso. En este prólogo hace revivir Unamuno, para immortalizarle en el arte, un tipo extraño y curioso, de la isla de la Gomera, que había acompañado con el mayor entusiasmo al maestro, "el pobre Manolo Macías Casanova". Le bastan unas tres páginas, a Unamuno, para diseñar una fisonomía inolvidable. El muchacho pensativo, callado, que bebía las palabras por los oídos y por los ojos, que seguía al maestro a todas partes,

que prometió ir a estudiar a Salamanca, que escribía después cartas "llenas de fuego escondido", "de locas ansias de libertad", murió trágica, absurdamente. "Tenía por costumbre—nos dice Unamuno—ir tocando a las cosas, dando golpecitos con la mano a los árboles, a los muros, como quien, aislado entre los hombres, buscaba el contacto de las cosas... Al tocar a un poste sustentador de alambres eléctricos, la corriente le envolvió: abrazóse al poste, y allí murió sin poder decir nada... él, el silencioso." Este personaje es todo un símbolo de la tragedia del aislamiento, de la separación de las múltiples posibilidades de la vida moderna, en espíritus no resignados, pero tampoco capaces de romper el destierro eterno, de salir de la soledad
■brumadora.

En *Por tierras de Portugal y de España*, Unamuno se interesa por lo pintoresco e impresionante de Gran Canaria. Desdénia la parte comercial y cosmopolita del puerto, de la capital, y se interna hacia las cuevas de Artenara, o la visión dantesca, terrible, del valle de Tejeda. O al mundo de lo verde y de lo muelle, de los Tilos; el otro mundo de las islas Canarias, que son síntesis y esquema de los paisajes más distintos y antitéticos, y de formas antitéticas de arte. Frente a la sierra de Anaga (Tenerife), Viana, Iriarte y Quesada; el mundo de la Orotava, de la tierna y fina academia del escultor Luján Pérez, de la exuberancia rubensiana de Néstor y de algún aspecto formal de la lírica de Tomás Morales. Unamuno comprende, también, perfectamente, el ambiente eclesiástico, señorial, y apagado de La Laguna, en la que percibe un "aire de rigodón monástico", y que siente en sus finos matices de tristeza, silencio y soledad, adelantándose al poeta que mejor ha sentido "la ciudad de los Adelantados", Francisco Izquierdo.

La fecha de 1924 nos lleva al destierro de Unamuno en Fuerteventura. Una inmejorable relación de recuerdos se halla en la colección, comentada, de sonetos *De Fuerteventura a París*, libro mezcla de política y lírica, de sátiras vibrantes—sangrientas—dignas de Quevedo, y expresión de las más puras emociones de paisaje, misticismo y comunión con la mar. Ha comprendido Unamuno la destacada personalidad de esa isla, olvidada de todos, muy pobre, pero "riquísima en la nobleza de sus habitantes... y en la maravilla de su clima". Las dos islas más importantes suelen llevarse la atención de los que se ocupan de Canarias, quedando olvidados otros trozos de tierras y peñascos, tan interesantes, tan únicos. Hasta hoy no había entrado en el verdadero dominio literario otra isla, Lanzarote, sobre la que Agustín Espinosa—inteligente, poeta, malabarista—ha clavado los banderines de colores de la prosa culta de su *Lancelot*, 187. Fuerteventura ha sido descubierta por Unamuno. La impresión del trozo de desierto, sin agua, cristaliza en expresiones de las más felices de la poesía de Don Miguel. No hay en toda la lírica canaria poema que exprese mejor el paisaje y el ambiente de la tierra que el soneto XVI—que leímos en nuestro citado discurso—, y que comienza:

"Ruina de volcán esta montaña",
 en torno al cual se comenta: "La aula es
 un esqueleto de planta; la camella es casi es-
 queletica, y Fuerteventura es casi un esquele-
 to de isla." La visita a Betacuria le lleva
 igualmente a otro acierto, en concisión y exac-
 tud—el soneto XLIV—, en uno de cuyos
 tercetos se dibuja:

"Desnuda la montaña, en que el camello
buscando entre las piedras flor de aulaga
marca en el cielo su abatido cuello."

Igualmente, está la sensación de la dejadez brumadora, del estado de abulia y somnolencia, que Viana—al fin del XVI—llamaba "morra": "Horas de alojamiento en que el acio me hincha la mente, presa de galana."

Pero, como indicábamos antes, el tiempo del destierro ha guiado a Unamuno a la visión de las islas, en función de la mar. En el reloj a su buen compañero de Puerto Labras, don Ramón Castañeira, nos dice: "En Fuerteventura descubrí la mar. Y eso me nació y me crió muy, cerca de ella". Así puede cantar: "Te has hecho ya, querida mar, costumbre—para mis ojos, pies, pechos y brazos—cansados de esperar..." Allí, ante la mar, evoca su hogar y sus más remotos recuerdos, se complace en el pensamiento de que las olas que mueren a sus pies vienen "del otro golfo de Vizcaya", y consuela sus luchas de alma en el silencioso mar: "Duermes mar y calla, duerme el viento". Sabe poder en el mundo de las aguas una infinita emoción humana:

"Toda eres sangre, mar, sangre sonora."

Con la mar llega a cima de bellezas y emociones!

"¿Qué dices, mar, con tu susurro? ¡Dime!

Ayuntamiento de Madrid

Cataluña y Portugal: Unamuno

Kierkegaard i Unamuno

Fa prop de tres anys i mig (1), a Mallorca, Miguel d'Unamuno conversava, millor dit, monologava davant altres i deia:

—La darrera vegada que vaig morir fou l'any 1855, a Copenhague; nomia Søren Kierkegaard.

—I abans?—algú dels presents li demanava.

—Pascal.

—I abans encara?

—Abans m'havia dit Inigo de Loyola.

—I abans?—insistírem.

—Abans—saltà un altre—, abans Pau de Tarsos.

—No; això ja fóra massa—advertí—, si no ha recordem malament, Miguel d'Unamuno (2).

Posteriorment, havem pogut comprovar l'exactitud—simbòlica és clar—d'aquesta encarnació successiva d'un mateix en les personalitats d'Inigo de Loyola, Pascal, Søren Kierkegaard i Miguel d'Unamuno. Però aquestes són només quatre anelles, no direm ja d'una cadena, sinó més aviat d'una xarxa molt ampla i molt llarga. I, àdhuc considerant només una sèrie vertical d'anells d'aquesta xarxa—la sèrie on trobem les de Loyola, Pascal, Kierkegaard i Unamuno—, podríem remarcar altres anelles importantíssimes, com Jacobi i, més ençà, com Dostoievski. El conjunt seria ben significatiu: Els enemics de la Raó.

Inigo López de Recalde, exaltat i fantàstic, en el seu enèrgic i malaltís ensomni, basteix sobre el sòcol d'una voluntat granítica el temple de la indomable perseverància en la dolor i l'acció. Té una imaginació candent i una intel·ligència penetrant, enterbòlides per la simulació i el fanatisme. L'obediència és l'arma amb la qual assassina la Raó.

Inigo López és basc, i també ho és l'abat de Saint-Cyran, qui portava a Port-Royal, en el primer terç del sisècents, aquell sentit, aspre i exigent del cristianisme, anunciador de Pascal (1). La desesperança religiosa clamarà "il faut s'abêtir", per a escapar del "gouffre" terrible, de l'abis intel·lectual; per a assassinar la Raó.

I ve Kierkegaard, amb la verge potència del seu neguit septentrional, exigint a tothom el sacrifici màxim, igualant com Loyola el deure amb l'ascetisme; com Loyola ardent, penetrant, i fantàstic; apòlogista de l'ascetisme monacal catòlic, oposat a la teoria luterana; com l'abat de Saint-Cyran, ferreny i dur; com Pascal, predicant un cristianisme ideal, enemic del racionisme.

I veim, ara, Miguel d'Unamuno, que recull l'herència ètnica d'Inigo de Loyola i l'abat de Saint-Cyran, i va a nodrir-se en l'obra obscura de Kierkegaard (1), cercant-hi arguments i inspiracions, assimilant-se'n l'esperit paradoxal, penetrant en "l'eixida desesperada" de la religió, així com l'entenia aquell home, "—i tan home—", aquell "germà", aquell esperit "més carregat de saviesa que de ciència", que és, segons Unamuno, el pensador danès, classificat, per ell, entre els pocs éssers de carn i os que tingueren el sentiment tràgic de la vida.

"Ésser idèntic al pensar no és ésser home" havia dit Kierkegaard; i Unamuno fonamenta la seva inquietud incertitud, la seva inseguretat sistemàtica i profunda, en aquesta oposició entre l'"ésser" i el "pensar", entre el vitalisme i el racionalisme. La fam d'immortalitat i l'afirmació d'humanitat són les essencials intimes de tots els llibres publicats en llengua castellana de l'obra turbulenta i desigual que és "El sentimiento trágico de la vida", el més intens potser de tots els llibres publicats en llengua castellana, de molt temps ençà. La fam d'immortalitat—que és, en Kierkegaard, camí de Déu o font de religió—l'inspira, i en Kierkegaard truba abundoses justificacions del caràcter tràgic que dóna al problema, i arguments inombrosos, ofensius i defensius, per a la seva ànima, turmentada i vigorosa, cercadora de "la pau en

la guerra". Com aquell "germà seu" de Dina-marca, és un cristià desesperat, un cristià agònic, que veu en el cristianisme l'individualisme radical, es queixa de "l'odiu anti-teològic" del catedraticisme i és manifesta contra els professors del pensament abstracte que corren el perill "d'esdevenir còmics, de desèixir-se de llur humanitat". Com aquell, creu que "la fe, en la seva essència, no és sinó cosa de voluntat", és a dir, que la fe crea el seu objecte; que creure en Déu és voler que n'hi hagi, cobjar-ne l'existència; que Déu és en cadascú segons cadascú el senti i l'ama; que només és ver Déu aquell al qual, un home, resa, de veritat. Fins arriba a adoptar el vocabulari de la teoria del "salt" que, segons esbrinàrem, havia Jacobi desenrotllada abans. I, posant-se a considerar el que podria ésser la vida de l'ànima després de la mort, "se llega acaso, a la conclusión de Kierkegaard, y es que si es terrible la mortalidad del alma, no menos terrible es su inmortalidad". Per això Unamuno li és tan devot, i per això eixampla la seva devoció fins a Brand, prenent, per lema d'un dels seus assaigs, les paraules profètiques de l'heroi d'Isen: "Liv og tro skal smelte sammen"; per això havia après l'idima danès, segons contava als periodistes. I tan endins fermenta la seva devoció fraternal que es queixa si algú oblida "el seu germà", com l'oblida Benedetto Croce—injustament, és cert—en la part històrica de l'"Estètica".

Unamuno, uerò, no és un imitador; sinó que pren impuls del punt on deixà Kierkegaard el problema—per a llançar-se més enllà... o potser més ençà. Religiosament, no és tan individualista; no vol la confusió, però si la unió de totes les consciències en la Suprema Consciència, en Déu. Contra el concepte de "l'únic" i amb preferència a la salvació de l'únic, Unamuno afirma que no pot un hom isolat-se amb Déu per a redimir-se, sinó que la redempció ha d'ésser col·lectiva, perquè també ho és la culpa. Troba que, si la solució catòlica al problema de la immortalitat i salvació eterna no plau a la raó, satisfà, però, les exigències de la voluntat i la vida. I com sigui que s'hi aplega el fet de cercar el catolicisme la redempció col·lectiva, Unamuno acaba declarant-se gairebé catòlic i afirmant que els espanyols són catòlics, tant si ho saben com si no ho saben, i que això que ell anomena sentiment tràgic és dels espanyols, del poble espanyol (1).

La influència de Kierkegaard sobre Unamuno és encara més en l'actitud que en les idees. "José el centre del meu univers" diu l'ex-rector de Salamanca, parlant sempre d'ell mateix, solament d'ell mateix, fins a aunguir al seu gran amic, el nostre Maragall. Combatent contra ell mateix i rebuscant les clariècies de l'igma de la vida, s'originà en l'esperit de Kierkegaard la seva facúndia literària; fou un lluitador, un home, segons la definició de Goethe; un creador de dificultats. Aquesta mateixa missió s'és imposada Miguel de Unamuno. Ell no vol imaginar-se una veritat que serveixi a tothom; aspira només a ésser un desvetllador, com Kierkegaard, el qual, al seu torn, només aspirava a llevar les ànimes com Sòcrates... Que cadascú senti la necessitat de cercar la veritat en si mateix: què cosa sigui, no importa. Primer és el camí de la veritat, que la veritat. Segons Unamuno, en el pròleg dels seus "Ensayos", la veritat està en el moment subjectiu i, per tal, ell pot firmar una cosa, escrita temps enrera, amb la qual avui ja no estigui conforme.

Imitació? No cal dir tant. Unamuno, com tots els bascos essencials, està molt lluny, tal volta en el pol contrari, de la llatinitat. És, en aquest sentit, una consciència nòrdica, un esperit feixuc, una intel·ligència reconcentrada. Recerca també problemes com a delectacions sàdiques, com si l'important fos trobar-los, no resoldre els que, sens cercar-los, se'ns imposen. A la blanca escuma de la mar nostra, d'on brolla Afrodita, oposa l'ennegrida terra dels seus Cris-

tos torturats. Abusa de l'esperit, d'això que en diu fons, per no trobar plaer en la forma àgil. Dins el catolicisme, és un heretge; dins el protestantisme, fóra un singular. En resum: un teòleg laic més pesat que l'plec de tots els teòlegs clericals, amb una sinceritat agressiva i un delit d'originalitat personal, terriblement assolida a cops de paradoxa i d'incongruència.

Quina fortuna pot obtenir una predicació com la de l'Unamuno? Naturalment, tot aquell que senti limitada la raó pràctica, haurà de cercar en el sentiment una compensació, una deu de conviccions, que li faci passadora la tragèdia del viure. Però no hi ha possibilitat de desenrotllar aquestes doctrines, ni sols de fer-les convincents. O les sentim, o no les sentim. Els qui les senten es troben en la impossibilitat d'abandonar-les, per què la raó no els podria satis-

fer; i els qui no les senten, debades seran instigats ni punyits, perquè la raó els cridarà a l'ordre. Aquell sentiment només toca les ànimes que hi estan predisposades. I, per això segurament, Kierkegaard és tan ignorat en els països meridionals, refractaris a la boira. D'altra banda, les doctrines d'aquesta mena necessiten, per a viure, els atacs dels adversaris. Kierkegaard, sense lluita, no hauria estat tan fecund. L'Unamuno es consumirà tot sol, sense continuadors, en la pètria solitud que el volta. Alguns l'aplaudeixen i molts el condenen; però a ningú malgrat que, segons ell, el seu sentiment tràgic de la vida, és el sentiment tràgic dels espanyols—no han interessat profundament les seves idees religioses.

JOAN ESTELRICH

Unamuno e Portugal

Todos os valores ibéricos irrompem em cachão da obra de Unamuno com uma nova tonalidade os tons apaixonados, violentos ou ternos, da sua inquietude. As camadas psíquicas das nossas terras de lavrança e de mar são penetradas por ele com dolorosas ansias. E detem-se de variante em variante, surpreendendo facetas jamais encontradas, captando as pulsações mais subitís. A interpretação vem depois; quando toca o fundo. Isto é, quando compreende; quer dizer, quando ama. Porque compreender é amar, para este ibero de puríssima cepa, que percorre as veredas sem fim das suas longadas fecundas como os antigos peregrinos iberos. Até chegar ao ermo do Santo, quanta amargura! Quanto desespero! Quanto sangrar!

D'ahi, as interrogações delirantes, os acentos patéticos, as expressões de ternura, toda a gama vibrante dessa sagrada aspiração—*a de chegar ao ermo do Santo*—a que o desespero e a incompreensão indígenas, os nossos como os vossos, deram em chamar os paradoxos e as contradições de Unamuno.

Unamuno não afirma nem define nunca. Crê, apenas. D'ahi, a desorientação do incredulo. Ha nas coisas do mundo, envolvendo-as em halos de misterio, estranhas revelações do Céu. E chegar ao Céu é encontrar a Deus, fundir a immortalidade do homem—infinita ansia unamunesca—na immortalidade de Deus, perder o sentimento trágico da vida. Não! Unamuno, o homem Unamuno, não afirma nem define nunca. Leal comosco e consigo mesmo, prefere levarnos através dos caminhos leais do seu processo persecutor, os olhos abertos ao sol, se ha sol, o peito erguido á borrasca, se ha, no horizonte, ameaças de tormenta. Sem esquivar as fulgurações da luz, nem recuar ante o perigo das sombras. E' fatigante o deambular, e tortuoso a caminho? Que importa! Não incorre na farda de nos definir as coisas do mundo. Quando muito, define-se a si mesmo. E é assim que a sua interpretação da vida é, antes de mais nada, uma interpretação de si mesmo.

Eis porque os valores ibéricos convergindo num só ponto, a sua alma—*a alma* mais completa e exclusivamente ibérica que até hoje mundos conheceram—ganham, com a sua obra, uma nova tonalidade. Dá-lhes uma gradação harmónica, que é a sua. Relaciona-os entre si. Quando diz, por exemplo: "*Que tendrá este Portugal para así atraerme? Que tendrá esta tierra, por de fuera riante y blanda, por dentro atormentada y trágica*", vai lobrigar sob a elegia portuguesa (Oliveira Martins) a tragedia castelhana. Conjuga dois valores ibéricos, com facetas peculiares cada um deles, numa característica comum. Fâ-los comunicar entre si. Porque eu, muitas vezes, tambem vou surpreender a psiquis castelhana um tanto lufificada; sob a sua forma atormentada e trágica, um certo culto á dor, amores tristes e grandes naufragios, tatuagens de profunda elegia. Santa Teresa de Jesus, se fosse portuguesa e orasse em português—as duas linguas peninsulares, pelas suas virtudes intimas, não são apenas instrumentos de difusão—talvez a sua tragedia fosse mais oculta, menos espectacular, e tivesse um *tono de resignación desesperada ó de desesperada resignación*, mas não seria menor; ou melhor, não seria outra Mariana Alcoforado, a freira de Beja, a branca amorosa dos amores terrenos, por vezes assoma á tragedia com extases místicos de ofite acento castelhano.

Comparar a sensibilidade dos povos, não é falsear a sua Historia nem desvirtuar o seu sentido politico. Convem aqui este parentesis,

por causa daquilo a que Unamuno chama, com exacta verdade, *a petulante soberbia española, de una parte, y la quisquillosa suspicacia portuguesa, de la otra*. Não ha motivo, portanto, para himnos de triunfo, nem, ainda menos, para carregar espingardas. Isto pertence a outra jurisdição.

Nas suas andanças através de Portugal, das suas letras e da sua sensibilidade, Unamuno nem uma só vez solta aquele grito de desespero—*a alma aberta á interpretação do mundo*—que é tão frequente ouvir-se ao longo da sua obra. Tudo é simpatia, ternura, claridade. Quando muito, se o panorama toma as cores sombrias do desalento, uma exclamação profundamente enternecida: —*Pobre Portugal!*

"*Por tierras de Portugal y España*" é o melhor livro que ainda se escreveu sobre Portugal. Incluindo mesmo os portugueses, ainda não houve quem como Unamuno penetrasse mais fundo na nossa difícil compleição. Nem com maior fidelidade, nem com mais exaltado carinho. Escalpeliza emotivamente todos los compñentes, os mais varios e os mais subitís, da nossa personalidade. Conhece-nos profundamente, e eu, portuguez, aprendi na obra de Unamuno a conhecer uma grande parte de mim mesmo. Quando encontra defeitos, não condena; aconselha. E muitas vezes procura justifica-los com os defeitos alheios. As virtudes, quando as encontra, e encontra-as muito mais do que os defeitos, ergue-as, num delírio de entusiasmo, chamando para nós o respeito e a admiração dos outros. Por mim e por todos nós, pela parte sã, compreensiva e portuguesa de Portugal, obrigado, D. Miguel! E', por enquanto, a unica homenagem que nos é dado prestar-lhe.

Se Unamuno, quando interpreta as coisas do mundo e as coisas da vida, interpreta-se a si mesmo, na sua magnifica interpretação das nossas coisas lusitanas não podem deixar de concorrer acentuadas razões de afinidade temperamental. *A castela portuguesa vê-se, a cada passo, através de sua sensibilidade. Não é Unamuno, como Portugal, um lirico? Não quiz Unamuno, como Portugal, ser épico e politico? Romantico como romantico é o espirito português, não houvesse na sua alma fundas raizes castelhanas a temperar a exaltação da sua ansiedades infinita, dessa illimitada sede de infinito, e veriamos qual seria então o seu processo artistico. E lembro-me agora dum trágico poeta português: Antero de Quental. A mesma ansia de immortalidade! A mesma busca de Deus dilacerante e sublime!*

Que hondura de desesperación! Que intensidad de congoja religiosa! Quental ha sido de las almas más atormentadas por la sed del infinito, por el hambre de eternidad!

Referindo-se assim Unamuno ao grande Antero de Quental não nos fará uma confissão de si mesmo?

Bem me dizia Eugenio Montes aqui ha tempos, que Unamuno era hoje o maior escritor que Portugal tinha... Agora compreendo porque.

NOVAIS TEIXEIRA

Madrid, março 1930.

LA LIBRERIA BELTRAN

PRINCIPE, 16.—MADRID

envía a reembolso todos los libros

Unamuno y el arte

Unamuno, escultor EL ARTE DE GAUDI Y UNAMUNO

Por EDDA REINHARDT

Por RAFAEL MARQUINA

Al final del volumen "Amor y Pedagogía", de Unamuno, inserta su autor unos apuntes para un tratado de Cocolotología o Tratado de las Pajaritas de papel. Ignoro si la autora del artículo que encontré publicado en una revista de Berlín, en octubre de 1928, lo conocía. Por lo menos a él no hace referencia alguna.

Y es lástima; porque es una de las páginas más originales e interesantes de la personalidad literaria de don Miguel. En él nos dice que "el divino arquetipo de la pajarita es una especie geométrica que yace desde la eternidad en el seno de la Geometría". Además la misión —una de ellas— de estas deliciosas "cocottes" de papel, es el inquietar la psique en germen de la niñez. Y esto ya es algo para quien se preocupe de los primeros pasos de la humanidad.

Pero remitiendo a la autora del artículo a este original tratado de la pajarita de nuestro Unamuno, resumido con caracteres de ciencia en el volumen aludido, he aquí lo que ella nos dice de esta habilidad escultórica de aquél.

M. G. B.

"Miguel de Unamuno, campeón de la libertad—filósofo—, poeta: sus obras, ardientes, de impulso apasionado, son conocidas en Alemania. Pero sólo son pocos los que saben que este espíritu fuerte y creador, en sus horas de asueto, da forma, con sus manos delicadas, expresivas y nerviosas, a pequeñas obras maestras del arte escultórico. Obras, no sólo del espíritu artístico creador, sino también del matemático e inductivo: formas de tres dimensiones, creadas de la severa superficie—de una hoja de papel!"

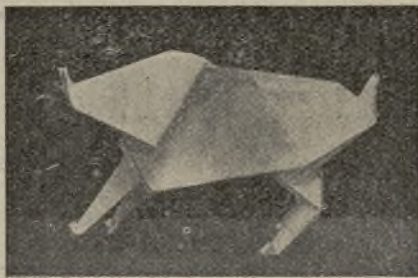
En el pequeño alojamiento vasco, en el que vive el más grande de los vascos vivientes, nos sentamos para el desayuno. En abigarrado torbellino, saltaba la conversación, de las anécdotas sobre



mendigos españoles, a la formación de palabras, primitiva y por ello complicada, de la lengua vasca; de agudas y precisas observaciones sobre filósofos y poetas vivos y muertos, a consejos objetivos para mi visita a su querida patria. Con el café nos leyó una página de la traducción alemana de su última obra, "La agonía del Cristianismo", con una voz que en nada cedía a la pasión del contenido, a pesar del tono amortiguado, y después sacó una hoja de papel—una simple hoja de papel de cartas—y preguntó sonriendo: "¿Sabe usted que de esto se pueden hacer esculturas?"

Rápida y seguramente trabajaban sus manos, plegaban, doblaban y alisaban de nuevo. "En realidad, mi amigo Bourdelle, me ha incitado a hacer pequeñas

esculturas auténticas; muchas horas he de permanecer en el "Jardín des Plantes" observando a los animales—un par de líneas—así; (y de una hoja de un "block" surgió con rápido y preciso perfil el dibujo de un azor) "y entonces pensé si también la forma podría salir de la superficie. Después comencé a



hacer dobleces, así, y apareció el animal. ¡Como usted ve, severamente cubista! Entre la taza de café y un ramillete de tempranas rosas estaba el azor, fijo sobre sus patitas de papel.

"Pero el cerdo es difícil—muy difícil—. He tardado mucho tiempo, hasta descubrir cómo se puede hacer un cuadrúpedo de una superficie. Bourdelle había dicho que era imposible, pero ya sale", y pidió otra hoja de papel a la camarera.

"Un escarabajo es, naturalmente, muy sencillo, vea usted." Y mientras fueron a buscar otra hoja de papel, surgió de una hojita un escarabajo y lo colocó oblicuamente sobre una rosa.

"Es preciso fijarse mucho, pues, naturalmente, no deben utilizarse ni tijeras ni goma. En París había un japonés que hacía cosas muy lindas—pero cortando y pegando—; eso no tiene arte, pues la forma no procede ya de la superficie. No, no; sólo doblar, y antes de eso, aquí, en la cabeza, descomponer la forma. Cada miembro, cabeza, estómago, espaldas, proyectándolo sobre la superficie, y después de repensar de nuevo, con el fin de que la superficie no sea interrumpida. Y todo lo redondo, traducirlo a lo recto: por eso es tan difícil el cerdo."

Poco a poco se fué formando: un triángulo sucedía a otro, fué doblado a derecha e izquierda; doblar otra vez esquinas, el todo desdoblarlo, y volver a doblarlos: y el cerdo fué reconocible. Después, un par de pliegues aún, en la cabeza, en las patas, ya están las patas: el cerdo apareció y se irguió.

La hora de charla con el café había pasado: sabíamos que un paseo regular de sobremesa era una de las costumbres del fuerte vasco, que se vanagloria de no haber estado enfermo un solo día de su vida. Nos marchamos; las rosas y los pliegues artísticamente plegados vinieron con nosotros.

EL MEJOR LIBRO DEL MES
"Cuando ya esté tranquilo"

DE
EUGENIO D'ORS
5 PESETAS. ENCUADERNADO, 6
RENACIMIENTO
Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)
Príncipe de Vergara, 42 y 44
MADRID

Arrabal barcelonés. La ciudad ha salido, de merienda, al campo. Alta, estrecha y sola, una casa de vecindad se yergue en un descampado; principio de autoridad, último vestigio de justicia, adobado testimonio civil. Frente, quimérico e idealista, el prodigio inacabado de la Sagrada Familia, que apenas es una cripta y ya es más que una catedral.

"No tiene techado todavía, y ya tiene portal. No puede cobijar aún, pero hace ya acción de cobijar. No es aún recinto cerrado, y, sin embargo, se entra ya en él. Apenas nace, y ya invita" ha escrito Margall.

En la tarde, pálida y triste, D. Miguel de Unamuno se ha acercado al prodigio. Ya, desde lejos, recortadas sobre el fondo violeta del cielo, las agujas lanzadas en proyección altísima sobre la masa caótica y en germen, le han impresionado más por su apariencia de ruina que por su idealista afirmación de fe. Acaso podría escribir: "Apenas nace y ya declina."

Don Miguel penetra en el recinto y lleva a él toda la sequedad, sobria y ascética, de su Salamanca. Frente al portal, ya terminado, de la Navidad, con sus pétreas audacias floridas, y la encajería poliforme de la piedra, le parece que si todo, desde las tortugas arrastradas hasta el triunfal abanico de las palmeras tiene un sentido de adoración, carece de un apresamiento concreto de eternidad.

La obra, que escapa todavía a un contorno, que no se moldea en disciplina ni en ley, que es aún más voz que verbo, no acaba de emparejar con su concepto de lo eterno, con su rotunda avidez aprehensora de lo inmortal. Para su alma que acaba de empaparse líricamente en la modulación de los Salmos, que podría llamar del Espíritu Santo ("Mira Señor, que va a rayar el alba—y estoy cansado de luchar contigo"), aquel alba de piedra mística y adoratriz no es reposo ni comprensión perfecta; es todavía balbuceo y confusión; acaso un Salmo atormentado, cuajado—fortuita queja dolorida—en la perennidad de la materia milenaria. Tampoco allí encuentra a su Dios, que va buscando. También allí le atormenta, frente a aquella sere-

nidad de la piedra cuya forma ha nacido eterna, la acuciosa inquietud ("Ya de tanto buscarte—perdimos el camino de la vida,—el que a ti lleva—si es, oh mi Dios, que vives"). Y habla D. Miguel y toda la íntima fe atormentada de sus Salmos pone ante el prodigio del gran arquitecto su terrible angustia.

Y he aquí que, en aquel instante, frente al gran D. Miguel, pasa el gran don Antón, el genial arquitecto, menudo, tardado, silencioso, como sumido en el fuego de una fe. Alguien encara las dos altas figuras representativas.

El choque es una de las cosas más bellas, más emocionantes que ha producido la inteligencia humana. Unamuno y Gaudí, frente a frente, junto al enigma tenebroso de la Eternidad que exploran con dos criterios distintos, con dos concepciones antitéticas son, en aquel instante único, una épica pugna de la historia de España. En su diálogo contrastan y luchan dos concepciones contrarias, dos fuerzas opuestas que pueden resumirse en dos palabras representativas: Salamanca y el Mediterráneo. En el contraste violento se diría que la Eternidad se cuaja de nuevo y recién nacida es ya omnipotente. Para Gaudí, el concepto estético en Salamanca no puede redimirse de una terrible gravitación de aridez y sequedad; para Unamuno sólo lejos de la estética levantina puede hallarse el camino que conduce al hondo prodigio de lo eterno.

Súbitamente, una campanita oculta y estremecida suena el Angelus, dando así un sentido a las nubes naranja del crepúsculo. Don Antón se descubre, e interrumpiendo la réplica, reza, recogido y devoto. Don Miguel, de pie a su lado, le contempla mudo y grave. Termina Don Antón sus oraciones y exclama, cubriéndose de nuevo: *Laus Deo. Bonas tardes tinguin.*

He aquí que el diálogo ha muerto. Un aire misterioso, que viene de las entrañas mismas del mundo, parece agitar las palmas de piedra.

Don Miguel, que lee en el fondo de las almas, no pronuncia una palabra más. ¿Hasta dónde aquella página viva habrá influido en el poema vivo de su alma?

EL LIBRO DEL PUEBLO

Acaba de poner a la venta una obra de extraordinario interés:

Libertadores de América

JOSE DE SAN MARTIN

POR

Alberto Chirardo

50 CENTIMOS

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A. Príncipe de Vergara, 42 y 44.



4 SERMONES

A D. Miguel Unamuno

CONTRA ÉSTOS Y AQUÉLLOS

Dios, Patria y Ley

En frío, voy a revelaros lo que es un sótano por dentro.

Aquellos que al bucear a oscuras por una estancia no hayan derribado un objeto, tropezado contra una sombra o un mueble; o al atornillar una bujía, sentido en lo más íntimo de las uñas el añarazo eléctrico e instantáneo de otra alma, que se suelden con dos balas de piedra o plomo los oídos.

Huyan los que ignoran el chirriar de una sierra contra un clavo o el desconsuelo de una colilla pisada sobre las coyunturas de las losas.

Permanezcan impasibles sobre los nudos de las maderas todos los que hayan oído, tocado y visto.

Van a saber lo que es un sótano por dentro.

La primera verdad es esta:

No pudo aquel hombre sumergir sus fantasmas, porque siempre hay cielos reacios a que las superficies inexploradas revelen su secreto.

La mala idea de Dios la adivina una estrella en seguida.

Yo os aconsejo que no miréis al mar cuando en esfriado por el engrudo y papeles de estraza absorben los esqueletos de las algas.

Para un espíritu perseguido, los peces eran sólo una espina que se combaba al contacto de un grito de socorro, o cuando las arenas de las costas, fundidas con el aceite hirviendo, volaban a cauterizar las espaldas del hombre.

No le habléis, desnudo como está, asediado por tres vahos nocturnos que le ahogan: uno amarillo, otro ceniza, otro negro.

Atended. Esta es su voz:

—Mi alma está picada por el cangrejo de pinzas y compases cándentes, mordida por las ratas y vigilada día y noche por el cuervo.

Ayudadme a cavar una ola, hasta que mis manos se conviertan en raíces y de mi cuerpo broten hojas y alas.

Alguna vez mis ascendientes predijeron que yo sería un árbol solo en medio del mar, si la ira inocente de un rey no lo hubiera inundado de harina y cabelleras de almagro no azotaran la agonía de los navegantes.

Ya podéis envaneceros de la derrota de aquel hombre que anduvo por el océano endurecido para ahogar sus fantasmas, y sólo consiguió que los moluscos se le adhirieran a la sangre y las algas más venenosas le chuparan los ojos, cuando la libertad empujaba hacia él, corneándole desde el demonio más alto de los rompehielos.

La segunda verdad es esta:

Una estrella diluida en un vaso de agua, devuelve a los ojos el color de las ortigas o del ácido prúsico.

Pero para los que perdieron la vista en un cielo de vacaciones, lo mejor es que extiendan la diestra y comprueben la temperatura de las lluvias.

Al que me está leyendo o escuchando, pido una sola sílaba de misericordia si sabe lo que es el roce insistente de una mano contra las púas mohosas de un cepillo.

También le suplico una dosis mínima de cloruro de sodio para morder los dedos que aun sienten en sus yemas la nostalgia del estallido último de un sueño: el cráneo diminuto de las aves.

He aquí al hombre.

Loco de tacto, arrastra cal de las paredes entre las uñas, y su nombre y apellidos, rayados con fuego, desde los vértices de los pulmones hasta las proximidades oscuras de las ingles.

No le toquéis, ardiendo como está, asediado por millones de manos que ansian pulsarlo todo.

Escuchadle. Esta es su voz:

—Mi alma es sólo un cuerpo que fallece por fundirse y rozarse con los objetos vivos y difuntos.

En mi cuerpo hubiera habitado un alma, si su sangre no le llevara, desde el primer día en que la luz se dió cuenta de su inutilidad en el mundo, a sumergirse en los contactos sin eco; como el de una pierna dormida, contra la lana sordida de un cobertor o un traje.

Voy a revelaros un asombro que hará transparentar a los espulgabueyes el pétreo caparazón de las tortugas y los galápagos:

El hombre sin ojos sabe que las espaldas de los muertos padecen de insomnio, porque las tablas de los pinos son demasiado suaves para soportar la acometida nocturna de diez alcayatas cándentes.

Si no os parece mal, decid a ese niño que desde el escalón más bajo de los zaguanes pisotea a las hormigas, que su cabeza pende a la altura de una mano sin rumbo y que nunca olvide que en el excremento de las aves se hallan

contenidas la oscuridad del infinito y la boca de lobo.

La tercera verdad es esta:

Para delicia de aquel hombre a punto de morder las candelas heladas que moldean los cuerpos sumergidos por el Espíritu Santo en el sulfuro de los volcanes, la agonía lenta de su enemigo se le apareció entre el légamo inmóvil de una tinaja muerta de frío en un patio.

Vais a hacerme un favor, antes de que estallen las soldaduras de los tubos y vuestras lenguas sean de tricalcina, yodoformo o palo de escoba; electrizad las puertas y amarrad a la cola del gato una lata de petróleo para que la muchedumbre de los ratones no cuente a la penumbra de las despensas la conversión de unas manos en cilicios ante el horror de unos ojos parpadeantes.

Y como en las superficies sin rocas siempre se desaniman cascotes y ladrillos que dificultan la pureza de las alpargatas que sostienen el mal humor y aburrimiento del hombre, idlos aproximando cuidadosamente al filo de aquella concavidad limosa donde las burbujas agonizantes se suceden de segundo en segundo:

Porque no existe nada más saludable para la arcilla que madura la muerte como la postrera contemplación de un círculo en ruina.

Yo os prevengo, quebrantaniños y mujeres beodos que aceleráis las explosiones de los planetas y los osarios, yo os prevengo que cuando el alma de mi enemigo hecha bala de cañón perfora la Tierra y su cuerpo ignorante renazca en la torpeza del topo o en el hálito acre y amarillado que desprende la saliva seca del mulo, comenzará la perfección de los cielos.

Entretanto, gritad bien fuerte a esa multitud de esqueletos violentadores de cerraduras y tabiques, que aun no sube a la mano izquierda del hombre la sangre suficiente para estrangular bajo el limo una garganta casi desposeída ya del don entrecortado de la agonía.

La cuarta y última verdad es esta:

Cuando los escabeles son mordidos por las sombras y unos pies poco seguros intentan comprobar en los rincones donde el polvo se desilusiona sin huellas, las telarañas han dado sepultura a la avaricia del mosquito, sobre el silencio húmedo y cóncavo de las bodegas se persiguen los diez ecos que desprende el cadáver de un hombre al chocar contra una superficie demasiado refractaria a la luz.

Es muy sabido que a las oscuridades sin compañía bajan en busca de su cuerpo los que atacados por la rabia olvidaron que la corrupción de los cielos tuvo lugar la misma noche en que el vinagre invadió los toneles y descompuso las colchas de las vírgenes.

No abandonéis a aquel que os juró que cuando un difunto se emborracha en la Tierra, su alma le imita en el Paraíso.

Pero la de aquel hombre que yace entre las duelas comidas y los aros mohosos de los barriles abandonados, se desespera en el fermento de las vides más agrias y grita en la rebosadura de los vinos impuros.

Escuchad. Esta es su voz:

—Mi casa era un saco de arpillera, inservible hasta para remendar el agujero que abre una calumnia en la órbita intacta de una estrella inocente.

No asustaros si os afirmo que yo, espíritu y alma de ese muerto beodo, huía por las noches de mi fardo para desangrarme las espaldas contra las puntas calizas de los quicios oscuros.

Bien poco importa a la acidez de los mostos descompuestos que mi alegría se consuma, a lo largo de las maderas, en las fermentaciones más tristes que tan sólo causan la muerte al hormigón anónimo que trafica con su grano de orujo.

En frío, ya sabéis lo que es un sótano por dentro.

RAFAEL ALBERTI

"El jardín de los frailes"

DE

MANUEL AZAÑA

5 PESETAS

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)

Príncipe de Vergara, 42 y 44
MADRID

El grito de D. Miguel de Unamuno al volver a España ha sido este: "¡Dios, Patria y Ley!" A los que no saben distinguir de gritos les ha sonado mal, por lo semejanza, sin entender la diferencia, que es sólo de una letra, pero letra inicial, y que, por serlo, letra, que con sangre ha entrado, con sangre tiene que salir, salirse con la suya; con efusión, y no por transfusión de sangre, de sangre real o espiritual, que es sangre de cosa, no de persona, aunque de cosa personal y no al contrario—cosa de personalidad y no personalidad de cosa—, cosa o cosas que son de Ley, de verdad. Por todas estas cosas, que son las de la Ley, todas las de la Ley, y no las de la legalidad, por todas estas cosas viene D. Miguel de Unamuno a España y grita, porque es grito el suyo, al llegar: "¡Dios, Patria y Ley!". ¡Grito cristiano; de agonía, de verdadera lucha espiritual! Cosas de D. Miguel de Unamuno dicen que son éstas, y es la verdad: sus cosas, que, como las sombras de su sueño, D. Miguel de Unamuno tiene cosas, estas cosas, cosas de ideas, de fe, de verdadera realidad. Y con ellas, con estas cosas, viene D. Miguel de Unamuno, porque

estas cosas vienen pero no se van; las que se van son otras, lentas, pesadas, turbias, cosas que van despacio por no saber adónde van a ir a parar. Las cosas estas de Unamuno son ligeras, claras, rápidas, porque vienen, porque no van; y porque no van a parar, sino que vienen a parir, engendradoras, y engendradas—no hechas, ni echadas; a perder ni a ganar—; hijas de Dios, hijas legítimas: las de la Ley, todas las de la Ley, que son cosas de Padre y Muy Señor mío, Señor Nuestro o Nuestro Señor, que no hay otro que lo sea verdadero, real.

Cosa o causa pública, de pueblo, de popular: cosas de patria potestad divina, causas de esa voz popular, que lo es divina y que no tiene ya para qué votar. A voz en grito dice don Miguel de Unamuno: "¡Dios, Patria y Ley!"; a voz en grito de verdad, grito real o causal o realizado o realizado; grito puesto en el cielo como una bandera de guerra popular; grito cristiano, agonizante, de verdadero luchador espiritual.

José BERGAMIN

Madrid, 1930.

Homenaje

Unamuno, desde siempre, vive en período agónico. Y esta actitud de incertidumbre, este angustioso vivir al borde del no vivir, ha hecho temblar todos sus libros. Su obra entera se está mirando en el espejo de la muerte; y de este continuo mirarse, de este continuo sentirse impelido hacia el gran naufragio, de esta tremenda lucha contra el implacable monstruo, nace la riqueza dinámica—a ratos alucinante—de esta obra, la complejidad—aun la misma contradicción—de toda su poesía, su patetismo.

Hay dos suertes de hombres creadores: los que se pasean por la maravillosa corteza de las cosas y los que prefieren clavar en el mundo las uñas para verle las entrañas. Unamuno es de los segundos—de aquí nace su calidad filosófica—; pero también, y al mismo tiempo, escudriña en lo que hay tras de las cosas; el mundo le sirve de lente para avizorar en el trasmundo—de aquí, su calidad religiosa—. Toda la agonía de Unamuno se explica así: la lente está turbia y, a veces, al través de ella, sólo desfilan sombras, astros sin rumbo, inquietud pavorosa—de aquí su calidad de nervioso poeta—. Porque Unamuno es el gran hereje de nuestro siglo, desde el punto de vista tradicional, y el gran poeta de la intimidad profunda, desde todos los puntos. La intimidad de Unamuno, revelada principalmente en ese perenne vaivén entre la entraña del mundo y lo que amaga tras el mundo, es quizá la más opulenta de nuestro siglo, porque nunca pierde de vista el problema de más ricas, aunque más sombrías, incitaciones. Y aunque no fuese la más rica, es, desde luego, la más rebelde, la más libre. Por eso el preceptista—como el político oportuno y el pacífico creyente—suelen morder alborozados la vida y la obra, tan lozanas, del autor de Niebla. Al fin, son ellos los que quitan y ponen comas y los que pueden señalar exactamente la trayectoria de todos los para Unamuno errantes e imprecisos astros. Son ellos quienes suelen achacar a la obra—admirable y cínica—de Unamuno, cierta *excesiva personalidad*. Tanto daría castigar al rico con su propia riqueza, insultar a Goethe con su propio Fausto.

Pero estas son cosas de los consumidores y de los manoseadores, siempre de centinela ante los otros. "El creador podrá hacerse orgulloso—dice el propio

Unamuno—, pero jamás sordido como el consumidor, como el gozador de lo que encontró creado." Y, en efecto, toda la obra de Unamuno es tan densa como libre. Quizá alguna de sus páginas no pueda ofrecerse en las aulas para modelar retóricos; todas pueden esparcirse por la tierra como pauta para modelar, a sangre y fuego, espíritus.

BENJAMÍN JARNES

Escalas

BULLA.—Mete mucha bulla. Escandaliza. Bullidor, inquieto, que desazona, que agita. Peligroso. Un agitador peligroso. Porque bulle.

BULLIR.—Agitarse. Bullir la sangre, le bulle la sangre. No bulle, no rebulle, está muerto, inánime. Pero si bulle es que está vivo, que vive. Bullir, vivir agitadamente, como bulle el agua, como hierve el agua, porque bullir es hervir.

HERVIR.—Entrar en ebullición, ponerse en bulla. Moverse inquietamente. ¿Para qué? Para ser otra cosa, para cambiar de estado, camino del vapor, de la nube. Ascensión. Transmutación. Hervir, con h. Pero la h no hierve. Es lo único que no hierve en hervir. Está muerta, es un cuerpo, un resto sin alma. El alma era su f.

F.—Letra de la fe. ¿En qué? En todo, fe por fe, fe en la fe, fe por razón de ser, fe de vida. Hervido, pero con la letra de la fe, con f.

FERVIDO.—Ardiente, consumido en ardor, lo que se quema, la llama con conciencia. La conciencia toda llameante, en llamas. Fervido.

Es decir, hirviendo, que hierve, que bulle, con la letra de la fe, en hervor, pero con fe.

FERVOR.

PEDRO SALINAS

12 marzo 1930.

EN BREVE:

"Los que no fuimos a la guerra"

DE

Wenceslao Fernández Flórez

Unamuno y Pascal

TEATRO EN UNAMUNO

«Fedra», tragedia desnuda

En Castilla la gentil y en tierras cluniacenses de Silos, donde madura el grano cada agosto y una antigua liturgia entreabre, cada día, eternas flores himnicas para que beban, alegremente, sobrias embriagueces del espíritu (*lacti bibamus sobriam ebrietatem spiritus*). En la hoy benedictina abadía de Santo Domingo, éxtasis de la andante arquitectura medieval, alto de piedra firme en la marcha románica sobre Compostela. Acogiéndose a la hospitalidad monacal, un joven visitante recorre el monasterio. Virgilio, entre fustes y capiteles, lo va guiando el monje. Y como quien dice monte casino dice disciplina y rigor, pero quien dice cortesía dice jovialidad, jovialmente muestra el benedictino la fábrica, enseñando todo con un franco bromear y un ledo sonreír, que a Francisco, gayo tamboril, hubiera placido. Así, en la biblioteca, señalando un anaquele de libros canónicos, dormidos beatamente en hora de siesta y coro, dice:

—Este es el cielo.

Y apuntando al anaquele opuesto:

—Y éste es el infierno.

Entonces el forastero, hormigueado de curiosidad, pregunta:

—¿Y los libros de Unamuno? ¿Dónde están?

—Unamuno—responde el silense—, Unamuno está en medio, en el purgatorio.

Entre juegos y chanzas, el anónimo de Silos encontró la última esencia unamunesca. Porque don Miguel es eso: un purgatorio. Una prueba de fuego. Un peto de ánimas. Y el postrer y decisivo problema que plantea Unamuno, es el de saber si la carne puede salvarse a fuerza de quemaduras. Si basta para la salvación agarrarse a un clavo ardiendo. Si esa sombra profunda que es el hombre, se hace luz con arrojarse a la hoguera.

EN PORT-ROYAL

Pero ya que evocamos sombras, salgamos de Silos, que es alta plenitud de mediodía, para ir a un agujero donde otra sombra nos aguarda. Amigos, vayamos juntos a Port-Royal-des-Champs, cárcel y hogar del jansenismo. Que allí Blas Pascal espera.

Para ir de España a la Chevreuse, para ir de la mística castellana al jansenismo francés, varios caminos se brindan. Uno pasa por Cataluña, y se llama Sabunde. Otro, por Burdeos, y se llama Mr. Montaigne. Otro pasa por la Turena y por París, y se llama Renato Descartes. Seguir esas rutas, sería recrearse en ciudades—en culturas—y en puntos de reposo. Pero nosotros no somos turistas, sino peregrinos, y, además, tenemos urgencia. Por camino apartado y recto, cruzando campos lívidos, lunares, de desierto. Que ir de Unamuno a Pascal es ir de soledad a soledades.

Este paisaje de Port-Royal que ahora vemos, no nos es—a nosotros, españoles—, desconocido. En la desnuda llanura de Dueñas y en Fontiveros de Avila, lo hemos visto así: campos ateridos bajo cielos tórridos, colinas de azufre, cuevas de tinta.

La luz de la Isla de Francia, conforme llega a Port-Royal pierde en ternura lo que gana en arrebatado. El azul heráldico, divino de puro superficial, de París, quiere hacerse aquí profundo y ciego como un topo, hundirse y horadar guardadas. En este aire penitente la luz se corrompe, devorada por cánceres teológicos y casos de conciencia, afanosa de arrepentimientos e intimidad, en una como ensimismada vocación de "noche oscura del alma". Se recuerda la frase del fraile español: "Lo primero el temor de Dios, lo segundo la gravedad", en este paisaje que hubiera amado el Greco, por lo que tiene su cielo de perdido mirar de los ojos borrachos, y lo que tiene su tierra de podrido pantano de pus, en donde los fluviales cristales cartesianos, cansados de ser geometría, se convierten en angustia".

En este medio vivió el jansenismo, llevando su agonía dentro, como el hueso la fruta. Aquí sufrió Blas Pascal. "Murió—dijo su hermana—, de vejez a los treinta y nueve años". No, Jacqueline, heroína corneliana, casi española tú también. Murió de españolidad, de unamunismo. De altas fiebres palúdicas, que hacían estallar todos los termómetros.

EL UNAMUNISMO JANSENISTA

Sin duda, en Unamuno ha influido Pascal hondamente. Con hierro rojo de imágenes pascalianas están marcados todos los capítulos del *Sentimiento trágico*. Y como Unamuno es filósofo, o lo que es lo mismo, textual, alguna vez el pascalismo de nuestro profeta llega a la literalidad. La letra con sangre entra. Y la sangre—el espíritu—, sólo en el cuerpo—en la palabra—, se contiene.

Pero cumple advertir que, en último término, Unamuno no hace sino recoger en Pascal, para retrotraerlas a manantiales de alturas ibéricas, las aguas que desbordaron el Pirineo en el 600. Son notorias las lecturas pascalianas de Sabunde y Marlini. También los "Pensées" citan, en más de una ocasión, a Santa Teresa.

Pero no es el espíritu de prudente economía doméstica de la Santa—ama de llaves del cielo, siempre afaenada en reparar la ropa blanca del Señor—, lo que Pascal se apropia. Aun cuando la miope erudición no pareciera advertirlo, mayor es la influencia de San Juan de la Cruz. Pero la decisiva tampoco es ésta, sino la del vaso abad de Saint-Cyran, sargento carlista de la Teología, guerrillero de temores de ultramundo, bárbaro cura Santa Cruz de religiosidad.

Con el energumenismo barojiano del abad Saint-Cyran, irrumpen en el jansenismo, el desorden, la violencia y el despeñarse por terraplenes de inmortalidad. Lo hispánico arremete, en Port-Royal, taurinamente, corneando—sádico—la blanda piedad italiana de San Francisco de Sales. El jansenismo se enrojece como un circo. En el suelo quedan, en piltrañas, sangrando por todas las heridas, como la noche por las campanas, lo francés—lo racional—y lo italiano—lo sensible. España corta las dos orejas, y contempla en medio de la plaza el triunfo de un instinto—que yo amo y que yo no amo—y la derrota de la razón—que yo quiero y que yo no quiero. Montaigne—horrorizado—se tapa el rostro. Pascal sufre como testigo, es decir, como mártir.

Pero en definitiva, ¿qué es eso del jansenismo? ¿Qué es eso en que España influye?

Por de pronto, como hecho que nace en un momento determinado, como arqueología, lo jansenismo se nos presenta con el aire de una exégesis de San Agustín. El Obispo de Iprés no aspira en su *Agustinus*, más que a fijar el texto de una pastoral de su colega de Hipona. Las cinco proposiciones, a su vez, quieren fijar el texto del *Agustinus*. La hermenéutica posterior, establecer tablas de concordancias y diferencias entre el texto quintuple y sus variantes, en cuidados ediciones críticas. En tanto método, el jansenismo es Literatura Comparada, Escuela de Glosadores, Instituto de Comentaristas, Cátedra de Filología Clásica. Como Unamuno, quien, según ya se insinuó, no escribe nunca más que comentarios, análisis de palabras, restauraciones léxicas. Tomado al azar un párrafo de Unamuno, ¿no nos da el análisis de un sustantivo de Pablo de Tarsos, un verbo de Juan o Mateo? Filólogo—y a mucha honra—, la más frecuente tarea unamunesca consiste en romper la cáscara del vocablo, para sorprender el agua viva de su sentido etimológico, la intuición original que en él guardó su autor. Unamuno es también, como el jansenismo, un Diccionario de Autoridades.

Pero, además de Filología, jansenismo y unamunismo son pasión. La doctrina jansenista—si es lícito hablar del jansenismo como doctrina—, afirma la absoluta liberalidad del Señor y la pura gratitud de la salvación. Ahora bien, esto, porque es doctrina, todavía no es drama. Lo que hace dramático el jansenismo es apoyar esa doctrina en una teoría del conocimiento que considera los conceptos como meras representaciones. Entonces el jansenismo se ve forzado a una contradicción y monta el aparato de la tragedia. Porque si el pensamiento no conoce realidades trascendentes y no vale más que para el sujeto que lo piensa, no puede sorprender las preferencias divinas, ni adivinar las simpatías de la más imponente realidad, ni conocer los objetos—personas—de su elección. Esta contradicción provoca la angustia y el pavor de no poder reconocer los elegidos. El terror, eso que los románticos consideraron falsamente como la esencia misma de lo religioso, entra en escena.

Pascal representa el ápice de esa tragedia porque en él la contradicción alcanza su máxima tirantez. Por eso está, como Unamuno, en el purgatorio. Sin el pirronismo que había corroído su fe en la idea, estaría en el cielo. A su vez, si la corrosión pirroniana hubiera comido su fe en la fe, viviría lo demoníaco e infernal. Por su excepticismo ideológico no puede salvarse, pero por su dogmatismo sentimental no puede perderse. En medio, tocado por los extremos, en un combate entre el Ángel y Satán. *Rien ne nous plaît que le combat, mais non pas la victoire*. (Pensée 135).

Esto es puro unamunismo, esto es Unamuno traducido al francés. Y es que el caso de Unamuno es el mismo caso pascaliano, porque el idioma de la desesperación no puede ser original. Así, Don Miguel nos repetirá una y otra vez las palabras del Señor, interpretándolas parcialmente: "Yo no vine a traer la paz, sino la guerra." Caudillo de Romancero, bajo el ancho cielo de Castilla, el descanso de Unamuno es el pelear.

En guerra civil consigo mismo, siempre en pro de esto y aquello y "contra esto y aquello", a él pueden aplicarse las palabras de André Suarès—otro pascaliano—: "Ni Pascal cree, ni duda, separadamente. Su duda es una mirada de la fe, su fe una mirada de la duda." (*Trois hommes: Pascal, Ibsen, Dostoievsky*. N. R. F.)

Contradicción de contradicciones y todo contradicción. Contradicción esencial, porque consiste en querer hallar lo que previamente se ha aniquilado. Porque consiste en salir a esos campos de Dios, por un callejón inicialmente ta-

Nuestro teatro actual no es tan pobre como lo encuentra quien lo juzga sólo en vista de las carteleras, porque suele ocurrir que fuera del repertorio vivo quedan justamente las obras que de modo más eminente cualifican la literatura dramática de la España contemporánea. Valle-Inclán y Unamuno—hay que proclamarlo así, para instrucción de rutinarios y supersencillos—significan la cabeza—perfectamente erigida y aureolada de máximo prestigio—de nuestro teatro a la hora de hoy.

No es ocasión la presente para hablar de los "Esperpentos" de don Rabón. Pero si—buscada adrede—de la "Fedra", de don Miguel, guardada en "La pluma"—revista de gratísima memoria—hasta que circunstancialmente fué puesta en escena: la del teatro Martín. No influyó el éxito, enteramente favorable, en que la obra perdurase. No ha vuelto apenas a representarse. El dato no es precisamente de los que mueven a la fe en la conciencia de empresarios y directores artísticos.

Si hablamos de los valores "dramáticos" en la obra total de Unamuno, emplearemos un vocablo más exacto que si decimos valores "teatrales". Es evidente que lo teatral suscita en nosotros una serie de ideas e impresiones que nada o bien poco tienen que ver con la estética y la técnica de don Miguel. En cambio, se percibe con claridad de plena evidencia que entra por mucho en él y su arte una interpretación dramática del mundo y de la vida. Dramática, y hasta trágica.

"Fedra" es justamente eso: una tragedia; tan desnuda como se quiera; sin atavíos teatrales, ya que lo teatral, en sentido externo, se reduce, deliberadamente, al minimum. Pero son muchas y ricas las esencias teatrales que bullen dentro, incorporados a la carne viva, bajo la veste sucinta de las palabras. Realizada, al cabo, bajo formas teatrales, "Fedra" es una texterminación, una escenificación de la tragedia—diversa en motivos íntimos—, que tiene en Unamuno, hombre y escritor, su propio y único personaje: su "agonista". De suerte que la "Fedra" de los tablados no es un escape o tentativa de escritor, habituado a otro género literario: un ejercicio más. Es una señal, tan genuina como otra cualquiera, del complejo ideológico y sentimental que Unamuno comporta. Bien se sabe que toda obra de Unamuno está él presente de continuo: no en sus accidentes, anécdotas o lances biográficos, sino en su más profunda sustancia, en su permeabilidad, según se proyecta hacia lo absoluto.

Nos importa aludir, siquiera sea rápidamente, a este punto de vista, para explicar los arrastres clásicos, histórico-literarios, de "Fedra", re-creación de un tema, no por motivos meramente estéticos, sino por motivos—"categóricos", cabe decir—de razón y eternidad. El asunto de "Fedra" no es para Unamuno, de seguro, sino un pretexto que él utiliza para experimentar pasiones de ayer, de mañana, de siempre, en corazones de hoy.

Fedra se enamora de Hipólito, hijo de su marido, con amor arrebatado, que ni discierne peligros, ni se aviene a concesiones que

hagan flaquear su imperio. Hipólito, casto y fuerte, respetuoso con la santidad del hogar, sabe resistir la tentación... Y aquí comienzan, a partir de Eurípides las variantes sobre el tema fundamental. En el griego, el despecho de Fedra la empuja al suicidio y a la venganza, culpando a Hipólito de la iniciativa en el incesto. Así queda entregado Hipólito al natural castigo del padre afrentado. Pero en la "Fedra" de Unamuno la calumniosa aseveración de la madrastra se ventila en vida de ella, y a la hora de darse muerte, revela la verdad. La confesión purifica su memoria, y aproxima de nuevo al padre y al hijo.

El punto de transición entre Eurípides y Unamuno lo marca Séneca. Ciertamente que en una primera versión de Eurípides ya se plantea este otro giro de la confidencia en el trance supremo. Pero es en Séneca donde se opera significativamente el viraje. Advirtamos la relación, en cierto modo, de la moral estoica y la cristiana, para subrayar una noción que no podía por menos de aparecer, saturando la atmósfera del mundo moderno: la noción de la responsabilidad. Nosotros creemos ver en ella el motor de la confesión y suicidio de la nueva Fedra. La criatura unamuniana no quiere dejar en pos de sí el equívoco terrible que hería dos vidas en su raíz. Se objetará que el suicidio no es recuso cristiano. Exacto. Pero en esta Fedra no se asocia a la muerte voluntaria un designio de venganza, ni la determinación del despecho. Media otro resorte: la expiación. Fedra conocer el valor purgativo de la confesión, lo realiza y se impone la terrible penitencia.

Pretexto, el asunto para que el autor vuelva sobre preocupaciones de índole moral que mudan, pero no caducan. Instrumento, y no más, el lenguaje. Condición ineludible de localización, el escenario... "Fedra" es teatro puro; tragedia desnuda; plástica, de inmediata realidad, en que toman cuerpo conceptos y hechos, directamente creados. La tragedia habla por sí; las palabras apenas si son algo más que sendos gestos. ¿Qué lección más persuasiva ésta de la "Fedra" de Unamuno, en cuanto a teatralismo sin retórica, telones ni técnica!... Mejor dicho: otra técnica, otros telones, otra retórica... Otro teatro, en fin. Esta diferenciación bastaría—y conste que abundan razones—para situar aparte—y por encima—la obra de Unamuno. ¿Qué pequeño, palabrero e impuro el teatro de casi todas noches!... Unamuno, siempre impar.

M. FERNANDEZ ALMAGRO

PANORAMAS MEJICANOS

DE

Horacio Blanco Fombona

Quien desee penetrarse de Méjico, particularmente de su actualidad literaria y política, habrá de leer este libro, colección de agudísimos ensayos imparciales

5 PESETAS

RENACIMIENTO

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)

Príncipe de Vergara, 42 y 44

MADRID

pado con la cal y el canto—albañil el relativismo—de un subjetivismo nihilista que suprime a Dios, como objeto.

Pero aun metido en un callejón sin salida, Unamuno no sabe resignarse ni sentarse a esperar. Desesperado y revuelto, intentará abatir los muros, conmoviendo las piedras y arrastarlo todo. Como el viento. Como ese viento que pasa, ciego de su propio polvo, gemebundo de sus propias heridas, por la estepa de Castilla, y al que el ciprés católico de Silos señala rutas y ofrece su mano vegetal.

LA SALIDA DEL CALLEJON

Vivir—gritaba Hebbel en pleno romanticismo—, vivir es estar profundamente solo. No; vivir es todo lo contrario. Es salir de la soledad. El gran error romántico es, justamente, ese: creer posible la soledad absoluta. Contra

todo inmanentismo—contra Bergson y Unamuno hoy, tal vez mañana contra Ortega—cumple afirmar que es inmanente, a la vida, la trascendencia. Que no hay, pues, metafísicamente hablando, pura soledad, pura vida interior, puro sentimiento trágico. Por mucho que la psicología y la ética humillen a la lógica, ésta se venga siempre y hace, de la soledad, compañía; de la vida interior, vida exterior; del problema trágico, solución de paz.

"El hombre—dijo Scheler—es un callejón sin salida de la naturaleza, y es, al mismo tiempo, la salida del callejón."

La salida del callejón de Pascal, se llama Amor. La salida del callejón de Unamuno, tiene un nombre que, a pesar del desprestigio a que le llevaron los profesores, puede ser aún sentido, socráticamente, en todo su entrañable calor. Yo le llamaría Pedagogía.

EUGENIO MONTES

Unamuno visto por sus alumnos

Llegan a nuestras manos unas cuartillas. En ellas, un alumno de don Miguel de Unamuno resume una sincera impresión personal de su clase de Historia de la Lengua Española.

Su autor las escribió, con destino a un archivo íntimo, hace seis años, y en el dormían un sueño inédito. La ocasión de este número-homenaje las saca a la luz pública. No así el nombre del autor, que, por su voluntad, queda envuelto en el anónimo.

He aquí la sencilla prosa del escolar que compuso esta evocación ingenua y auténtica a la vez.

"El aula donde don Miguel da sus clases es amplia y soleada. Por sus ventanales se atisba el panorama de la ciudad: tejados de casonas, campanarios. Tiene alto estrado con tribuna; pero como huele a engolado, don Miguel lo desdén. Prefiere al íntimo y confiando coloquio junto a la ventana, desde la que se entreve la filigrana de piedra de la catedral nueva—del gótico florido—y la calma ancestral del colegio de San Bartolomé, hoy cuartel. (¡Oh manes de don Diego de Anaya!)

El platicar del maestro es reposado. A veces se oye la voz del alumno. Ahora don Miguel lee versos, trozos del *Canigó* en catalán; en sus labios alienta la pujanza de Mosén Cinto. De pronto suspende la lectura, levanta inquisitivo los ojos, que tras los cristales de las gafas se escudan, y pregunta:

—¿Qué significa *idiota* en griego?

—"Insociable"—responde un alumno, con gesto decidido y franco.

—"Más preciso"—inquire don Miguel.

El alumno vacila. Don Miguel sonríe. Al cabo, aquél rompe el silencio.

—"Pues un ente que no hace nada, un particular que no trabaja."

Visado por la censura

Hoy leemos el poema de *Mío Cid*. Sin discursos retóricos, innecesarios para componer en el ánimo de nadie la figura inmortal de la gesta heroica, don Miguel ha empezado a leer la *Crónica de veinte reyes*, con la que el tacto de Menéndez Pidal suple la laguna inicial del poema.

La voz del lector es entonada y clara. No en balde don Miguel se precia de ello. "E tornasse el Cid... para el Rey Don Alfonso, su señor. El Rey rescibióle muy bien... Por esto le ovieron muchos embidia, e buscaronle mucho mal..." Don Miguel ha callado. Cierra los ojos y musita apenas. Luego recuerda otro verso del poema. "Por malos mestureros de tierra sodes echado..."

—"Oh, los mestureros, encizañadores..."

Y calla. Una sonrisa apenas perceptible surca su rostro. Los alumnos le miran. El reanuda la lectura.

Han dado la hora. Don Miguel, siempre puntual y justo, cierra el libro y da por terminada la clase. Y con las manos cruzadas a la espalda, y apuñando entre ellas su sombrero, sale rodeado de los alumnos. Cruzan en animada charla los severos claustros univer-

sitarios. A las disciplinas docentes ha seguido el hablar sobre las minucias locales y académicas, sobre acontecimientos políticos o literarios. Un humorismo refinado y fino esmalta su decir. Y los alumnos, que ya recibieron la lección del día, que, como todos, se les enseñó deleitándose, apuran la charla con el maestro.

Se deshace el grupo. Ellos vuelven a sus tareas escolares y don Miguel marcha a su casa. Durante el camino le saludan a diestro y siniestro. Todo el que cruza inicia un gesto de afecto, como a persona a quien vemos todos los días. Hasta los chicos del Instituto, ya en el asueto, le miran absortos, mientras el cuchicheo asoma a flor de labio.

Y don Miguel, imperturbable y sereno, requiere el sosiego de su hogar. Y junto a aquel balcón que, indiscreto, atalaya la soledad de las Ursulas, a la sombra de centenarios negrillos, al lado del franciscano Campo de San Francisco, cuyo silencio sólo conturba el armonioso piar de los pájaros, don Miguel medita.

Luego comienza a escribir. "Los árboles son ya como los animales domésticos, algo nuestro, obra nuestra. Y son por ello, espejo de nuestra vida y de nuestro pensar. En horas de soledad íntima y hasta de resquemores, descansé este invierno mis ojos y mis reconcomios en las ramas peladas y escuetas de esos negrillos, entonces escuálidos y desnudos, y ahora, al verdecer ellos con los soles abrileros y poner yo en su verdura mi vista, siento como que ese verdor primaveral me acaricia, zalamero, los ojos y me los limpia y me roza quedamente, como para cerrármelas, las heridas del corazón. Y me corroboro en mí ya viejo empeño de aprender bien la lección del paisaje de nuestra tierra..."

De pronto ha dejado de escribir. La quietud de su ánimo, el mudo reposar de la estancia, se asemejan al umbroso y vecino jardín de las monjas. Un rayo de sol ha entrado, y al posar sus destellos sobre el maestro, parece fundir la nieve de su cabeza..."

UN ALUMNO

Presentando dos cupones como éste en las librerías



Librería Fernando Fé, Puerta del Sol, 15. Librería Renacimiento, Preciados, 46 y plaza del Callao, 1, Madrid. Librería Barcelona, ronda de la Universidad, 1, Barcelona. Librería Fé, Campana (junto a Sierpes), Sevilla. Librería Fé, Isaac Peral, 14, Cartagena. Librería Fé, Mariano Catalina, 12, Cuenca. Librería Fé, Larga, 8 Jerez. En Tánger, Antigua calle del Banco de España

obtendrá usted el 15 por 100 de descuento en la obra que quiera comprar del fondo del catálogo de la CIAP. (Editoriales Renacimiento y Mundo Latino.)

El alma bilbaína de Unamuno

Corre como río en crecida, turbio, de su propia vehemencia, el verbo de don Miguel, cuando en el Poema del Cristo cantando la frente y los ojos y la boca del Salvador. Quien canta así, con torrencial hermosura, ha de propender más a la pasión que al éxtasis, más al altercado que al ensueño. No siente, aunque sí comprende, las soledades del eremita o del cartujo. Piensa que el ideal monástico es más estético que religioso, pero al ser estético, es justificable. Conque el claustro, según don Miguel, haya podido dar un Eckar, un Suso, un Taulero, un Ruibroquio, un Juan de la Cruz, una Catalina de Siena, una Ángela de Fólgo, una Santa Teresa, está justificado el claustro. El rector prefiere, con todo, a los frailes "que van por el mundo", aunque se alcen con el poder y el mando. Que prediquen, desee, o que enseñen o que curen las llagas de los leprosos; que acampen en el mundo para lo que sea; rescatar cautivos o quemar corazones contaminados de albigenses. "Si el hombre se cruza de brazos, ha escrito don Miguel con familiaridad menos conveniente que expresiva, Dios se echa a dormir". Ni se ha cruzado

ni se cruzará Unamuno, mientras viva, de brazos. Con la pluma o con el crucifijo, "a cristazos", según su frase irreverente, moverá de sol a sol su pelea cada día. Nos dejará, al morir, lo que Dios dilate, obra que por discutida será imperecedera. No ha de salvarse, eso no, sin que el muy altanero expie su arrogancia. En tanto la expía, aquí, en su pueblo, en el Arenal, junto al tilo donde se enamoró de la madre de sus diez hijos, habrá disputas juveniles sobre las ideas del maestro. Y es claro que, bajo las naves de la Basílica de Santiago, habrá susurro entrañable de preces para sacar al alma del gran bilbaíno del purgatorio.

PEDRO MOURLANE MICHELENA

Unamuno y Bilbao

Alguien ha dicho que Unamuno no puede ser más que de Bilbao, como es. Leed sus páginas más henchidas de emoción y siempre encontraréis en ellas una alusión a su pueblo natal, a su Bilbao, a este Bilbao que guarda, como un relicario, su alma infantil.

Conozco pocos hombres de una tan grande capacidad afectiva para las cosas, y es que siente como pocos la relación entre sus pensamientos y sus sentimientos y el lugar en que brotaron.

"Vives en mí, Bilbao de mis ensueños, sufres en mí, mi villa tormentosa"

ha dicho en aquella inolvidable poesía titulada "En la Basílica del Señor Santiago de Bilbao", y de la que no resisto la tentación de leer las últimas estrofas:

Oh, mi Bilbao, tu vida tormentosa la he recogido yo, tus banderis junto a tus mercaderes en mi alma viven sus vértigos.

Dentro en mi corazón luchan los bandos y dentro de él me roe la congoja de no saber donde hallará mañana su pan mi espíritu.

Vives en mí, Bilbao de mis ensueños, sufres en mí, mi villa tormentosa, tú me hicistes en tu fragua de dolores y de ansias ávidas.

Como tu cielo es el de mi alma triste y en él llueve tristeza a fino orvullo...

Y lo mismo en aquella otra titulada "Las Magnolias de la Plaza Nueva", en la que hace vagar a su alma de adolescente por bajo de los arcos y en la que el lugar y el estado de ánimo acaban por ser una sola y única cosa. Y siempre así, lo mismo cuando habla de Vizcaya, la marinera y la montañesa. Se ha dicho que el paisaje es un estado de alma; en pocos es esto tan verdad como en Unamuno. Lo mismo hace con Salamanca, ese es su segundo pueblo; lo mismo con Castilla, esa su segunda tierra.

JOAQUÍN ZUAZAGOITIA

La violencia en Unamuno

Somos presa de convencionalismos. Ponemos el grito en las nubes si leemos una frase más o menos vulgar y expresiva y puede ser que acabemos nosotros de pronunciarla u oírla sin sonrojo ni aspavientos.

En literatura, cuyo campo parece debía estar limpio de esa maleza, el convencionalismo hipocrita ha revuelto el ambiente: todos aquellos que se pusieron en fila detrás de un manifiesto—calificado por Unamuno de "pornográfico", deplorable pieza literaria y funesto como acto político—en que se exaltaba la virilidad con expresión de prostíbulo, todos esos claman contra la literatura de Unamuno. Contra el fondo de ella, porque no la comprenden; contra la forma... En Unamuno hay dos formas literarias: la corriente y acostumbrada en sus libros, que tampoco comprenden los enrolados, y la expresión desnuda, sin hipocresías, la cargada de pimentía y mostaza y más cerca—sépanlo, señores—, del Arcipreste y de Villalando, de Cervantes y de los anónimos autores de las Coplas del Provincial y de "¡Ay, panadera!", más cerca del vulgo y del populacho, de las verduleras y de la gallofa, más próxima a ustedes, más en uso entre ustedes. Por eso la entienden, y porque la entienden protestan.

Nosotros aceptamos a Unamuno íntegro; lo admiramos en su totalidad. Ellos, sólo lo que entienden. No diremos "un poco de cultura helénica no le da deraeño a desbarrar sobre todas las cuestiones". Sabemos lo que es y qué significa ese "poco de cultura", que ellos desechan; sabemos lo que vale ese desbarrar, que al fin y al cabo para ellos principalmente es.

Es que si supieran entender ese "poco"—despreciado—de cultura helénica no serían ellos, seríamos nosotros, y está bien que nos distingamos.

JENARO ARTILES

Unamuno y el destierro

Yo, el último de todos, el más insignificante, desde mi habitación del Paseo de María Cris- tia, núm. 4, 2.º A, pensaba a diario en El.

En esos días de sol, cuando las plantas, en su egoísmo vegetal, no se acuerdan para nada de los proscritos. En esos días de viento, cuando las nubes pasan como rápidos veleros a nuestro lado, llevándose de nosotros, de todos nuestros bolsillos intelectuales, el recuerdo más agitado, para ellos, los proscritos... En esos días de nieve, cuando amanecemos blancos y nuestras casas son clínicas y nos acordamos—rotundamente—de los proscritos (porque en cada copo de nieve vemos una dosis literaria de revolución). En esos días de lluvia, grises, y en los otros, diáfanos, y en aquellos de niebla prócer, y en aquellos otros...

Yo, el último de todos, pensaba a diario en El. Y leía. Le leía. Y hablaba con él a través del hilo portentoso de su gramática.

Yo, el último de todos, pensaba en el día de su vuelta. Ese día—que mella a la Historia en su filo—en que los desterrados vuelven a sus países. Ese día en que la tierra se pone colorada de vergüenza.

Unamuno ha vuelto. En medio de triunfales aclamaciones. Pero yo estoy todavía colorado de vergüenza. Como la tierra, esa triste tierra toda, de España.

¿Hasta cuándo?

ANTONIO DE OBREGON

EN BREVE:

"Los que no fuimos a la guerra"

DE

Wenceslao Fernández Flórez

"LA RAZA"

Hemos recibido el primer número de esta espléndida revista. No se trata del primer número, pues *La Raza*, que aparece ahora nueva, actual, es la antigua *Revista de La Raza*, que cuenta más de quince años de existencia.

Su tendencia de ahora es atender como siempre a todas las manifestaciones de la cultura, pero ya con un espíritu alerta de las nuevas cosas. Así lo demuestra este primer número, donde la política, la literatura, el mundo musulmán, el sefardí, América, la mujer y el niño, el cinema, etc., tienen en estas páginas comentaristas agudísimos. Son dignos de mención, entre los muchos artículos que publica este número, los de Dionisio Pérez, Alberto Insúa, E. Salazar y Chapela, Rafael de Morales, Rafael Marquina, Alberto Ghiraldo, Carmen de Burgos, Gil Benumeya, J. Montero Alonso, Anita Prieto, Fernando G. Mantilla.

La Raza, que se singulariza por no insertar fotografías, sólo dibujos, publica grabados interesantísimos de Solís Avila, Puyol, Augusto, Oscar, Tovar, Aristo Téllez, y un original de Picasso. La portada de este número, en colores, es de Penagos.

Saludamos con júbilo a la antigua revista, ahora rejuvenecida, deseándole una vida inacabable de éxitos.

TEATRO COMPLETO

DE

GABRIEL D'ANNUNZIO

Traducido, prologado y anotado por

RICARDO BAEZA

Acaba de aparecer un volumen con dos obras cumbres, geniales:

"La ciudad muerta"

y "Sueño de una mañana de primavera"

5 PESETAS

MUNDO LATINO

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)

Príncipe de Vergara, 42 y 44 MADRID

UNAMUNO Y ALEMANIA

KEYSERLING, DICE:

El mismo predominio distingue todo lo africano. Caracteriza todo el paisaje africano, toda la cultura africana. Y España pertenece desde tiempos remotos al círculo africano de cultura. Su cultura es una expresión particular del espíritu antiquísimo y vigoroso que animaba ya a los pueblos preegipcios y que manifestaba en los árabes o berberiscos con no menos pureza que en los españoles. Es realmente antiquísimo; el que quiera conocer el arte culinario de la Edad de piedra visite hoy a los pastores de las sierras españolas. Y por ser antiquísimo es por lo que únicamente puede ser renovadamente representativo para España el pueblo antiquísimo de los vascos; lo mismo que antaño ocurría con Ignacio de Loyola ocurre hoy con Miguel de Unamuno. Pero por otra parte este espíritu posee un cultivo secular; no hay proletarios entre los españoles castizos. Sólo que este espíritu no es esencialmente europeo, sino africano, y, por tanto, la mejor manera de comprenderlo para nosotros es compararlo con los beduinos. Este espíritu, que se ha mantenido durante milenios en los desiertos y los ha dominado, ha creado por otra parte una estructura correspondiente. Es recio y serio, de voluntad potente y elemental. En los casos extremos, fanático como en las tormentas del desierto. ¿Cuándo apareció de otro modo el español en su grandeza histórica? Pues los españoles que han tenido importancia histórica han sido siempre los castellanos, o bien los que, cualquiera que fuera su sangre, vascos (Ignacio, Unamuno), andaluces (Primo de Rivera), catalanes (Colón) o alemanes (Felipe II), renacían en este espíritu vivo. En el tono sombrío del últimamente mencionado, que creó el monumento de la muerte, entendida cósmicamente, más convincente que existe después de la pirámide de cráneos de Tamerlán, veo yo la mejor prueba de la fuerza elemental del paisaje castellano; él hizo que se secase en el desierto un alma probablemente por naturaleza delicada.

Pero hay más: el recio y serio habitante de los desiertos, por otra parte, debe ser fantástico de algún modo. Todo morador del desierto es por naturaleza quijotesco. Es decir, su vida es la imposición de lo mínimo y en su pequeñez obstinado, y, por tanto, ridículo, frente a la inmensidad cósmica. Pero esta imposición sólo parece ridícula a los que están fuera. Para los ojos españoles la figura de Don Quijote no es cómica. Antes, al contrario, les parece la más alta representación del hombre, y esto en un grado mucho mayor que Goethe a los alemanes. Y ¿qué han sido los hechos representativos de los españoles sino quijotadas, desde el Cid, pasando por los conquistadores—Cortés quemó sus naves, Pizarro salió para el Perú con un puñado de hombres—, por la conquista espiritual de San Ignacio, hasta la lucha singular de Miguel de Unamuno, a quien pocos acatan allí como representativo, contra la actual situación de España?

El habitante del desierto es duro y al mismo tiempo fantástico. Pero ante todo tiene ansia de vida, pues el desierto muerto grita en demanda de vida. Sólo que este sentimiento de la vida es totalmente realista. No sueña con ningún alma etérea, sabe que es de carne y sangre. No olvidaré nunca cuando Unamuno, para demostrarme la persistencia del padre en el hijo, me refería cómo su hijo en una ocasión escribió durante horas sobre la mesa de mármol de un café: Soy de carne, soy de carne [en castella-

no en el original] exactamente como él mismo. El sentimiento originario del español es el ser carne, no el ser espíritu. De aquí el matiz singularmente práctico e incluso *terre-à-terre* de la fantástica española; el original de la balada de Shiller que arrojaba a la dama a la cara el guante sacado de las garras del león, por exponer a hombres bien nacidos a innecesarios peligros de muerte. Pero, por otra parte, el habitante de los desiertos tiene conciencia en primer término de lo trágico de la vida. Así los mejores Cristos españoles representan al Salvador agonizando. Junto con la vida afirma el español la muerte, junto con la vida ama la sangre, su símbolo más inmediato. De aquí que las corridas de toros sean indeseables. En ellas se desahogan el valor varonil y el placer de la sangre, pero no la crueldad. El español no es cruel; crueles sólo lo son las gentes mezquinas. Llamar al amor a la sangre, e incluso a la sed de ella, crueldad, no demuestra sino cobardía moral y física, pues quien realmente afirma la vida ha de afirmar también la muerte, y con la muerte, en un modo de libertad, el matar. Cuando no se halla en juego ninguna pasión, el español parece incluso extremadamente humano. No hay cárceles más humanas que las de España. Justamente porque el pueblo sacia su sed de sangre en las corridas es más humano que los pueblos que no confiesan el placer que les produce la sangre; de la misma manera que los cirujanos y las enfermeras suelen ser particularmente alegres y amables. En el mismo sentido España no es en modo alguno un país militarista. Cuando el valor y el placer de la sangre sólo aparecen como valiosos referidos al individuo, pero lo son de un modo incondicional, no hace falta ningún seguro de organización mecánica. Probablemente si se les presentase la cuestión razonablemente, se avendrían mejor al desarme que los alemanes. Mas cuando la voluntad de vivir es tan suprema, se excede. En el espacio vacío de la inmensidad del desierto surge un anhelo frenético de inmortalidad personal, la inmortalidad de carne y hueso. Aquí está la raíz de la certidumbre islámica de la inmortalidad en un paraíso bello como un oasis; la de la doctrina de Unamuno, cuya fuente es la rebelión contra el morir; la de la idea del panteón de El Escorial, que aguarda a reyes no nacidos todavía, atañido sobre atañido. Y digámoslo de paso: sólo en cuanto que únicamente reconoce como real al espíritu, que se encarna en la carne, es católico el español. Hoy lo es dogmáticamente, pues el dogma católico le ha formado tal como es. Pero si alguna vez negase su cristianismo, seguiría siendo católico en contraposición a los no católicos.

CONDE DE KEYSERLING

“AZORIN”

“Old Spain”

“Brandy, mucho brandy”

“Comedia del arte”

En un volumen: 5 PESETAS

RENACIMIENTO

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)

Príncipe de Vergara, 42 y 44 MADRID

ERNST ROBERT CURTIUS, DICE:

¿Cómo se forma la fama? Por merecimiento—así opinan los ingenuos. Por el hábito—así creen los rutinarios. Por el azar—así nos enseña el escepticismo.

Ejemplo: Miguel de Unamuno. El hijo de las montañas vascas, cuyo imperialismo espiritual brota de un Inigo de Loyola. Don Miguel de Unamuno, nacido en 1864, profesor de griego en 1891 en la Universidad de Salamanca (Omnium scientiarum princeps Salmantica docet), heraldo del renacimiento intelectual en España, profeta de su mundial misión religiosa, es desterrado, a comienzos del año 1924, por el “Directorio militar” del dictador Primo de Rivera, en una rocosa isla del Atlántico. La civilización humanitaria profetizada. D’Annunzio envía a París palabras flamígeras. Romain Rolland levanta su voz en nombre de la conciencia del mundo. El liberal “Quotidien” organiza una expedición para librar al mártir. Se logra. El sexagénario Unamuno es traído a París. Los diarios se apoderan de ello. La resonancia mundial está lograda. La gloria más universal resplandece sobre el desterrado.

La gloria... o la publicidad. (¡Muy parecido! ¡Lo mismo!) Tan discutible el camino como digno de agradecimiento el resultado. Los reflectores de la política han enfocado un acierto casual. El dictador propone (¿propone?), pero Dios dispone. Agradecemos al señor general que su cólera haya hecho brillar, colocándolo ante las candilejas de la publicidad, a un poeta, a un pensador, a un profeta. El dictador, a pesar suyo, ha hecho ampliamente visible a un guía intelectual de nuestro presente europeo.

El que ahora veamos la figura intelectual de Unamuno tenemos que agradecerlo al cabecilla del fascismo ibérico y al reclamo mundial de la Prensa liberal. Aprovechemos la situación. Sirvámonos de ella para deducir consecuencias naturales.

Es una ironía, como aquella de que la Historia gusta, que el mensaje de Unamuno sea propagado por el setembrismo de la Humanidad y del progreso. Dicho sea entre nosotros, los Naphas de la reacción (para no salir del mundo de Tomás Mann) tienen mayor derecho sobre él. Claro es que, mirado más de cerca, satisface tan poco a la reacción como al progreso, a los que viven del pasado como a los que piensan en el futuro.

La razón es sencilla. Unamuno no cree en el pasado, como tampoco en el porvenir, porque él no cree en el tiempo. El cree... en la eternidad. Es el Don Quijote de la inmortalidad.

No se quiera comprender ésta como flor retórica. Unamuno sostiene con toda seriedad que el problema básico de toda filosofía es la permanencia del alma. Niega las pálidas nebulosidades del panteísmo. Exige del mundo—o del sobremundo—que su yo, el mío, el tuyo, todo yo viva y actúe en toda la eternidad. Esta es la tesis fundamental de su obra filosófica capital: *El sentimiento trágico de la vida*. Apareció un año antes de la guerra mundial.

Unamuno es eternista. El pensamiento más hermoso de sus escritos es, para mí, la afirmación incidental de su primera obra, llena de significado, sobre el alma de España: *En torno al casticismo* 1895, en la que dice: “Los que viven en la Historia se hacen sordos para el silencio.”

Unamuno nos imprime la saludable verdad de que la Historia es la crónica de los fracasos, el registro de los descalabros del mundo del espíritu.

No es cierto lo que creyó del optimismo idealista de los clásicos alemanes; que la Historia sea la realización de todas las posibilidades; que dé cuerpo a lo que la idea traza. La Historia produce sólo fragmentos. El todo, la verdad, la realidad (la esencia)—la medida completa de lo divino y de lo humano—no entra nunca en el tono de lo terrestre. Lo que se ha realizado en el tiempo es sólo chapucería y pacotilla. Nosotros deformamos su sen-

tido adorándolo. Su sentido es dejarnos insatisfechos, para que con ello nos crezcamos alas, para volar hacia lo eterno.

Unamuno es revolucionario tradicionalista. Nos pide la creencia en la “tradicición eterna”, que no satisface a ninguna tradición histórica. Valiéndose de lo histórico, penetra en lo “intrahistórico”, como él dice en su convincente formulario.

De los escombros de la Historia ha descifrado el alma de su pueblo. Encontró los rasgos eternos del espíritu hispánico en las *Coplas a la muerte*, de Jorge Manrique (hacia 1480), en el Romancero, en los versos de *La vida es sueño*, de Calderón; en la mística de San Juan de la Cruz, y, más profundamente, en los hechos del sin par caballero Don Quijote de la Mancha.

La inmortal novela de Cervantes es para los españoles lo que la *Divina comedia* para los italianos, lo que el *Fausto* para los alemanes (lo que los franceses no tienen, lo que para los ingleses no es Shakespeare), el símbolo milenario del espíritu de su pueblo. Unamuno llama al Don Quijote “el Cristo español” y define el quijotismo como la religión nacional. Su interpretación alegórica (*Vida de Don Quijote y Sancho*, aclarada y comentada según Miguel de Cervantes Saavedra 1905, segunda edición 1914), es un ejemplo memorable para la renovación de una herencia espiritual de carácter nacional sacada del sentimiento de la vida de un tiempo renova. Está escrita contra los cervantistas; frecuentemente, contra el mismo Cervantes (Unamuno le reprocha no haber comprendido el mito de Don Quijote) y para la España de hoy y de siempre.

Don Quijote es el loco patético que toma las posadas por castillos, las libertinas maritornes por princesas y la bacía del barbero por el yelmo de Mambrino. Un rebaño es para él un ejército; una aldeana que huele a ajo, la sin par y graciosa Dulcinea del Toboso, sólo que encantada. Quijotismo es: la transformación de la realidad por la visión. El bachiller Sansón Carrasco diría por astigmatismo.

La misma interpretación de Unamuno es un fenómeno del quijotismo. Pues él ofrece el Quijote de su visión, no el de Cervantes. Pero afirma que su *Quijote* es el auténtico. Cree en su mundo encantado. ¿Quién puede separar el sueño de la realidad. Para Unamuno el mundo es un sueño de Dios y nuestra inmortalidad la permanencia de la vida en el recuerdo de Dios.

(Traducción del alemán de M. García Blanco.)

La intelectualidad de Alemania y Unamuno

Los profesores y escritores alemanes que a continuación se indican enviaron a don Miguel de Unamuno el siguiente mensaje de salutación: “Con motivo de su gloriosa vuelta del honorso destierro, soportado con noble orgullo, saludan al valiente luchador, gran poeta y filósofo don Miguel de Unamuno sus amigos alemanes.—Profesor Einstein, de Berlín; profesor Driesch, de Leipzig; profesor Vossler, de Múnich; profesor Heller, de Berlín; profesor Radbruch, de Heidelberg; profesor Walter Kinkel, Heinrich Mann, Alfred Doebelin, Leonhard Frank, Arnold Zweig, Zuckmeyer, Ernest Toller, Arnold Nadel, Theodor Wolff, Alfred Kerr, Georg Bernhard, Paul Schaeffer, Kaethe Kollwitz; profesor Gerstein, Hermann Thimig, doctor Hausenstein, Félix Stoessinger, Joseph Bloch, doctor Buck, Ernest Curtius T. Deubler.

También la Liga alemana de los Derechos del Hombre ha enviado un mensaje de salutación a don Miguel de Unamuno.

Ayuntamiento de Madrid

Unamuno y Francia

Por Jean Cassou

El no quería que en un estudio consagrado a él se tratase de analizar sus ideas. De los dos capítulos de que se compone habitualmente este género de ensayos—El Hombre; sus ideas—, él no puede concebir más que el primero. La ideocracia es la más terrible de las dictaduras que él haya tratado de derribar. Mejor vale—en el estudio de un hombre—conceder un capítulo a sus palabras que a sus ideas. El hombre, ¿no es el estilo? “Los sentidos—ha dicho Pascal antes de Buffon—reciben de las palabras su dignidad en vez de concedérsela.” Unamuno no tiene ideas; él es las ideas que las de los otros llegan a ser en él; al azar, tal como se encuentra con ellas; al azar de esos paseos por Salamanca, donde encuentra a Cervantes y Fray Luis de León; al azar de esos viajes espirituales que le conducen a Port Royal, a Atenas o a Copenhague, patria de Søren Kierkegaard; al azar de ese viaje real que le llevó a París, donde se mezcló inocentemente y sin asombrarse jamás, a nuestro Carnaval.

Esta ausencia de ideas con este perpetuo monólogo donde todas las ideas del mundo se juntan para convertirse en problema personal, pasión viva, prueba que quema, patético egoísmo, no ha dejado de sorprender a los franceses, grandes amigos de las conversaciones o cambios de ideas, sabia dialéctica tras la cual está convenido que la inquietud individual se velará limpiamente hasta olvidarse de sí misma y perderse, también, grandes amigos de las entrevistas y las encuestas por las cuales el espíritu cede a las sugerencias de un periodista, el cual conoce bien a su público y sabe los problemas generales y actuales a los cuales hay necesariamente que dar una respuesta, los puntos sobre los cuales es oportuno hacer nacer el escándalo, aquellos otros contrarios que exigen una solución conciliadora. Pero, ¿qué tiene que ver con esto el soliloquio de un viejo español que no quiere morir?

En la marcha de nuestra especie se produce una perpetua y entristecedora degradación de energía, toda generación se desarrolla con una pérdida más o menos constante del sentido humano del absoluto humano. Solos, algunos individuos se asombran porque en su avaricia terrible no quieren perder nada, sino más aún, ganarlo todo. Es la preocupación de Pascal, que no puede comprender que uno se distraiga de ello. Es el cuidado de los grandes españoles para quienes las ideas y todo lo que puede constituir una economía provisional—moral o política—no tiene ningún interés; ellos no tienen más que la economía de lo individual que nace de lo eterno. Y, para Unamuno, hacer política es también salvarse. Es defender su persona, afirmarla, hacerla entrar para siempre en la historia. No es asegurar el triunfo de una doctrina o un partido, acrecentar el territorio nacional o derribar un orden social. También Unamuno hace política, pero no puede entenderse con ningún político. Los decepciona a todos y sus polémicas se pierden en la confusión porque es consigo mismo con quien polemiza. El Rey, el dictador... de buena gana los haría personajes de su escena interior. Como ha hecho con el Hombre-Kant o con Don Quijote.

Así, Unamuno, se encuentra con sus contemporáneos en una continua incompreensión. Político para quien las fórmulas de interés general no representan nada; novelista y dramaturgo que hace palidecer a todo lo que se puede contar sobre la observación de la realidad y del fuego de las pasiones; poeta que no conoce ningún ideal de belleza soberana,

Unamuno, feroz y sin generosidad, ignora todos los sistemas, todos los principios, todo lo que es exterior y objetivo. Su pensamiento, como el de Nietzsche, es impotente para expresarse bajo la forma discursiva. Sin llegar a amontonarse en aforismos y forjarse a martillazos, es como el del poeta filósofo, ocasional y sujeto a las acciones más diversas. Sólo lo determina el acontecimiento personal, necesita un excitante y una resistencia, es un pensamiento esencialmente exegético. Unamuno, que no tiene una doctrina suya, sólo ha escrito libros de comentarios: comentarios a Don Quijote, comentarios al Cristo de Velázquez, comentarios a las golondrinas de Bécquer, comentarios a los discursos de Primo de Rivera. Sobre todo, comentarios a todas esas cosas, en tanto que ellas afectaban a la integridad de D. Miguel de Unamuno, su conservación, su vida terrestre y futura.

Del mismo modo, Unamuno poeta, es completamente poeta de circunstancia—en el sentido más vasto de la palabra—. Siempre canta alguna cosa. La poesía no es para él ese ideal de sí mismo, como podría ser nutrido por un Góngora. Tormentoso y bravo como un prosopopeo del Renacimiento, Unamuno experimenta a veces la necesidad de clamar bajo forma lírica sus recuerdos de infancia, su fe, sus esperanzas, los dolores de su destierro. El arte de los versos no es para él una ocasión de abandonarse. Es, al contrario, una ocasión—más alta solamente y más necesaria—de afirmarse y recogerse. En las vastas perspectivas de esta poesía oratoria, dura, robusta y romántica, él es el mismo, más potentemente aún y del todo dichoso por este triunfo más difícil que él ejerce sobre la materia verbal y sobre el tiempo.

Habiendo apartado de Unamuno todo lo que no es él mismo, coloquémonos en el centro de su resistencia; el hombre aparece, formado, dibujado en toda su realidad física. Marcha derecho llevando consigo adonde quiera vaya, adonde quiera pasee—sobre esta hermosa plaza barroca y toda dorada de Salamanca, o en las calles de París, o en los caminos del país vasco a lo largo de la frontera de la patria perdida—su inagotable monólogo, siempre el mismo, a pesar de la riqueza de sus variantes. Es completamente de la raza de Kierkegaard, de Brand, de Ibsen, del P. Loyson, de todos esos feroces pastores irreductibles a todo lo que no es su dolorosa verdad, su sed de dolor y de verdad; con ellos depende de ese mundo ideal que el Protestantismo hubiese podido representar si hubiese guardado su sentido de protesta, si hubiese caído en otras manos que las de los rutinarios, si hubiera sido lo que hubiera debido ser, la religión del individuo y no el código de la secta. Nervioso, esbelto, vestido con lo que él llama su uniforme civil, la cabeza firme sobre hombros que no han podido jamás—ni aun en tiempo de nieve—soportar un abrigo, Don Miguel va siempre delante de sí, indiferente a la calidad de sus auditores, siguiendo así el ejemplo de su maestro que discurría ante los pastores como ante los duques, y persigue el trágico juego verbal, por el cual—eso aparte—no es engañado. ¿Todo ese conceptismo, esos juegos filológicos lo expresarán, lo prolongarán más? Con Unamuno tocamos el fondo del nihilismo español. Comprendemos que este mundo depende en tal modo del sueño, que no merece siquiera ser soñado bajo una forma sistemática. Y si los filósofos se han

aventurado a ello, es sin duda por exceso de candor. Han sido cazados en su propia trampa. No han visto la parte de ellos mismos, la parte de sueño personal que ponían en su esfuerzo. Unamuno, más lúcido, se ve obligado a pararse en todo momento para contradecirse y negarse. Porque él muere constantemente.

Pero ¿por qué los azares y las concordancias del mundo habrían producido este accidente: Miguel de Unamuno, sino

para que dure y se eternice? Y suspendido entre el polo de la nada y el de la permanencia, continúa sufriendo este combate de su existencia cotidiana, donde el menor acontecimiento reviste la importancia más trágica; ninguno de sus gestos puede someterse a este ordenamiento objetivo, y establecido por el cual regulamos los nuestros. Los suyos están en dependencia de un deseo más alto; los incorpora a su deseo de permanecer.

Unamuno e Italia

Por Giovanni Papini

El último, el más afortunado y profundo entre los exégetas de Don Quijote es Miguel de Unamuno. Este hombre es el único entre sus coterráneos contemporáneos que haya conseguido atravesar con su fama el Mediterráneo y que haya hecho un cierto rumor en Italia... Dejando a un lado la pura literatura, es el espíritu más representativo en la España de hoy. El es para su país algo semejante a lo que fué Carlyle para Inglaterra y Fichte para Alemania.

Su actividad de apóstol espiritual, que se ha desarrollado después de las amarguras y los envilecimientos de la derrota americana, tiene alguna relación con la de los dos animadores germánicos. El busca, como Fichte, de resucitar con una fuerte disciplina moral asidua las tradiciones más intactas de la pasada existencia ibérica, los ánimos demolidos de sus conciudadanos, y se vale, como Carlyle, de la lírica para que su pueblo, que no tuvo filosofía propia y que de tanto tiempo está al margen de las modernas corrientes europeas, vuelva a encontrar en el idealismo moderno nuevas razones de vida más intensa y de grandeza más pura.

Este comentario a la obra maestra de su literatura es el más animoso mensaje de su apostolado nacional.

Don Quijote resucita allí en una atmósfera de espiritualidad, en un mundo de conceptos típicos y místicos; pero esta atmósfera, este mundo, son rígida-

mente españoles... En este libro vive un Don Quijote ideal, idealizado, transfigurado, que tiene con el de Cervantes la única concordancia de los ideales exteriores; pero tal vivificación magnífica no es hecha por un filósofo extranjero y cosmopolita que vea en el santo caballero solamente ideas abstractas y universales creadas para todo tiempo, para todo país y para todo cerebro, sino de un poeta filósofo místico español, nacido en la misma tierra que su héroe, cristiano como él, loco como él, y que escudriña en la esencia del quijotismo la verdadera puerta principal para entrar en el alma misma de su patria.

Sin embargo, esta obra no es solamente el comentario apasionado a una obra maestra, sino es al mismo tiempo el ensayo de una psicología de la raza española en sus más sublimes momentos. Unamuno no ve su Don Quijote tan solitario como podía imaginarse un extranjero. No es un loco, no es un anormal, no es un aislado. Como todos los biógrafos, Unamuno pone en parangón a su héroe con otros héroes que se llaman el Cid, Santa Teresa, Pizarro, Ignacio de Loyola... hasta la sombra del Crucifijo.

El Don Quijote de Unamuno es profundo. No es monócodo, no tiene un carácter sólo, no encarna una idea fija. El vasco trata al manchego como una auténtica personalidad histórica, como un santo laico del que Cervantes habría sido el único e imperfecto evangelista.

Unamuno e Inglaterra

Por Aubrey F. G. Bell

La mayor parte de su obra, particularmente de ensayos, es sobremanera estimulante, suscitadora de ideas. Ella tiene un vigor que no es en absoluto latino. Unamuno ha logrado, sólo por fuerza de su personalidad, hacer de su prosa un instrumento personal, eficaz. El valor esencial de su obra no es su calidad estética, tampoco su pensamiento, sino su poder de atracción y repulsión, de colocar al lector en circunstancias que le hagan decidir por sí mismo. Y este elemento de libertad es en extremo grato en una época como la nuestra, en que la educación tiende cada vez más a reducir a los hombres a una uniformidad de superficie, como perros de agua pelados por la misma tijera. En medio de esta uniformidad, Unamuno procura sonar y aguijonear con paradojas el espíritu de los demás, lo cual es una operación dolorosa, pero sana. El quiere y comprende a España y Castilla, y aunque la base de muchas de sus ideas, o, lo que es lo mismo, el punto de partida de ellas, es de origen extranjero, y aunque Unamuno haya leído todas las literaturas de Europa actuales y de otro tiempo, especialmente la inglesa, es cierto que Unamuno es esencialmente

español, podría decirse ibero, y su mente, sobremanera original.

Con su energía, con su penetración y sutileza, con su gran persistencia, Unamuno hubiera podido sobresalir en un género literario. Pero especializándose hubiera dejado de mostrarse en su integridad. Tal cual es, siempre se ha reservado una curiosidad activa bajo su erudición, y sus voraces lecturas no han mellado, antes bien, han afilado su apetito por saber. Incansable en excursiones a través de todo el pensamiento moderno y antiguo—como también por los más apartados lugares de España—, él ha enriquecido su personalidad, poniéndose sin reservas a recibir ideas e impresiones. De este modo, Unamuno se levanta cada día con la frente en blanco, capaz de recibir todas las sugerencias, y no podemos esperar de él ninguna obra sistemática, ni en idea ni en filosofía. “Siempre he creído que lo importante no es saber cosas deprisa, sino saberlas bien”, dice Unamuno. Un sentimiento éste muy español, que va en contra de la civilización moderna. Pero la inteligencia penetrante de Miguel de Unamuno coge la esencia de una cosa y sigue inmediatamente hacia otra, sin tiempo de ordenar, comparar, clasificar o edificar.

AMERICA Y UNAMUNO

Una opinión

Unamuno es, según mi opinión, un poeta. Un poeta, un fuerte poeta. Su misma técnica es mi agrado. Para expresarse así hay que saber mucha armonía y mucho contrapunto. Lo que parece claudicación es uso de sabio procedimiento.

Y notar que entre esos poemas que parecen recitados de súbito entre aplicación rara, consciente versolibrismo, suelen brotar profundos y melódicos sonos de órgano que habrían regocijado al Salmista. Eso es lo que más gusto en él, sus efusiones, sus escapadas jaculatorias hacia lo sagrado de la eternidad.

RUBÉN DARÍO

Sucinta apreciación de Unamuno

I

ESTIRPE DEL PERSONAJE

Lo primero que debemos hacer al hablar de un pensador de acción social intensa es identificarlo, filiario, conocerlo en cuanto hombre y en cuanto espíritu, en relación con su país y con su misma familia universal de espíritus.

¿Qué puesto ocupa Unamuno en su país? ¿Qué relación de humanidad y de sentir tiene con otras figuras universales?

Creo a Unamuno—al revolucionario Unamuno—dentro de la tradición de España, de la conservadora España, campeón histórico de muchas malas causas.

Ahora falta saber de qué tradición. Salta a la vista que no será de la tradición de Torquemada y Felipe II. Pero es que al lado de esa tradición caudalosa de retardatarios, absolutistas, teócratas y perseguidores—que imprime desgraciadamente carácter histórico a España—existe otra, minoritaria, oscurecida, sacrificada; una tradición de grandes hombres, víctima de los grandes lobos.

Esos hombres son ahora honor de España, después de haber sido sus víctimas. Después de haber sido devorados, en una u otra forma por el medio social en que vivieron, en que lucharon, y que no pudieron variar.

A esa egregia minoría pertenece, por ejemplo, Vitoria, precursor de Grocio: aquel español buscaba legitimar el derecho que tienen los perseguidos a no serlo, y también buscó una regla moral para que a ella se atuvieran en sus relaciones los hombres con los hombres y los Estados con los Estados.

Si Vitoria pertenece en Derecho a esa minoría, también pertenecen a ella, en Literatura, Cervantes; en Mística, Santa Teresa, y en Filantropía, Bartolomé de las Casas. De Cervantes no hay que hablar: todos conocemos o adivinamos su enorme drama ("con la Iglesia topamos, amigo Sancho"), tan bien comprendido por el más puntual de sus biógrafos críticos: D. Américo Castro. Santa Teresa tuvo, como Unamuno, la gran virtud de la sinceridad, el arrebatado del pasional y la audacia de poner su sensibilidad enfermiza y su idealismo práctico por encima de la religión oficial e hipócrita, el catolicismo formulista y bajamente pragmático. En cuanto a Las Casas, fué un San Francisco de sangre española. Es decir, un hombre traspasado de amor por los humildes; pero que en vez de ser manso contemplativo o benefactor pacífico, fué luchador empedernido en favor de los débiles.

Esa tradición española—que pudiera enriquecerse con algunos nombres de Ciencia y muchos nombres políticos—entraña con la tradición universal de próceres del pensamiento y de la acción, ennoblecedora de la especie humana. A esa tradición no la limitan patrias ni fronteras: a ella pertenece la flor del género humano, desde Sócrates y Jesucristo hasta Guillermo Tell, Bolívar, Karl Marx y el hindú Ghandi.

A esa estirpe clara pertenece el español Miguel de Unamuno.

II

CARACTER DE LA OBRA

Si estudiamos las obras de Unamuno advertimos que no son únicamente libros buenos desde el punto de vista de la Literatura, sino que son también buenas acciones.

Al leerlos advertimos que no se trata de un retórico, sino de un hombre, y lo que es más: de un alma.

En su glosa a la *Vida de Don Quijote* lo vemos preocupado por el idealismo del héroe y por esta lección de su vida: la bondad conduce al ridículo; pero hay que ser buenos. Ser bueno es ser grande.

En su drama *Todo un hombre*, el título es ya revelador. El autor coloca la entereza humana por encima de todo. Asigna a la hombría lo que es de ella: no el desplante, no la fanfarronería, sino una ciega confianza en sí, un absoluto desdén por todo, principalmente por las preocupaciones de la estulticia. Un hombre es un ser libre. Un hombre, un hombre verdadero, debe ser superior a todo, incluso a la vida, incluso a la muerte. Filosofía de estirpe senequiana. Sólo que Séneca se contentó con imaginar la doctrina. El héroe de Unamuno y Unamuno mismo, la viven.

En *El sentimiento trágico de la vida*, sorprendemos el secreto y el drama de su espíritu: la inconformidad con la vida, el ansia de eternidad.

Esta obra obliga a considerar a Unamuno en cuanto filósofo. Más que lo que llamamos filósofo, es un pensador. La filosofía está en Unamuno como la religión en Jesús: en lo íntimo de su espíritu. Las hibles doctrinas de Jesús, que se saca del alma aquella naturaleza de excepción, son muy otras que la teología de los doctores.

Así Unamuno y los filósofos.

Su pensamiento ha corrido siempre ágil, espontáneo, como el potro joven en la pampa materna. La ciencia, como el arnés al potro, ha podido engalanarlo, no prestarle condiciones innatas en él. No vive de ideologías, vive de alma; no vive de glosas y coincidencias sistemáticas, vive de medula propia de la propia sustancia. Parece que su espíritu—en el fondo religioso—haya dicho, como Jesús: "dar, vale más que aceptar".

III

ACCION POLITICA

Un inconforme con la vida, y además con cierto fondo senequista—que lo obliga a sentirse hombre aun en medio de las mayores calamidades—y además cristiano, con el cristianismo del Jesús que echó del templo a los mercaderes, y además con temperamento de buen ciudadano—que lo induce al bien de la República—, y además con suficiente voluntad para arrostrarlo todo, es, naturalmente, un elemento peligroso en una sociedad corrompida o injusta, en un Estado tiránico.

Tal sujeto, desnudo de pavor, lleno de un sentimiento de dignidad humana y con desdén insigne por cuanto no sea bueno y verdadero, debe inspirar mucho respeto y algún temor. Hombre así lleva una tea encendida y busca anheloso el polvorín.

Y, sin embargo, los hombres de la usurpación han perseguido al hombre del Derecho; los migueletes a D. Miguel.

Los que han perseguido a Unamuno, botarates de ciento en libra, ignoraban el peligro a que se expusieron. Antes de haber abierto los inútiles paraguas bajo la lluvia de flechas y de generosas iras, ¿han pensado a quién hostigaban? Los besugos no piensan. Bueno será que alguien piense por ellos, y les diga: hombres como Unamuno deben ser, por muchas razones, mayormente por espíritu de conservación, sagrados.

Si existieran en una sociedad injusta muchos audaces inconformes de semejante calibre, o mejora la injusta sociedad o salta en astillas.

Esa es la acción social que corresponde, en momentos críticos, a hombres como a Unamuno.

no. Y Unamuno luce hasta esa gloria: no ha defraudado a la comunidad, en lo que la comunidad tenía derecho a esperar de él. Supo, llegado el momento, obedecer a su destino de perseguido y de reformador. O, en otros términos: de mártir y de libertador.

IV

RESUMEN, O COMPRIMIDO DEL PERSONAJE

No resulta fácil juzgar de prisa, por encargo y en breves líneas a un personaje como don Miguel de Unamuno, cuyos estudios y cuyas enseñanzas han tomado direcciones múltiples. Más fácil sería considerarlo, por algunas de sus facetas, no ya en breves líneas, sino en brevísimas palabras. Sin razonar el juicio, afirmándolo en sentencias.

Así podemos decir:

Unamuno, político, es un gran ciudadano. En momentos aflictivos para la República ha sabido ejemplarizar con su viril ciudadanía.

Literato, es un escritor paradójico, inarmónico, arrebatado, sincero, de mucha fuerza expresiva.

Pensador, un alma preocupada de eternidad: la vida como preparación para la muerte, la muerte como continuación de la vida. Todo sancionado por la propia conciencia, exigente, vigilante. Y en fin de fines, la conciencia máxima: Dios.

Maestro—y no sólo de latín y de griego—, Maestro, y no sólo profesor, ha enseñado siempre, aun sin proponérselo. Se saca las perlas del alma, no las extrae paciente (como tantos otros) de libros extranjeros, limitándose a montarlas al aire en una retórica de filigrana.

Hombre, perfecta persona de bien, ajeno a toda envidia. Seguro de su fuerza, busca a sus pares y no el vano cortejo de intensos discípulos disciplinados. Varón apostólico, de carácter diamantino, con la boca llena de verdades y con una vida clara vivida en casa de cristal. Hasta en su figura física es grande. Hasta su barba es blanca, pura. Hasta sus ojos fosforescen, ya en los umbrales de su augusta ancianidad. ¡Hombre oceánico! Por su hondura, por sus tempestades, por su belleza, por sus perlas, el mar.

R. BLANCO-FOMBONA

Norteamérica: Visión de John dos Passos

Miguel de Unamuno vive ahora en Hendaya, desterrado. No sabe uno si en España o en cualquier otra parte la libertad académica será un hecho más efectivo que cuando Giner de los Ríos y sus amigos defendieron sus derechos, hace cincuenta años. Su valentía y los incidentes de la opresión política han aislado a Unamuno, dejándole como último y mayor representante de la generación del 98. Su vida es el mejor ejemplo del nuevo quiotismo que enseña. Un vaso en la tierra de Loyola es, en muchos sentidos, el reverso de Giner, que era austero como el caminante que no come ni bebe demasiado para que el camino sea más largo y más placentero, mientras que Unamuno es austero religioso y místicamente. Giner de los Ríos era el campeón de la vida; Unamuno es el campeón de la muerte. He aquí su credo, uno de sus credos, tomado del prefacio de su *Vida de Don Quijote y Sancho*:

Es el valor que más falta nos hace: el de afrontar el ridículo. El ridículo es el arma que manejan todos los miserables bachilleres, barberos, curas, canónigos y duques que guardan escondido el sepulcro del Caballero de la Locura. Caballero que hizo reír a todo el mundo; pero que nunca soltó un chiste. Tenía el alma demasiado grande para pa- rir chistes. Hizo reír con su seriedad.

Empieza, pues, amigo, a hacer de Pedro el Ermitaño y llama a las gentes que se te unan, se nos unan, y vayamos todos a rescatar ese sepulcro, que no sabemos dónde está. La cruzada misma nos revelará el sagrado lugar.

... ¡Poneos en marcha! ¡Qué adónde vamos! La estrella lo dirá: ¡al sepulcro! ¡Que vamos a hacer en el camino, mientras marchamos? ¡Qué? ¡Luchar! Luchar, ¿cómo?

¿Cómo? ¡Tropezáis con uno que miente? ¡gritadle a la cara: ¡Mentira! ¡y adelante! ¡Tropezáis con uno que dice tonterías, a quien oye toda una muchedumbre con la boca abierta? ¡gritadles: ¡Eso es túpido! ¡y adelante! ¡Adelante siempre!

En lugar de los racionalistas y humanistas del Norte, los ídolos de Unamuno son los místicos, los santos, los sensuales, los místicos de Castilla, hombres duros y fanáticos que marchaban con Dios: Loyola, Torquemada, Pizarro, Narváez; que luchaban con látigos y tornillos y que habrían la muerte ávidamente como un encabezado. Se entusiasma con la amorosa locura del misticismo de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. Su religión es paradójica, desazonable, de fe sola, llena de furiosas ansias de vida futura. Su estilo es, tiene que serlo, precipitado, pero, redundante, lleno de frases rotundas, formidables. Hay una vigorosa y clásica insistencia sobre sus dogmas, que hacen sus ensayos inolvidables hasta para quien es tan violentamente opuesto como yo a su ascetismo y a su culto de la muerte. Hay una furia anárquica a su clamar en el desierto, que resaca a muchos hombres de las "ollas de carne" y de las cuerdas de presos.

En el ábside de la catedral vieja de Salamanca hay un fresco del Juicio Final, obra tal vez del pintor castellano de Gallegos. Sobre el retablo, en fondo negro, una imponente figura del ángel vespertino blande una espada; detrás de él se desenrolla el pergamino del *Dies Irae* insidiando una baráunda de gordiflones hombres rotundos que precipita en el espasmo del juicio bajo sus pies. En su libro *El sentimiento trágico de la vida* y en su *Vida de Don Quijote y Sancho* ve uno a veces a este mismo ángel blandir su espada. No por nada vivió Unamuno largo tiempo en la enmohecida y azafanada ciudad de Salamanca, en medio de desnudas colinas rojas que se enarcan contra un enorme cielo plano, en el cual las nubes parecen moles de granito, como unas tedrales flotantes, tan sólidas son, tan pesadas, tan siniestras. Una tierra en la que la aridez y el soplo del viento frío y el latigazo del vino fuerte han hecho a los cerebros crecer, enraizarse en la vida; una tierra donde las nubes han sido pisoteadas por los coléricos pies del ángel exterminador. Un Patmos para el nuevo Apocalipsis. Unamuno ataca con tanta y porfiadamente a los que clamaban por la modernización, por la europeización de la vida española y del pensamiento español: es el contrapeso de los que suspiran por el Norte, de los apóstolos de Giner de los Ríos.

El árbol típico de Castilla es la encina; árbol, por lo general, de poca altura que tiene un denso follaje azulado y tronco nervudo, nudoso y retorcido; es siempre separado de los otros y en líneas secas. Por los caminos tropieza con hombres flacos de manos nudosas, caras morenas curtidas por el sol, parecen hermanos de las encinas de la tierra. El pensamiento de Unamuno, fático, solitario, retorcido, forjado a matillazos con frases violentas, fuerte como la encina, retorcido como la encina, hermano de los caminantes y de las encinas de Castilla.

Unamuno, orador

No es por cierto Unamuno orador a la manera clásica española. Sobrio, justo, sereno, aunque no falto del arranque y la acoetividad que le caracteriza cuando el período lo requiere, lleva el ánimo del oyente, en forma llena de atractivos, pintoresca y hasta humorística, la convicción de que es dueño. Jugoso, pleno de ideas, dominando en absoluto el tema, no le falla una sola cláusula del discurso construido con arte, en un verdadero arte, desdeñoso de la retórica. Unamuno, en la cumbre de la vida, en la plenitud de su variado y coloreado talento, con el dominio completo de sus facultades y con la autoridad y el prestigio de toda una vida de estudio y de combatiente, es hoy una de las figuras más ponderadas y eficientes de la España pensante.

Así lo he visto, así lo he sentido, así lo han sentido todos los que han escuchado su palabra de orador nuevo, durante hora y media de discurso, sin experimentar un solo instante de sensuag.

Y digo nuevo, porque por ahí, por ese camino, por el de la sobriedad, el arte y las ideas, que debe ir, irá seguramente la oratoria, si es que ella ha de seguir figurando como una fuerza alternativa en la esfera del pensamiento.

Voz, figura, gesto y hasta cierta adustez aparente que yo llamaría austeridad, todo lo tiene este orador que en un momento solemne ha salido, lleno, hasta el sentimiento mismo de su pueblo.

ALBERTO GHIRALDO

LOS HEBREOS Y UNAMUNO

"Verbo" de la España semita

Miguel de Unamuno Yugo, hombre instelante que se define callándose, *Hombre* no mayúscula, Cristo peninsular, pulso del ver España. Un segundo apellido de inde el erto origen sefardí o morisco, una gran Iraciosidad de profeta bíblico, un rostro mbresprofundo que recuerda al desierto..., mu-el espasmos lazos atan a la España semita la el senadura de Unamuno—¿por qué no San su Unamuno?—, evocadora de truenos y a veerandes alas.

espada Unamuno es un esfuerzo hacia la uni-go tierad—eterno anhelo del mundo mágico—da del salta sobre las contradicciones de desma y cuerpo, progreso y reacción, ma- conterialista y romántico, civilización y bar-las marie, pesimismo y optimismo. El afir-mo caa una tercera dirección que acepta el tan polor como necesario transformándolo en a fuerza motriz, fuerza que no desdeña rírio y fuerza divina ni la busca en la abs-no a lación, que sabiéndolo todo perecede-vida lo e irreal—sombra, niebla, sueño—goza nan síe la apariencia fugitiva sabiendo que del ada minuto de goce o de dolor puede para er el último y debe aprovecharse—el ca comee sólo nace del dolor porque sólo por clam dolor "se siente" el cuerpo. ¿No es

La crianza del hijo

del

Dr. César Juarros

El libro que deben leer todos los padres para dar a sus hijos una educación integral ponerlos en condiciones de triunfar definitivamente en la vida.

6 PESETAS

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)
Príncipe de Vergara, 42 y 44
MADRID

todo esto la esencia de lo Jondo, síntesis andaluza y morisca del más puro semitismo?

Leer a Unamuno inquieta y calma como mirar al mar que es siempre el mismo espectáculo, monótono, pero hechicero a la vez. Mirar al mar calma y lava el espíritu, cambiando el deseo de pensar para ser por la necesidad de ser para pensar, descubriendo el Universo que llevamos dentro. Sólo llegamos a saber que somos cuando previamente hemos sabido dejar de ser, porque la renuncia no es posible si no hay algo a que renunciar, si no se sabe que se renuncia, poder saber que se puede ser y no ser para llegar a ser. Unamuno es un gran acontecimiento biológico; las sensaciones y las palabras se suceden en él encadenadas como los "genes" en la especie. Muere para vivir y para morir, vive para crear la vida y la muerte, el dolor de la vida y el poder genésico de la Nada. Su renunciamento se dispara como una flecha y se convierte en movimiento encadenado, sinusoide, en lucha por ser lo que se es.

Y el encadenamiento es la base de toda la acción árabe—el arabesco compuesto siempre de rectas, las Mil y una Noches, la sucesión de los patios en los palacios, las caravanas, la música serpentiforme, la idea de la persistencia en la perfección, opuesta al mito europeo del progreso—. Árabe es también su apogeo del valor "Hombre". Árabe es su auto-negación constante, y los motivos predilectos de sus afanes son los motivos esenciales del cante jondo. Pero también es judío por su afán de unidad y su fría visión descarnada de la realidad, visión de hombre agotado sobre las sutilezas del Talmud, inquietud constante de hombre del ghetto perseguido por su yo. En todo caso la vida que él siente y describe es algo fluvial, escurridizo, rápido, silencioso. Fatalismo del agua que siempre corre y no es siempre la misma, nuestro yo de ahora que no es el de ayer ni el de mañana, pero que es el de nuestros antepasados y descendientes sin dejar de ser el nuestro de hoy, mañana y ayer. Toda esta constante conjugación del verbo ser surge al exterior con la elocuencia inimitable de los grandes espacios vacíos. Unamuno nombra las cosas con la intención de capturar su fuerza mágica poniéndoles nombre. El mundo como totem. Igual que en El Cairo musulmán o el ghetto rabínico de Moscú.

GIL BENUMEYA

felicitate
con
libros.

Unamuno y Rusia

Se le esperaba en Moscú para el centenario de Tolstoi. Su personalidad era no sólo bien familiar a los escritores, que a través de las traducciones al francés y al alemán habían descubierto en

él a "uno de los más grandes espíritus de nuestro tiempo y de todos los tiempos"—según frase de Máximo Gorki—, sino también a las grandes masas, orientadas por la prensa soviética sobre su odisea ciudadana desde la partida para Fuerteventura a su prolongada estancia en Hendaya. Se le esperaba ansiosamente, aun conociendo algunos su hostilidad temperamental irremediable a un régimen que coloca lo colectivo por encima de la individualidad y de la persona. Su figura atraía con singular tentación al proyectarla imaginativamente sobre el panorama único de Yasnai Poliana. Era fácil representarse allí, más que en la biblioteca, tocado por la curiosidad que a otros invitados invadiera de saber cuál era el último libro que leyera Tolstoi—y en el pequeño atril del cuarto de trabajo está, abierto, un libro de Dostoievski—, en plena naturaleza, hacia el sitio elegido para descansar por aquél que aun yaciente no quería entre él y el horizonte lejano nada que se interpusiese. Yasnai Poliana se lo perdió. Faltó Unamuno en el conmovedor atardecer de septiembre, mojados los jardines por la lluvia pertinaz y bajo ella, en interminable desfile, centenares de campesinos que de todas partes venían a honrar al gran atormentado y a dejar a veces junto a la tumba una flor. Yasnai Poliana tendría a estas horas el mejor comentario lírico de su día de conmemoración.

Desde entonces—otoño de 1928—Unamuno ha comenzado a ser traducido en forma ordenada al ruso. Igual que en Alemania, donde ha tenido y tiene por traductor al traductor de Gogol y de Dostoievski, a Otto Buek, uno de los pocos hombres capaces de conversar en versión a otra lengua toda la pasión y la fuerza de su estilo, en Rusia ha caído también en excelentes manos. Abraham Markovitch Efros, uno de los poetas y ensayistas más sutiles de la Rusia actual es quien ha puesto en el idioma de Puchkin las "tres novelas ejemplares". La crítica las ha recibido con entusiasmo parecido al que las obras de Unamuno han suscitado en Alemania, donde su aparición fué como una llamarada en el fondo, por lo general apagado y monótono, de la producción contemporánea.

JULIO ALVAREZ DEL VAYO

LA GACETA LITERARIA

APARTADO 33

MADRID

La primera en el pecho

Cuando algún teólogo del ateísmo fariseo, como P. L. Gouchoud, editó accidentalmente a Unamuno, cuidóse, ante todo, de advertir que se trataba de un católico. Era necesario evitar al lector posibles contaminaciones. Por su parte, hay bien pocos católicos que cuando hablan de Unamuno dejen de señalar su heterodoxia y prueben la autenticidad de su entrañable torcedor religioso. Pocos hay que se arriesguen hasta las almas en atormentada rebeldía; y muchos los invocados por San Juan de la Cruz, en su "no pienses que porque en aquél no relucen las virtudes que tú piensas, no será precioso delante de Dios por lo que tú no piensas".

Al entrar en su tierra, se persigna Unamuno, infiriendo una cruz en el barro; fragante, que está labrando Macho. Y no la hace en la frente; ni tampoco en los labios. La ha trazado en el pecho, porque en el pecho alienta el impetu frenético de su pensamiento. ¡Cruzado el corazón que se interpone al cerebro! "Kant reconstruyó con el corazón lo que con la cabeza había abatido", piensa Unamuno.

Pero tampoco la verán, como no vieron la otra cruz que erigió, antes de partir, a la mayor indiferencia de sus apasionados. La cara que ahora da es de una cruz que—solo—le sostenía—siempre—por la espalda: el "leño de la cruz"...

que lleva en vilo su temblor sonoro,

y que, sirviendo de estructura a su lirismo, le era férvido soporte:

Sólo la cruz respaldo, el tronco errante

Santo madero en que navega el alma,
tendida entre las dos eternidades.

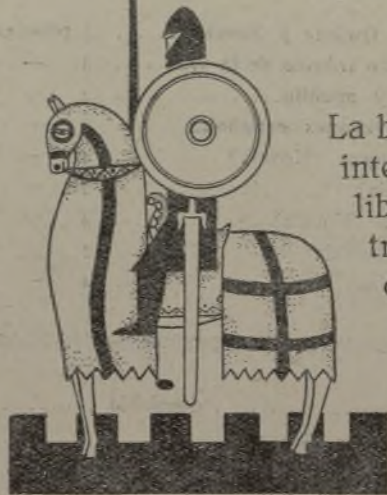
Para Unamuno, es la cruz esa firme palanca con que el hombre de fe traslada el universo de las montañas..., y es el corazón su punto de apoyo. Los que no vieron en su "Don Quijote" al caballero cristiano, crucificado en aspa, habrán de evidenciar ahora el patetismo de un fervor, encrucijado entre pecho y espalda, de un afán oprimido por el divino sambenito de una fe, en doloroso escapulario, de la cual han brotado—en carne y hueso—los arduos endecasílabos de su imponente "Cristo de Velázquez".

ANTONIO MARICHALAR

Mío Cid Campeador

por VICENTE HUIDOBRO

Ilustraciones de ONTAÑÓN



La biografía del Cid relatada con el interés de una auténtica novela. El libro que recoge con mano maestra todo el sentido de una época de la historia de España. El libro del Cid Campeador. La más moderna versión de esta figura histórica.

15 pesetas

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.)
Príncipe de Vergara, 42 y 44. - Madrid

La Gaceta Literaria

A MIGUEL DE UNAMUNO

Pura, como es la nieve
que la frente crestona de alta cima;
así, señora, yergues
la tuya ante el enigma,
de infinito y de humano, pensativa.

Con alentar gigante,
de Titán que en divino forcejeo,
porfiara en arrancarle,
la cifra de lo Eterno
a las heladas cumbres del misterio.

¡Divino gesto humano!
¡Más fácil a la hormiga es la alta sierra
y al más débil gusano,
cima de la miseria,
llegar a las entrañas del Planeta!

Caminas agrias sendas
por serrijos, alcores y barrancas,
pastor de tus ovejas,
en el mirar cuajada
tu fe, de Nazareno, en un mañana.

Ante el dolor, con brio
te acreces, como llama al dulce viento.
Sólo en anhelo místico,
ante el cáliz de duelo,
pides que sea de vida el sufrimiento.

Y de amarilla envidia,
a través de marchitas parameras,
con sangre de tu vida,
vas hilando veredas,
en escalar de cumbres, hacia estrellas.

Entre el atormentado
hervor de las codicias, con tu ejemplo,
tornas a cauce, amargo,
humano desaliento

y haces que presto cruce pasajero.
Turbio rencor, nos quiso
en equino tropel, turbar con cieno,
las linfas de ese río
divino de tu verbo,
que mana de alta sierra, en roca y cielo.

¡En vano! A ti no llega
el salpicar del fango en que se agita.
Ante la absorta bestia,
canta hoy eternidad
tu inaccesible, a él, sabiduría.

Hay muerte que da vida.
En la de ayer cenisa, hoy recia llama
por milagro prendida,
se está forjando el arma,
y la sed de laurel y heroica hasaña.

Llévanos al combate
de tu mano, Profeta, recio Ibero;
a Humanidad lograrle

ese mañana ensueño
suspirado de nieve y dulce anhelo.

Ya por nuevos caminos
de Libertad y Amor; por sendas claras:
puros, bellos, henchidos
de la suprema gracia,
en un divino goce que no acaba.

Y cima de este cielo:
¡Que sublime hermandad que al alma anega,
nos mantenga en el pecho,
viva, siempre, esa hoguera,
ansia de humano amor que te requema!

MIGUEL PEREZ MARTOS

LEA USTED EL TEATRO DE AZORIN

Acaban de ponerse a la venta:

OLD SPAIN BRANDY, MUCHO BRANDY COMEDIA DEL ARTE

Un volumen, 5 pesetas.

Renacimiento, Compañía Ibero-Americana
de Publicaciones (S. A.).—Príncipe de Ver-
gara, 42 y 44.

En carne y hueso

No sé decir nada mejor sobre Unamuno y su vuelta a España que lo que de reciente he oído a un estudiante turbulento, concretando el clamor con que el público asistente al estreno de Sombras de sueño en Valladolid acompañaba del teatro a su hospedaje al ilustre reintegrado. Se habían dado muchos mueras, que el propio D. Miguel quiso interpretar y disculpar públicamente, atribuyéndolos no a la persona a quien iban dirigidos, sino al símbolo en ella encarnado. El estudiante en cuestión, gritó entonces a voz en cuello: ¡Viva Unamuno en carne y hueso!

C. RIVAS CHERIF

SALUDO A DOS AIRES A D. MIGUEL DE UNAMUNO

Maestro:

Ahora que el viento se ha subido a los ángeles
y un banderín rojo es un alma recreándose en
el fuego y el mar vienen de prisa por su es-

Ahora que se ha cruzado el sol la cara
y un grito destripado se hunde en la marea;
ahora que Dios se incorpora para mirar el
el placer de vivir firmes se incorpora al alba

Ahora que huye el crepúsculo entre sus ojos
y se va a libertar al rayo como a un muerto;
ahora que el frenesí incendia mil dedos de
y las ideas se aprietan contra el agua crista-

como una sombra de luz a nado por el aire...
ahora...

¡glorifiquemos el presente que riza su doble
huella.

José MARIA LUELMO

La Dirección de LA GACETA LITERARIA
recibirá las visitas miércoles y sábados,
de siete a ocho de la tarde, en PRINCI-
PE DE VERGARA, 42 y 44, MADRID

Fernando Villalón

En prensa este número, nos coge y sobrecoge
dolorosamente la muerte de Fernando Villalón,
el gran poeta de Sevilla. La noticia de su falle-
cimiento, triste como pocos, será en el próximo
número de LA GACETA LITERARIA comentada
con el homenaje necrológico que merece tan
grande, tan simpática figura.

Fernando Villalón publicó en poco tiempo
tres libros admirables: Andalucía la baja, La
Tauriada y Romances del 800. Tres libros que
constituyen manifestaciones excepcionales de un
caudal poético evidente. Tres libros donde el es-
píritu de Villalón, tan puro, se producía en imá-
genes redondas, animadas de un delicioso color
local, mediterráneo, andaluz.

Sobre Villalón, ha dicho Díez-Canedo estos
días en un certero artículo: "Hablan, sin duda,
sus versos del hombre de lectura. Lecturas de
clásicos, a los que pidió pautas de versificación,
siguiendo una de las direcciones marcadas por
los poetas nuevos; lecturas de estos últimos, que
le enseñaron la graciosa modulación de motivos
arrancados al pueblo. Pero los clásicos y los
nuevos le enseñaron lo que él ya sabía, y su
aspecto mejor no es de alumno. Hay cierta rudi-
teza en su arte de versificador, esto es, en lo
aprendido, que contrasta con lo delicado, ge-
nuino y directo de su vena personal, es decir,
de sus cualidades nativas. Fernando Villalón
dió en la poesía después de haber vivido mucho:
La vida de los campos andaluces, en tareas de
agricultor y ganadero, le dió un riquísimo fondo
de naturaleza."

Sin tiempo para comentar por nuestra parte
la obra del gran poeta, aplazamos este comen-
tario para el número próximo de LA GACETA
LITERARIA, donde dos figuras jóvenes, Ber-
gamín y Alberti, tan compenetradas con el
arte de Villalón, dirán sobre éste su palabra
personal.

En el próximo número,

SENSACIONAL ARTICULO DE
RAMON GOMEZ DE LA SERNA

LA GENIAL PINTORA ANGELES SANTOS.

COLOFON

Después de cuatro años de ir—sillar
llar—, construyendo—número tras núme-
esta querida Gaceta Literaria, lograda
tra vientos y mareas, contra rencores y
rias inevitables; qué conmoción a la vuelta
este viraje, el presente congregamiento
nime, casi total, de la literatura espa-
contemporánea (mayores y jóvenes) sobre
páginas siempre abiertas, altísimas y
tivas! Este congregamiento en torno a la
tral y presidente figura de Miguel de
muno. Sólo algún que otro escritor de
rango—vaciló en acudir. Forjador de
y casillas en el edificio vi desolado estos
sos desalquileres. Pero la línea general
conseguida y el grupo podrá ofrecer sus
bros a la exaltación unamunesca. Hela

Personalmente—aparte de mi emoción
raria y marginal—yo tendría mucho que
tir y decir sobre Unamuno. Lo he sentido
he dicho en estos seis años. En esta
En mis... En mis conferencias. En
viajes. ¡Pa... qué reiterarlo? Algunos
—de Unamuno y míos—saben a qué al-
de mi Unamuno. El simple curioso puede
sultar mi modesta obra escrita. Y en
al mismo Unamuno, me es—heroicamente
ferente—que estime mi unamunismo por
cuantas líneas al final de tanto y mag-
decir como las preceden.

Que mi callar—al pie de máquina, ma-
das las manos de tinta negra, de prueba
grasa de rodillos—, sea el mejor colofón
este homenaje, sincero y fuerte, a Migu-
Unamuno en España.

E. GIMENEZ CABALLER

Obras completas de Unamuno COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES MADRID

Librería Española EN PARIS

LEON SANCHEZ CUESTA

Servicio esmerado, rápido y econó-
co de libros a todos los países

PARIS (V.º)

10, RUE GAY-LUSSAC

MADRID

CALLE MAYOR, 4

LA GACETA LITERARIA

APARTADO 33

MADRID

COMPAÑIA GENERAL DE ARTES GRAFICAS
PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44.—MA

MIGUEL DE UNAMUNO



Vida de Don Quijote y Sancho.....	5 pesetas.
Del sentimiento trágico de la vida.....	5 —
Contra esto y aquello.....	4 —
Andanzas y visiones españolas.....	5 —
Paz en la guerra (Novela).....	4 —
Niebla (Novela).....	5 —
Abel Sánchez (Novela).....	4 —
La tía Tula (Novela).....	5 —
Teresa (Poesías).....	4 —

D., domicilio

..... desea los libros

(Pagará contra reembolso.)

Fecha:

Firma:

Príncipe de Vergara, 42 y 44. MADRID.